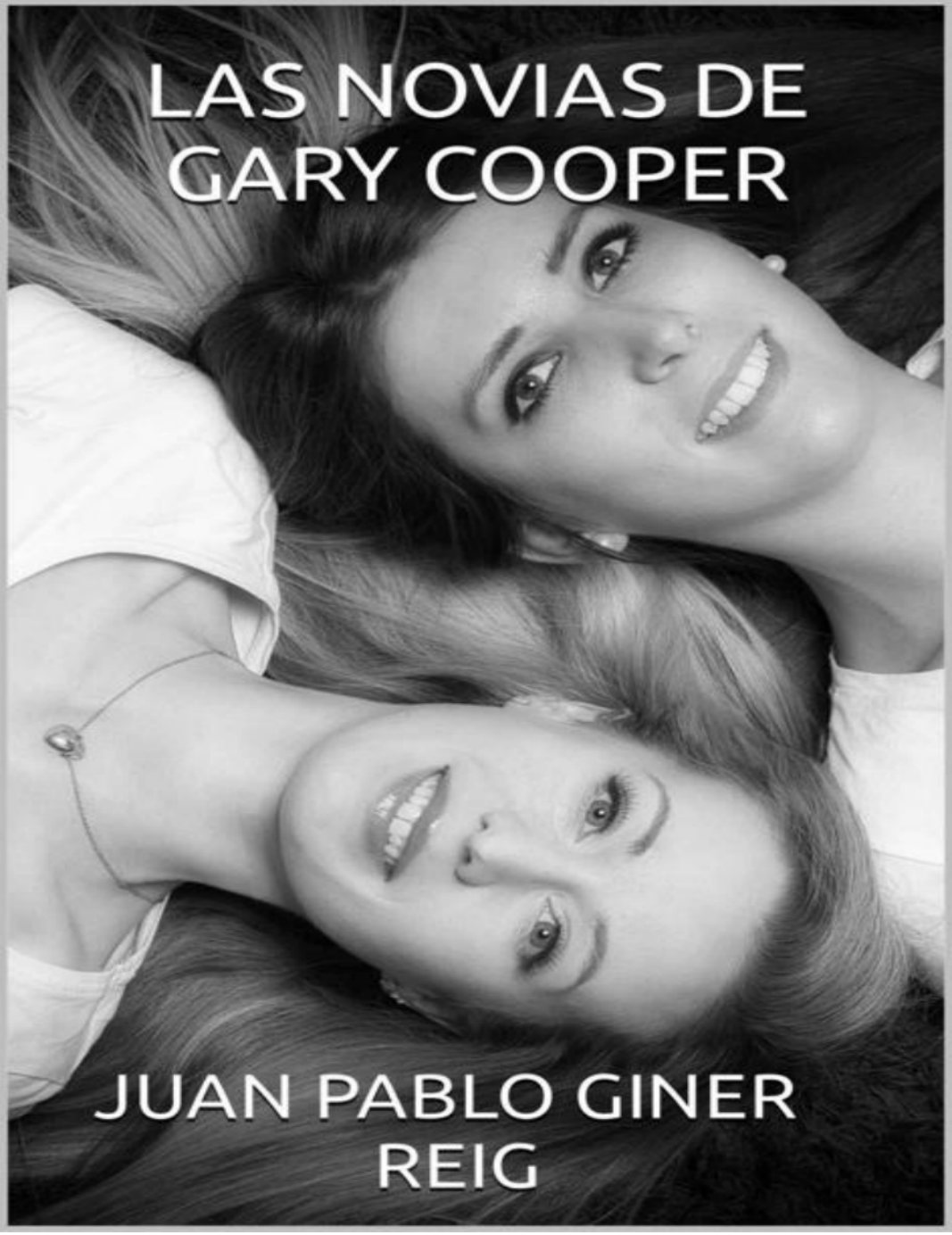
LAS NOVIAS DE GARY COOPER



JUAN PABLO GINER REIG

LAS NOVIAS DE GARY COOPER

JUAN PABLO GINER REIG

Derechos de autor © 2023 JUAN PABLO GINER REIG

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Sin embargo, hay alguno de ellos, fácilmente reconocible al que el autor menciona como prueba de respeto y admiración.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Muchos de mis lectores me manifiestan su agrado por que la mayoría de mis novelas transcurra en Alzira. Esta es, posiblemente la más "alzireña" de mis novelas. A ellos, pues, va dedicada, con todo mi afecto y gratitud.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
VALERIA
DOÑA ANTONIA
UNA NOVELA LOCAL
UNA CHARLA INTENSA
LA LUCIDEZ DE LA ENFERMA
TE HE DE QUERER MIENTRAS VIVA
LA ESCUELA DEL “RATOLÍ”
DOÑA CONCEPCION
LUISA
LA RIADA
EL MIEDO Y LA LUJURIA
UNA ILUSIÓN IMPOSIBLE
LA FUERZA DEL DESTINO
GUSANOS DE SEDA
UN PERRO VIEJO
UNA MADRE ANGUSTIADA
MISA, PASEO Y CINE
EN LA FILA DE LOS MANCOS
EL AMARGO SABOR DEL DESPECHO
UN AMOR CONTRA EL MUNDO
LA DELACIÓN
LA PRUDENCIA DEL PERRO VIEJO
EL AVISO
UNA VISITA INESPERADA
PLANES DE BODA
UNA PROPOSICION INDECENTE

Prólogo

Algunas de mis novelas, aunque el lector no siempre se percate de ello, está inspiradas en coplas que triunfaban en mi niñez. No siendo este género musical uno de mis favoritos, no dejo de apreciar la belleza de su música y, especialmente, la fuerza dramática de sus letras. Siempre he pensado que muchas coplas podrían ser el embrión de películas o novelas. Yo he intentado materializar este pensamiento en "las novias de Gary Cooper". Me la ha inspirado la copla "Te he de querer mientras viva", escrita por Rafael de León, con música del maestro Quiroga, grabada en 1960 por Mari Fe de Triana.

Esta novela trata, pues, del amor entre dos personas de edades muy diferentes y del valor con que se enfrentan a la sociedad que lo rechaza.

También he querido hacer una alabanza a la amistad, en este caso entre dos mujeres.

VALERIA

Valeria Rosell se dispone a escuchar la sentencia que la jueza va a dictar por su delito de imprudencia temeraria. Según su abogado, es raro que hayan citado a las partes para hacer una lectura pública de la sentencia. Normalmente esta la recoge el procurador y se la lleva al abogado. Pero la jueza ha querido hacerlo de una manera distinta, lo que hace que el letrado se tema lo peor, aunque no haya dicho nada a su defendida. Piensa que se va a dictar una sentencia dura, ejemplarizante.

Sentada en el banquillo de los acusados, Valeria ha visto cómo el señor López, el viejo abogado de la familia, ha empleado una serie de recursos técnicos, que a ella le han sonado a chino, mezclados con apelaciones teatrales que sospecha que no van a servir de nada. Valeria piensa que el abogado, que ya ha superado la edad de jubilación, continúa ejerciendo su oficio porque no debe tener ningún otro aliciente en su vida. Es evidente que pertenece a una generación en la que el trabajo era una de las máximas expresiones de la dignificación del ser humano, y que no tiene ninguna cultura de ocio en la que entretener su vejez. Ella no siente ninguna simpatía hacia ese concepto de vida. Es más, la desprecia profundamente. Considera que la vida sólo tiene sentido y es plena si quien la vive puede hacer lo que le dé la gana. No se para a pensar que ese concepto de vida es el que la tiene sentada en un banquillo, pendiente de una sentencia que le puede cambiar la vida.

Sucedió seis meses atrás. Una noche de sábado como otras tantas. Andaba pasada de copas y no estaba para conducir, pero la pesada de Eva, que en este momento la mira desde su asiento con odio, le insistió en que la llevase a casa.

—Joder tía, que no va a pasar nada —le había repetido ante su negativa—. Yo te he visto conducir con un pedo mucho mayor otras veces.

Y efectivamente, así había sido. Pero Valeria se resistía en esta ocasión porque esperaba que le entrase un tío bueno, al que le había echado el ojo hacía un buen rato, y con el que había intercambiado miradas insinuantes y sonrisas que prometían algo más intenso que una charla de discoteca. Pero finalmente, el chico en cuestión se había decantado por otra chavala, a la que Valeria no conocía de nada, y

que, justo era reconocerlo, estaba bastante más buena que ella. Así pues, finalmente, había accedido a los deseos de Eva y había cogido su coche, que estaba estacionado en las inmediaciones de la sala de fiestas, para llevarla a casa y dar por terminada una salida en la que, cosa rara, regresaba a casa de vacío.

Casi habían llegado a su destino cuando pasó. Procedente de una calle a su derecha, salió como un demonio furioso el ciclomotor en el que viajaban dos muchachos. El estado de embriaguez que experimentaba Valeria había alterado su capacidad de anticipación, pero no tanto sus reflejos, así que pudo efectuar una brusca maniobra de evasión que salvó la vida de los muchachos de puro milagro, pero como consecuencia de ella, el viejo automóvil que sus padres le habían regalado se estrelló contra una farola del alumbrado público, quedando completamente destrozado. Valeria perdió el conocimiento en el acto. Por eso no pudo escuchar los gritos de dolor de su amiga, cuya pierna derecha había quedado atrapada entre las planchas retorcidas de la carrocería del coche.

Los muchachos del ciclomotor, una vez pasado el susto y agotado el repertorio de insultos y blasfemias, entendieron que quienes se habían llevado la peor parte eran los ocupantes del coche, así que tuvieron el buen criterio de telefonear al servicio de emergencias. Poco después llegaba la policía municipal y dos ambulancias.

En el hospital cercano, los médicos de urgencias hicieron un buen trabajo y lograron salvar la pierna de Eva, pero nunca volvería a caminar como antes. Valeria, en cambio, apenas había sufrido ningún daño. De las muestras de sangre que les tomaron a ambas se desprendía que Valeria duplicaba la tasa máxima de alcoholemia permitida. La policía dio parte al juzgado y se iniciaron inmediatamente las diligencias previas para un juicio por delito de imprudencia temeraria con resultado de daños físicos.

Dentro de breves momentos, Valeria iba a conocer el castigo que le correspondía por su crimen.

La acusación particular que habían contratado los padres de Eva estaba representada por una mujer que no habría cumplido los cuarenta, que parecía una modelo de moda, pero que lanzaba sus argumentos legales con la rabia de una fiera enloquecida. La fiscalía también estaba representada por otra mujer, ésta de aspecto completamente diferente, que parecía proclamar su condición de lesbiana con orgullo. El caso era, entonces reparaba Valeria, que en aquel juicio, todos los intervinientes eran mujeres excepto el señor López, su abogado. Juez, fiscal, acusación particular, acusado y víctima pertenecían todos al género femenino, demostrando con ello una presencia en la sociedad que tal vez contradecía las continuas

reivindicaciones de los colectivos feministas, cuyas ideas de que la mujer tuviese un papel más importante en la sociedad actual ella asumía íntegramente. Aunque, si bien lo pensaba, tenía que reconocer que en la universidad a la que asistía había más chicas que chicos y que en los organismos oficiales, tales como ayuntamiento, seguridad social, agencia tributaria etc. disfrutando del sueño dorado de todos los jóvenes de su generación, que era el del funcionariado, había ya más mujeres que hombres. Lo mismo sucedía en la enseñanza, en la sanidad, incluso en las oficinas bancarias se veía la merecida presencia de mujeres que, sin tener que recurrir a cuotas, trabajaban en aquello que habían elegido. Así que, por un momento, aunque fuese en un momento totalmente fuera de lugar, y en una situación absolutamente improcedente, Valeria se cuestionó su feminismo radical.

La voz de la juez carraspeó para leer la sentencia y sacó a Valeria de su extravagancia mental. En un lenguaje técnico describió los hechos probados, aceptó las reclamaciones de la acusación particular, que eran exclusivamente de índole económica, y rebajó notablemente las pretensiones de la fiscalía. Valeria no se dio cuenta del profundo suspiro de alivio que había soltado el señor López, al escuchar que su defendida no iba a recibir el castigo que temía.

A Eva había que indemnizarla por días de baja y secuelas de movilidad y de carácter estético en una suma de doscientos mil euros. La compañía aseguradora del coche tendría que pagar, aunque Valeria, según había quedado demostrado, conducía bajo los efectos del alcohol. La única "ventaja" que ello suponía a la compañía aseguradora era que podría repercutir el importe de la indemnización a Valeria. El problema era que ella era absolutamente insolvente y, como mayor de edad, sus padres no podían ser declarados responsables civiles subsidiarios. Así pues, aquello no iba a ser un problema importante para ella. En el fondo se alegraba de que su ex amiga recibiese aquella indemnización, ya que se había quedado bastante mal. Olvidaba que había sido la "víctima" quien había insistido en subirse al coche, a pesar del estado en que se encontraba la conductora y de su resistencia a hacerlo.

El aspecto penal, tal vez por considerar todas las circunstancias del accidente, así como el hecho de que Valeria no tenía antecedentes delictivos, había sido resuelto con un número de horas de servicios a la comunidad que tendrían que prestarse a la mayor brevedad posible. La pena de cárcel pedida por la fiscal le pareció excesiva a la juez.

Se levantó la sesión y Valeria buscó con la mirada a Eva. Ya todo había terminado y Valeria concibió la esperanza de que su querida amiga, una vez resuelta la demanda a su favor, le dedicase una sonrisa, un gesto de paz. Pero no fue así, Eva había asimilado en sus sesiones de cura y rehabilitación que la única culpable de su

desgracia era Valeria y nada quería saber de ella. La idea de que su amiga se había distanciado como parte de una estrategia de su acusación acababa de disolverse allí mismo.

Al salir del juzgado, acompañada por sus padres, Valeria no encontró en la luz de aquella mañana el tono de alivio que esperaba cuando se acercaba el final de su pesadilla legal. Al contrario, le pareció que el día era más gris, como el ánimo que la abrumaba, al convencerse de que aquella sentencia la había condenado a la pena perpetua de haber perdido para siempre a su mejor amiga.

Su madre, experta en desentrañar sus emociones a través de sus más leves gestos, entendió lo que le pasaba a su hija y la animó:

—No sufras, cariño. El tiempo todo lo cura. Si Eva renuncia a tu amistad, será ella quien más pierda. Ahora esfuérzate en pasar página y en olvidarte de todo. Cuando cumplas tu “condena” todo habrá terminado.

DOÑA ANTONIA

Unos días después, Valeria se presentaba con una copia de la sentencia y con una orden de instituciones penitenciarias en la concejalía de servicios sociales y políticas de igualdad del ayuntamiento de Alzira. Allí tenían que asignarle las tareas con las que iba a cumplir la pena impuesta en el juzgado: cuatrocientas horas de servicios a la comunidad. La entrevistó la propia concejala (otra mujer) que, ocupándose personalmente de aquellos temas, pretendía conjugar el espíritu de la sentencia con unos horarios que no perturbasen innecesariamente las obligaciones de estudios o trabajo de los condenados. La concejala, una joven con título universitario, entendió el problema que podía suponerle a Valeria saltarse las clases de la universidad y se quedó con su expediente. Estudiaría las posibilidades y le comunicaría pronto cuál había de ser la manera de que la joven condenada pudiese cumplir con la justicia.

Valeria fue citada dos días después. La concejala había encontrado una tarea que podía cumplir el objetivo que se había propuesto. Se trataba de cuidar por la noche a una anciana, Antonia Carrascosa, que padecía de Alzheimer y que no tenía familiares que se hiciesen cargo de ella. La enferma tenía un cierto bienestar económico y podía pagar a una cuidadora. Pero ésta, a causa de un problema doméstico, no podía acompañarla temporalmente durante la noche, así que se necesitaba a alguien para ese fin y Valeria podía cumplirlo perfectamente. Durante el día haría su vida normal y por la noche iría a casa de la anciana por si necesitaba algún tipo de atención, aunque lo más normal era que pasase la noche durmiendo ya que la mujer era muy dócil y no daba problemas. Aquello se parecía al tercer grado penitenciario, momento de la condena en el que los reos sólo acuden a la cárcel a pasar la noche.

El día señalado, Valeria se presentó a las nueve de la noche en el domicilio indicado. Se trataba de un piso de la Avenida de los Santos Patronos que ocupaba la penúltima planta de uno de los edificios más antiguos de la vía. Era una vivienda muy espaciosa, completamente distinta de los pisos que ella conocía. Le abrió la puerta una mujer cuya edad no supo definir por pertenecer a una etnia oriunda de Sudamérica. Era bajita, muy morena y hablaba un español mucho mejor que el que ella estaba acostumbrada a oír en su

entorno, con un acento dulce y una entonación casi musical.

—Buenas noches, señorita —saludó con respeto—. Pase, por favor. Voy a presentarle a doña Antonia, aunque a estas horas es cuando más perdida está. Luego ya le indicaré cuáles son sus tareas. Pero no se asuste. No le va a dar trabajo. Por la mañana está mucho mejor.

En el amplio salón comedor, sentada en un cómodo sofá, con una mantita cubriéndole las piernas, estaba la anciana a la que Valeria tenía que cuidar. La mujer, con la mirada perdida en el vacío, sonreía con dulzura, como si fuese el prototipo de la "abuelita universal" que todo joven ha de tener. Ello no impedía comprobar que no era demasiado agraciada y que ni siquiera en su juventud habría sido hermosa.

—Doña Antonia —dijo la asistenta elevando la voz como si se dirigiese a una persona sorda—, le presento a la señorita Valeria. Ella la va a cuidar por la noche. Como usted sabe, a mi hija la han operado y tengo que hacerme cargo de ella. Pero no se preocupe. Yo le voy a enseñar todo lo que tiene que saber para que esté usted perfectamente atendida.

La anciana abrió la boca, como si fuese a decir algo y miró a la aludida. Sin decir nada, desvió la mirada y regresó a su mundo de ausencias.

—Pues bien, doña Antonia —continuó Rigoberta como si la hubiese entendido—, si le parece vamos a acostarla, así que la señorita Valeria vea cómo lo hacemos y luego ya le daré una lista con instrucciones para que sepa bien cómo cuidarla.

A continuación, sosteniéndose entre las dos mujeres jóvenes, la anciana se dirigió con paso vacilante hacia un espacioso cuarto de baño. Allí la ayudaron a desvestirse y salieron para que pudiese hacer sus necesidades con cierta intimidad.

—No quiere que la veamos en el baño, incluso cuando está así.

—¿Y qué le pasa cuando no está así?

—Depende. Por la mañana suele estar bastante lúcida. Habla y razona con mucho sentido. La señora ha sido una mujer muy inteligente, es sabedora de lo que le está pasando y lo asume con mucha entereza, pero a veces se le queda la mente completamente en blanco y no habla ni responde a lo que se le dice. Pero no se preocupe, en ese estado es muy dócil y se deja llevar. Hay enfermos que en ese estado de confusión se ponen muy violentos. Otras veces no reconoce a los que estamos a su alrededor y se muestra confundida, asustada, o nos toma por otras personas que ella recuerda de su juventud. Entonces se pone muy nerviosa o muy triste y llora sin consuelo.

La anciana sale del baño sonriendo. Sólo ella sabe qué recuerdo la hace reaccionar así. La cuidadora, seguida por Valeria, la lleva a su

habitación y la ayuda a meterse en la cama. A continuación de da una pastilla que la anciana toma con un trago de agua.

En el salón comedor, la cuidadora pone a Valeria al corriente de sus obligaciones.

—La pastilla que le he dado es un somnífero suave. Le ayuda a dormir bien. Ya verá cómo no le molesta en toda la noche. Yo estaré aquí a las ocho de la mañana. Para vestirla y darle el desayuno. Entonces ya se podrá ir.

—¿Qué debo hacer si se despierta durante la noche?

—Simplemente, estar con ella y atender a lo que le diga. Doña Antonia sólo necesita compañía y vigilancia para que no cometa una locura, como marcharse de casa o dejarse un grifo abierto y cosas así. Pero no se preocupe, en todo el tiempo que llevo cuidándola sólo se ha despertado un par de veces. De todas formas, le voy a dar el número de mi celular. Si tiene algún problema, me llama. Ahora voy a enseñarle su habitación. ¿No ha traído pijama o camisón?

Valeria niega un poco avergonzada. En realidad lo que ella esperaba era pasar una noche despierta vigilando a una enferma.

—Le he cambiado las sábanas y creo que tengo un pijama limpio. Lo que no sé es si le vendrá bien.

—Gracias.

Poco después, Valeria se quedaba sola con la anciana, dispuesta a pasar una noche prácticamente en vela. El sofá parecía bastante cómodo. Seguramente no necesitaría dormir en una cama ajena. No le apetecía en absoluto.

En el salón había un aparato de televisión bastante moderno que contrastaba con los muebles clásicos que había en toda la casa. Ella no entendía demasiado de muebles, pero podía percibir que se trataba de muebles de buena calidad. Era evidente que doña Antonia era una mujer acomodada.

También era evidente que no debía tener familia próxima, ya que, además de tener que recurrir a personas contratadas para ser atendida, revisando los cuadros y fotos que había en el salón, no había visto la fotografía de ningún niño o joven que pudiera estar relacionado con ella. Sólo había en uno de los estantes del aparador una fotografía con marco de nácar en la que aparecía ella muy jovencita con un hombre calvo que mostraba una prominente barriga, que debía ser su padre. Tal como podía comprobar, ni siquiera de joven había sido agraciada. Lo que sí que era evidente es que, a juzgar por la fotografía, su fealdad no había sido un obstáculo para ser feliz, y sonreía a la cámara de una manera que a Valeria se le antojó llena de ilusión.

La noche transcurrió sin incidentes. Valeria puso en marcha el televisor con el volumen muy bajo, para no molestar, y se estuvo tragando las emisiones hasta altas horas de la noche, en las que el interés de las cadenas por la audiencia era nulo, a tenor de los contenidos que se emitían a esas horas. En algún momento, viendo quizás un documental, se quedó dormida en el sofá. La despertó el ruido de la llave con la que Rigoberta abría la puerta de la casa. Al levantarse, para salir a su encuentro se dio cuenta de que le dolía el cuello por haber dormido en mala posición. Para la noche siguiente vendría mejor preparada.

—Buenos días, señorita Valeria. Ya veo que se ha levantado.

—En realidad no me he acostado, me he quedado dormida viendo la televisión. Pero no me hables de usted, por favor.

—Es nuestra costumbre. En mi tierra sólo tuteamos a los familiares y amigos. Ya sé que aquí en España es diferente, pero yo no me acostumbro. ¿Le dio algún problema doña Antonia?

—No, en absoluto.

—Ya se lo dije. Es un ángel. Lástima que a veces se pierda en sus olvidos.

—¿No tiene familia?

—Pues fíjese que no. Enviudó muy jovencita y no llegó a tener hijos. No se volvió a casar. Tampoco tenía hermanos, así que ni sobrinos tiene para que la cuiden.

—¿Y no se ha planteado ir a una residencia?

—No quiere. Tiene miedo de que allí la traten mal. Como no tiene quien vele por ella… ¿Ha visto usted la noticia de esas cuidadoras que maltrataban a las ancianas y a las que el hijo de una de ellas grabó con una cámara oculta? Además, no vayamos a meterle ideas, que al fin y al cabo yo vivo de esto —añade con una risita.

—No me malinterprete —dice Valeria un poco avergonzada—. Es que yo pienso que en esos lugares, al tener médicos y demás personal sanitario, quizás estén mejor atendidos en ese aspecto.

—Las personas que sufren la enfermedad de doña Antonia no tienen por qué tener un deterioro físico especial. De hecho muchos de ellos viven muchos años, para desesperación de los familiares que los tienen que atender, que sienten que están encadenados a alguien que ya ni siquiera los reconoce ni tiene conciencia de su propio ser. Mire, señorita Valeria, estas personas lo que más necesitan es cariño y un entorno pacifico en el que tengan el mayor número de referentes que

les resulten familiares. Yo hago todo lo posible para que doña Antonia lo sienta así.

—No lo dudo. Discúlpeme si la he molestado. Le aseguro que no era mi intención.

—Ya lo sé. No se preocupe. Ahora vamos a despertar a la doña.

En su habitación, la enferma dormía plácidamente.

—Da pena despertarla cuando está así, tan relajada, pero dice el doctor que es importante que siga unas rutinas fijas que le van a ayudar a no desorientarse.

A continuación, Rigoberta levanta la persiana de la ventana a medias y deja que la luz se adueñe de la habitación.

—Doña Antonia, es la hora de despertarse. Vamos que está aquí la señorita Valeria que quiere despedirse de usted.

La anciana abre los ojos y mira a su alrededor. Por un momento parece que no reconoce dónde está, como le sucede a los que salen de un sueño profundo, pero inmediatamente una luz de inteligencia aparece en su rostro y mira atentamente a Valeria.

—Ella es Valeria —dice Rigoberta—. Ha pasado la noche con usted cuidándola.

—Acércate, hija, para que te pueda ver bien. ¿Valeria te llamas? Es un nombre muy bonito. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós, señora.

—Qué jovencita. Eres muy guapa. Si no tienes novio ya, seguro que tienes muchos pretendientes. ¿Has cuidado alguna vez a personas mayores como yo?

—No señora. Es la primera vez.

—No te preocupes, procuraré no darte demasiado trabajo. Por la noche suelo dormir bastante bien. Es lo único que hago bien a estas alturas, así que podrás dormir en paz tú también.

—Le voy a preparar su desayuno bien rico —dice la cuidadora con dulzura, al tiempo que le acaricia la cara y le da un beso en la mejilla. La anciana lo agradece con una sonrisa y se incorpora ayudada por Rigoberta.

Valeria piensa en la situación de la anciana, completamente nueva para ella, y se encuentra con sensaciones contrapuestas. Por una parte siente miedo a que el futuro le depare un destino semejante que le parece aterrador. Por otra parte siente lástima por aquella pobre mujer que, de vez en cuando, se pierde en mundos irreconocibles y que no tiene más referentes para encontrar la salida que el contacto humano de quien la cuida. Entiende bien la importancia de esa atención personalizada de la que le acaba de hablar Rigoberta. Sabe que es imposible que en un centro especializado, por muy avanzado que sea, se pueda dar ese trato tan humano. También sabe que el concepto de familia que se está dando

en la sociedad actual y que ella atisba para su futuro no se va a prestar a sacrificios tan grandes.

Rigoberta lleva a la anciana al cuarto de baño y, a continuación la asea con delicadeza, la viste y la peina, le da unos toques de maquillaje y colorete y la lleva al salón. Después se dirige a la cocina para preparar el desayuno. Allí despide a Valeria.

—Bueno, pues ya ha visto lo que hay que hacer. Se lo digo por si algún día me retraso un poco.

—Lo tengo claro. Pero dígame ¿Eso del maquillaje es necesario?

—Huy, no se imagina. Es muy coqueta, aunque ya ve que no es demasiado agraciada —añade bajando la voz—. Hay ocasiones en las que cree que está esperando a su marido y quiere que la encuentre guapa. Entonces se mira al espejo y si no se ve bien compuesta se enfada mucho. Bien, ¿nos vemos esta noche a las nueve?

—Sí. Voy a despedirme de doña Antonia.

—Muy bien, pero que ni le sorprenda si a la noche no se acuerda de usted.

Un poco antes de las nueve de la noche, Valeria se presenta en casa de doña Antonia. Lleva en una bolsa grande de un famoso centro comercial un pijama y una almohada. Rigoberta la está esperando ya. Parece ser que hoy tiene algo de prisa.

—Doña Antonia está ya en la cama. Si no está ya dormida, no debe tardar mucho en estarlo. Veo que hoy ha venido mejor preparada para pasar la noche —dice señalando la bolsa—. Hace bien. Seguramente podrá descansar sin problemas. Bien, me voy a marchar, si no le importa. Mi marido dice que ha recibido noticias de Ecuador. Me temo que hay problemas de salud con mi familia de allá. Ya sabe, si me necesita, llámeme. A cualquier hora.

—Gracias, Espero que no sea nada grave lo de su familia.

Valeria se queda sola y lo primero que hace es asomarse con cuidado a la habitación de la dueña de la casa. Su respiración, profunda y acompasada, le indica que está durmiendo plácidamente. A continuación, se dirige a la habitación donde pasará la noche y deja la bolsa con sus cosas sobre la cama. Vuelve al salón y enciende el televisor. Revisa durante unos minutos la programación que se está emitiendo y concluye que no hay nada que le interese en absoluto. Así pues, saca su teléfono móvil y se dedica a trastear en las aplicaciones que la conectan a las redes sociales para encontrarse con lo de siempre. El cumpleaños de algún "amigo" virtual, videos de animales graciosos, frases estereotipadas que hablan de filosofía de vida, del amor, de la amistad… Pensando en ella le viene a la mente la actitud de Eva, la que durante muchos años fue su mejor amiga y que convirtió aquella antigua amistad por odio, tras el accidente de tráfico de una noche de alcohol. Recordando la mirada de resentimiento que le dirigió en el juzgado el día que se leyó la sentencia, siente un doloroso pinchazo en el corazón. De pronto se le ocurre que debería intentar hablar con ella y tratar de convencerla, ahora que todo ha terminado, para retomar su amistad. Abre la aplicación de mensajería instantánea y escribe, en el lenguaje abreviado que emplean los jóvenes en ese medio, un mensaje solicitándole una entrevista. Cuando está buscando algún emoticono con el que hacer su mensaje más humano, se siente impotente porque entre los centenares que le ofrece su Smartphone no encuentra ninguno que pueda expresar la pena que le produce haber perdido a Eva. A punto de llorar, borra el mensaje y cierra la aplicación.

En el televisor un presentador muy feo, que viste tirantes y se

cree muy gracioso, desbarra contra el partido al que suele votar su padre.

Valeria se plantea acostarse, pero todavía no tiene sueño. Ella nunca se acuesta antes de las doce de la noche y todavía falta más de una hora. Así pues, se dedica a curiosear por el salón. No hay nada que despierte su interés. Se dirige entonces a la cocina y abre el frigorífico. Sólo hay latas de cola y algún refresco. Ninguna cerveza. Toma una lata de refresco de naranja y regresa con él al salón. En una de las baldas hay varios libros. Algo en ellos le llama la atención: hay varios que están repetidos dos o tres veces. Toma uno de ellos y curiosea en él. El título es "Muerte en la Murta". ¿La Murta? ¿Será el paraje próximo a la ciudad que visitó en una excursión escolar, cuando tenía doce años y empezaban a interesarle más los chicos que la Naturaleza y las piedras viejas? No creía. Seguramente se referiría a otra "Murta". ¿Por qué lo tendría repetido? Luego buscó al autor. Era una mujer, Antonia Carrascosa. No parecía un nombre llamativo. No le sonaba de nada. Bueno, en realidad no le sonaba el nombre de ningún escritor que no fuese un clásico de los que le obligaban a leer en el instituto y, por descontado el de la autora de las "Cincuenta Sombras" de una tal E.L. James. El libro tenía ya más de veinte años y, por lo que se podía leer en la portada había ganado un premio literario que llevaba el nombre de una capital de Andalucía. Finalmente buscó en la solapa interior y lo comprendió todo. En una esquina se veía la fotografía de Antonia Carrascosa. Ella era doña Antonia, la anciana víctima de Alzheimer que dormía plácidamente en la alcoba principal de la vivienda.

UNA NOVELA LOCAL

Profundamente intrigada, Valeria se dispuso a hojear aquel libro. Seguramente sería un rollo, pero le picaba la curiosidad por saber qué había sido capaz de escribir aquella mujer, mucho tiempo antes que empezase a perder su consciencia a girones en la maraña que se estaba adueñando de su mente. Buscó acomodo en un sillón, junto a una lámpara, y se sentó con las piernas cruzadas, preparada para lo que consideraba, prácticamente, una intrusión en la intimidad ajena. Olvidaba, por falta de experiencia, que los libros sólo cobran sentido cuando alguien, curioso, los lee.

Lo primero que encontró fue una dedicatoria

"Para ti, que en tan poco tiempo me diste la felicidad de cien vidas"

Obviamente debía tratarse de su marido. A continuación se sumergió en la lectura de las primeras líneas.

Valeria, como la mayoría de los jóvenes de su generación, tenía muy poca experiencia en la lectura. Sus fuentes de información estaban basadas en la imagen. Así pues, enfrentarse a la lectura de un libro era algo que ella no pretendía seriamente. A lo sumo, leer algunas páginas con el morbo de ver lo pesada o cursi que podía ser doña Antonia. En cualquier caso, algún valor habría de tener, porque por él la habían premiado en un certamen literario en Andalucía.

Empezó la lectura con bastante prevención, pero, poco a poco fue olvidando los reparos porque, sorprendentemente, la lectura le resultaba muy cómoda. El lenguaje era bastante culto, con muchas palabras cuyo significado exacto adivinaba por el contexto, pero, por otra parte, era extraordinariamente fácil de seguir. Desde el primer momento planteaba una situación interesante y cada secuencia terminaba en un punto que invitaba de manera irresistible a seguir leyendo.

Una muchacha había aparecido asesinada en el valle de la Murta, cerca del monasterio, y una inspectora de policía trataba de descubrir al asesino para ponerlo a disposición de la justicia. La novela iba mostrando a una serie de sospechosos que luego, en giros inesperados del argumento dejaban de serlo, confundiendo al lector más suspicaz.

Sin darse cuenta, Valeria olvidó quién era y dónde estaba y

durante un par de horas se convirtió en la protagonista de la novela y se vio, como ella, envuelta en una peripecia personal en la que sus principios y sentimientos se vieron conmovidos por circunstancias inesperadas. Sólo interrumpió la lectura cuando se dio cuenta de que tenía que expulsar el refresco de naranja que había bebido y que presionaba su vejiga casi dolorosamente.

Cuando regresó para retomar la lectura, se dio cuenta de que eran casi las dos de la madrugada y que al día siguiente tenía que ir a la universidad. No podía permitirse dos noches consecutivas casi sin dormir, así que, a regañadientes, repuso el libro en su estante y decidió acostarse. En la habitación programó el despertador de su teléfono móvil a las siete y media de la mañana, se puso el pijama y se dispuso a dormir. Tardó en conseguirlo. La inspectora de policía se empeñaba en llamar su atención con su carácter y con su pasión, y hacía que Valeria se peguntase cómo iba a terminar su peripecia personal. En ningún momento se paró a reconocer el mérito de la anciana enferma que la había creado.

Al día siguiente Valeria sintió, por primera vez, cierta impaciencia por que llegase la hora de acudir a la casa de doña Antonia a cumplir con su obligación. Después de regresar de la universidad, había preguntado a sus padres si conocían de algo a la mujer a la que cuidaba. La respuesta era negativa y sólo cuando les habló de su faceta de escritora premiada, su madre creyó recordarla, aunque tuvo que confesar que no había leído nada suyo. En casa de Valeria la literatura tenía poco espacio. Más bien ninguno.

La joven acudió a su cita una hora antes de lo programado. Tenía ganas de retomar la lectura de "Muerte en la Murta", pero sobre todo, de hablar un poco con la autora, si tenía suerte, pero no fue así. Aquella noche, como era habitual, la señora andaba perdida en sus jardines de olvido y apenas reconocía a Rigoberta. Valeria quiso ocupar su lugar en las tareas de dar la cena, asear y acostar a la anciana y sintió un estremecimiento de ternura cuando ella le sonrió. Un rato después se marchaba la asistenta. Al despedirse le dijo con cierto aire de preocupación:

—Mi madre está bastante enferma. Anoche me llamó mi hermana desde Ecuador para decirme que el médico teme por su vida. Estoy muy angustiada. Sé que es muy mayor y que pronto se reunirá con el Señor, pero a mí me da mucha pena. Me gustaría verla por última vez antes de que muera.

—¿Ha pensado en viajar allí?

—Sí, señorita pero no me es posible. Tengo que cuidar de la doña. Si mi hija no estuviese recién operada la traería aquí para que ocupase mi lugar durante una o dos semanas. Ella me ha ayudado algunas veces, pero en el estado en que se encuentra es imposible.

Valeria lo piensa durante unos instantes. Ella, prácticamente, ya ha terminado el curso académico. Si atendiese a doña Antonia también durante el día, su "condena" terminaría mucho antes. El problema es que ella no se encuentra plenamente capacitada para guisar, lavar la ropa, planchar, limpiar la vivienda y ese sinfín de tareas domésticas para las que las chicas de su generación, que no aspiran a ser amas de casa, están muy deficientemente preparadas. Sin embargo, ella sabe que puede contar con su madre que la ayudará en aquello que necesite. Así pues, antes de que Rigoberta se marche le dice:

—Yo podría hacerme cargo de la señora. Así terminaría más pronto con mi obligación y tendría una parte del verano libre. Lo

único que tendría que hacer usted es dejarme por escrito una relación de mis tareas y obligaciones.

—Eso estaría muy bien. La señora no da demasiado trabajo y a usted ya la conoce. Poner a una persona extraña podría desorientarla mucho y, además, yo no puedo arriesgarme a perder este empleo. Ahorita mismo soy la única que trae un sueldo a casa. Si usted se hace cargo de doña Antonia durante un par de semanas, yo podría viajar a mi país a despedirme de mi madre. Se lo agradecería mucho.

Bueno, pues mañana mismo lo hablaré con los servicios sociales. Imagino que no me pondrán inconveniente.

Los tres días siguientes, Valeria los pasó enteros en la casa de doña Antonia, acompañando a Rigoberta en sus quehaceres y tomando buena nota de todo lo que le decía. La anciana tenía momentos en los que parecía recuperar una lucidez aceptable, pero no parecía mostrar demasiado interés en la presencia de Valeria y sólo se relacionaba con Rigoberta, que era quien protagonizaba sus rutinas cotidianas.

Por la noche, cuando la señora dormía, la joven leía con auténtica avidez las novelas que aquella había escrito. En dos noches había terminado "Muerte en la Murta" y, a continuación, había empezado otra en la que iba por la mitad. Se llamaba "Retorno final" y trataba de un hombre que, al borde de la muerte, recordaba una trágica historia de amor. Esta novela, para sorpresa de Valeria, también transcurría en Alzira, la ciudad en la que vivía, y le resultaba muy curioso imaginar a los personajes y sus peripecias en escenarios que le eran muy familiares. Aunque los nombres de algunas calles no le sonaban de nada, no le resultaba difícil localizarlas después del importante cambio en la nomenclatura del callejero que se había dado en la ciudad con la llegada de la democracia. Lo cierto era que estaba descubriendo un placer inesperado: la lectura, un ejercicio mental que estimulaba su imaginación y le permitía entrar en el alma de las historias y sus personajes con mucha más profundidad que la que le sucedía en la televisión o en el cine.

El primer día que iba a quedarse sola, se despertó mucho antes de la hora prevista. Quería estar preparada para enfrentarse a sus tareas. Mientras aguardaba el momento de despertar a la enferma, le apeteció mucho retomar la lectura de la segunda novela que estaba terminando. Sentada en el salón, sintió una extraña sensación al leer una escena que le pareció especialmente emotiva y, sin darse cuenta, se puso a llorar. Su debilidad sentimental terminó con un sobresalto cuando escuchó a su espalda una voz que le decía:

—¿Te pasa algo muchacha?

Valeria se dio inmediatamente la vuelta para encontrarse con la dueña de la casa que acababa de entrar en el salón.

—Doña Antonia ¿Está usted bien? ¿Necesita algo?

—Estoy bien. Me ha parecido oír un sollozo desde la cama.

—Pensaba que dormía usted —dice Valeria absolutamente confundida.

—Hoy me he despertado sola. Me pasa a veces. ¿Te he asustado?

—No. Es que no me esperaba verla aparecer.

La anciana se acercó y se sentó junto a Valeria.

—Normalmente duermo bien, pero es por la mañana cuando con más claridad sé quién soy y lo que me sucede, cuando puedo recordar lo que he vivido. A veces, como hoy, los recuerdos y las emociones son tan intensos que me resisto a iniciar mis rutinas diarias.

—Rigoberta me dijo que usted raramente se despertaba…

—No es así. Lo que en realidad ocurre es que no tengo necesidad de molestarla y me quedo en la cama reviviendo mis recuerdos antes de que desaparezcan para siempre.

—¿Entonces usted sabe cuál es su enfermedad?

—Naturalmente, aunque hay momentos que no sé ni quién soy, sé lo que me está pasando y lo que me espera.

Valeria no pudo evitar mirarla con profunda tristeza.

—Pero no te preocupes, mujer. No soy la primera ni voy a ser la última. Dice el geriatra que no voy a sufrir, que no me voy a enterar de nada, aunque te tengo que confesar que a veces tengo mucho miedo. Pero no hablemos de cosas desagradables. Veo que estás leyendo una de mis novelas. ¿Te gusta leer?

—La verdad es que no he leído mucho, pero le aseguro que sus novelas me encantan.

—Me alegro. A fin de cuentas esa es la principal motivación de la mayoría de los escritores: hacer que alguien disfrute con lo que hacemos. ¿Te molesta si te hago un poco de compañía?

—Al contrario. Será un placer hablar con usted. ¿Quiere que le prepare el desayuno?

— De momento no. Hay tiempo de sobra. Háblame de ti.

Y Valeria, encantada por ser, por primera vez, el objeto de la atención de doña Antonia, inició una conversación con aquella mujer que le entretuvo buena parte de la mañana, desayuno incluido. Mientras hablaba con ella sentía que le resultaba muy fácil hacerlo. La mujer sabía escuchar y mostraba auténtico interés en lo que le contaba, haciendo que la joven se mostrase muy cómoda, como si estuviera conversando con un familiar, con una amiga.

Sólo cuando percibió un titubeo en su habla y cierta desorientación en su mirada, recordó Valeria cuál era la enfermedad de doña Antonia, cuál era el sentido de su presencia en aquella casa. Por un momento, la joven cuidadora se sintió culpable por haber “trastornado” las rutinas de la mujer enferma y temió que aquello pudiera tener alguna consecuencia en su equilibrio mental.

El resto del día fue testigo, una vez más, del viaje que la anciana emprendía cada día al hotel del olvido en el que pasaba cada noche.

Mientras trataba de conciliar el sueño, Valeria cayó en la cuenta de que toda la conversación que había mantenido por la mañana había tratado sobre ella misma, y que apenas había comentado nada sobre doña Antonia y sus cualidades como escritora. Había incurrido en la fácil tentación de creer que todo lo que se refiere a uno mismo es de gran interés para los demás y había desarrollado, sin pretenderlo, un ejercicio exagerado de egocentrismo. Animada por sus preguntas y por su interés, ella le había contado todo sobre el motivo por el que estaba cuidándola. El accidente de tráfico, el juicio, la sentencia y la condena. Incluso le había confesado con pena el dolor que le había producido perder su amistad.

—Te entiendo —le había dicho la anciana—. Yo también tuve una amiga a la que quise como si fuese mi hermana, más aún como si fuese yo misma. Afortunadamente no perdí su aprecio mientras vivió y su recuerdo es uno de los que más me duele perder. Mira Valeria, la amistad, después del amor es el sentimiento más noble que puede experimentar el ser humano. Yo estoy segura de que si Eva ha sentido eso por ti, no te costará recuperarla. Habla con ella, que no te asuste su rechazo. Ya verás cómo al final consigues recuperar su aprecio.

Luego la conversación había derivado a su familia, sus estudios, sus aventuras… Doña Antonia se había mostrado mucho más liberal de lo que ella habría imaginado. Valeria intuía, por lo que había vivido con sus abuelas, que las mujeres de aquella generación, al alcanzar la vejez, se liberaban de la enorme carga de prejuicios morales que les habían condicionado a lo largo de toda su vida, precisamente por el hecho de ser mujeres, y que a cierta altura de sus existencias adoptaban una actitud de tolerante rebeldía con la que pretendían desquitarse por todo lo que la presión social les había robado. En su juventud, las mujeres de la generación de doña Antonia tenían que ser limpias, hacendosas e inmunes a las pasiones de la carne, aunque sus inclinaciones las tentasen a recorrer caminos muy diferentes. Al alcanzar la vejez muchas de ellas lamentaban no haberse dejado llevar, con más frecuencia, por la indolencia y el deseo, por lo que contemplaban con bastante indulgencia a las mujeres más jóvenes que sí que lo hacían. Imaginaba Valeria que el progresismo de la anciana respondía a este planteamiento. No podía imaginar lo equivocada que estaba.

UNA CHARLA INTENSA

El día siguiente empezó mal. Doña Antonia se despertó absolutamente perdida en el laberinto de su mente en ruinas y Valeria temió ser la causante de aquel desvarío, que le pareció el más profundo de los que había presenciado hasta entonces. La anciana parecía resistirse a todo lo que se le proponía y gimoteaba como una niña malcriada que no era capaz de saber lo que quería. La muchacha, recordando la lucidez de su charla en la mañana anterior, sentía que se le partía el alma y se preguntaba si volvería a conversar con doña Antonia con aquel nivel de coherencia.

—No se inquiete, señorita. Esto le pasa a veces —le había advertido Rigoberta—. Usted trátela con cariño y verá como poco a poco va recuperándose.

Valeria se dedicó a seguir el consejo de la cuidadora y pudo ver cómo a lo largo del día conseguía que comiese algo y le dedicase alguna sonrisa. Especialmente extraña le resultó una reacción de la anciana que, en un momento dado, respondiendo a sus caricias le sonrió y le dijo:

—Luisa ¿Eres tú? Cuánto tiempo sin venir a visitarme ¿Dónde has estado?

Valeria pensó que era apropiado seguirle la corriente y fingió ser la tal Luisa, inventando respuestas a las preguntas que la anciana le iba formulando, algunas de ellas muy picantes sobre la relación de la tal Luisa con “Gary Cooper”. Valeria tuvo que recurrir a internet para averiguar que el mentado era un actor norteamericano de la primera mitad del siglo XX, de cuya existencia no tenía ni la más remota idea.

Lo cierto es que la charla con la anciana, a pesar de ser en algunos momentos absolutamente surrealista, sirvió para que, poco a poco, fuese recuperando el camino de la cordura y mantuviese un nivel semejante al de los otros días.

Al día siguiente, doña Antonia despertó mucho mejor. Cuando se disponía Valeria a darle el desayuno la anciana le dijo:

—¿Por qué no desayunas conmigo?

—Si usted lo desea, por mí encantada.

—Claro que lo deseo. Por un momento fingiremos que estoy bien y que compartimos una charla de amigas.

—¿Como con Luisa?

Doña Antonia sonrió con tristeza.

—Claro. Como con Luisa.

Valeria quiso aprovechar aquella fase de lucidez para tratar de saber más cosas de ella y enfocó la conversación hacia el tema de la escritura.

—Debe ser muy difícil escribir una novela. ¿Cómo se las arregla usted para tener en la mente a todos los personajes y a sus circunstancias?

—Querrás decir cómo me las arreglaba. Ya hace tiempo que no me siento capaz de inventar ninguna historia. Verás, difícil debe ser escribir una novela buena. Lo que yo hacía era un pasatiempo con el que disfrutaba mucho, ya que me permitía vivir, de alguna manera, las aventuras de mis personajes. Me imaginaba en su lugar y sentía sus ilusiones, sus miedos, sus amores…

—Pero sus novelas son buenas, o al menos a mí me lo parecen…

—Se nota que no has leído mucho, Valeria, pero en cualquier caso te agradezco el cumplido. En realidad yo no publicaba mis novelas pensando en ganar fama o dinero. Siempre he pensado que eso era algo que no estaba a mi alcance. Yo lo que siempre he pretendido es transmitir, compartir las emociones que yo sentía cuando me ponía a inventar y a desarrollar las peripecias de mis personajes. El placer que ello me proporcionaba hacía que en ningún momento me pareciese difícil lo que hacía.

—Tiene usted razón al decir que no he leído mucho, pero sé lo que me gusta y lo que no, y le puedo decir que sus novelas me han gustado mucho. Me han resultado muy entretenidas. No me han cansado en ningún momento y la lectura me ha resultado muy fácil. El planteamiento del argumento me ha parecido original y los personajes siempre son muy apasionados. No hay contradicciones ni sombras en sus caracteres y viven intensamente sus deseos de amor o de venganza.

—Vaya, veo que te has fijado. Eso hace que les dé más valor a tus cumplidos. No te ofendas, no es que haya minusvalorado tu criterio, es que sé que los jóvenes de tu generación habéis pasado de la lectura y vuestra fuente principal de información es la imagen. Preferís ver a imaginar, y las imágenes no siempre transmiten la realidad.

—Es cierto. Pero no veo que eso sea necesariamente malo, teniendo en cuenta la facilidad que existe hoy en día para acceder a cualquier contenido a través de internet y de las redes sociales. ¿Usted no ha utilizado nunca esos instrumentos?

—Claro que sí, y me parecen un avance extraordinario que

permite conocer y difundir contenidos de todo tipo sin límites, pero tienen también un gran inconveniente. Como lo que se publica parece muy "real" se acepta casi siempre como una verdad, y tú sabes que las redes sociales están llenas de noticias falsas.

—Fake news.

—Así se llaman en inglés. Circulan por las redes con mucha frecuencia y son tomadas como ciertas por muchos de los que las leen, porque han perdido la capacidad crítica necesaria para distinguir lo verdadero de lo falso. Por no hablar del mundo virtual que muchos se construyen, gracias a las redes sociales, en las que publican cualquier nimiedad en la que participen para conseguir instantes de "fama" ante los que puedan verlos en la red. Publican autorretratos que se hacen en paisajes maravillosos o ante monumentos impresionantes, para que los demás sepan que han estado allí, y yo me pregunto si realmente los han disfrutado como podían haberlo hecho, si han sido realmente conscientes de la belleza o la grandeza de lo que sale a sus espaldas.

—Entiendo lo que me quiere decir, pero no veo clara la relación de esa tendencia con el hecho de que la gente lea o no.

—Es posible que no me esté explicando bien. Lo que quiero decir es que a los jóvenes os interesa más la apariencia que el contenido, y que es a través de imágenes que otros han diseñado que obtenéis la mayor parte de la información que recibís.

—Entonces, según usted, no deberíamos navegar por internet ni acceder a redes sociales.

—Tampoco es eso. Mira, te voy a poner un ejemplo. Los jóvenes de hoy dedicáis bastante tiempo a modelar vuestros cuerpos en el gimnasio. Os preocupa mucho vuestra a apariencia física.

—¿Eso es malo?

—No, y me parece muy bien que os cuidéis. Te aseguro que la calidad de vuestra apariencia física es mucho mejor que la que había en mi juventud, pero al igual que cuidáis y ejercitáis vuestro cuerpo, deberíais ejercitar vuestra mente. Hay muchos jóvenes que tienen cerebros celulíticos en cuerpos de atleta.

—Sin embargo, todo el mundo está de acuerdo en que la generación actual es la mejor preparada de la historia.

—A nivel de títulos universitarios, sin duda. Pero en mi época los universitarios eran personas cultas que podían hablar de cualquier tema con propiedad. En cambio hoy, la mayoría de los universitarios es incapaz de redactar un par de folios sin cometer varias faltas de ortografía, y suelen ser bastante ignorantes en aquello que no han estudiado. Antes, quien terminaba una carrera era considerado un intelectual, hoy apenas pasa de ser un empollón, por muy buen expediente académico que tenga.

—Pero, en cualquier caso, el que estudia y termina una carrera

es porque ha leído mucho.

—Sí, pero sólo se ha dedicado a aprender lo que necesitaba para obtener la preparación necesaria. Raramente ha cuestionado lo que le han planteado. Lo ha dado por cierto y lo ha hecho suyo. Eso no es leer. Cuando una persona abre una novela hace un ejercicio extraordinario de imaginación y recrea de una manera personal a los personajes que el autor le plantea. Éste le dirá que la protagonista es morena, con ojos verdes y labios sensuales, pero cada lector la imaginará con un rostro diferente, aunque todas tengan los ojos verdes y los labios sensuales. Cuando el autor describa la tristeza, la rabia o el amor que estalle en el pecho de cualquiera de sus personajes, cada lector lo vivirá de una manera diferente, de acuerdo con sus experiencias personales. El lector se rebelará cuando la suerte del protagonista no sea la que espera e imaginará soluciones diferentes a las que le propone el autor. En definitiva, cuando el lector se mete en una historia es, de alguna manera, también autor de la misma porque cada uno de nosotros la recrea de una manera diferente en nuestra imaginación. Ese ejercicio mental que produce la lectura es el que desarrolla nuestra mente de manera autónoma y el que nos ayuda a entender mejor la realidad que nos rodea, a empatizar con los demás y a entender que hay muchas realidades que no se pueden abarcar en una imagen. Si la gente leyera más, los políticos se preocuparían menos de su imagen y de las consignas con que las acompañan, porque los votantes se interesarían más en el contenido de sus mensajes políticos y les pedirían cuentas sobre su incumplimiento.

—Creo que me ha convencido, doña Antonia, pero me temo que no va a ser fácil convencer a la gente de mi edad que se dedique más a leer y a perder menos tiempo navegando por redes sociales, y es una pena, porque leer una novela interesante es tan placentero o más que ver una buena película.

—Yo creo que es una batalla perdida. Nos guste o no, siempre nos dejaremos llevar por la ley del mínimo esfuerzo. De hecho, fíjate en el cine. La gente va cada vez menos y lo que está triunfando hoy en día son las series de televisión. Tienen un formato más dinámico y los episodios tienen menor duración que una película, así que es más cómodo seguir la historia, aunque al final resulte mucho más larga. Y no es que esté en contra de las series. Hay algunas muy buenas, tanto en guion como en realización e interpretación.

—La veo muy impuesta en estos asuntos. A mi abuela no le interesan las series modernas y, por supuesto, no sabe nada de internet ni de Facebook.

—¿Tu abuela lee?

—La verdad es que no.

—Tal vez si hubiera leído habría estimulado más su curiosidad.

A mí nunca me ha faltado. Además, la enfermedad que se está llevando mi memoria empezó a manifestarse hace un par de años. Hasta entonces tenía una vida bastante normal y me mantenía al día en muchos aspectos.

Valeria mira su reloj con disimulo. La mañana está ya muy avanzada. Se le ha pasado el tiempo volando. La anciana ha captado su gesto y dice:

—Creo que te he entretenido demasiado dándote la tabarra con mis ideas.

—No, doña Antonia, ha sido un placer. Se lo aseguro.

—Tienes que disculparme. La verdad es que hace tiempo que no tenía la oportunidad de hablar de estas cosas con nadie. Rigoberta es una bendición que Dios me ha enviado para cuidarme en esta fase de mi vida, pero la pobre no tiene nivel para que yo le dé la brasa con mis charlas, así que me he aprovechado de ti. Discúlpame.

—Le repito que ha sido un placer. Espero que mañana podamos seguir con estas "brasas", como usted dice.

Por la noche, en la oscuridad de su habitación, después de haber acostado a doña Antonia, Valeria se maravilla de la claridad mental de la anciana y lamenta profundamente que una enfermedad incurable la convierta, a medida que pasan las horas de cada día, en una niña perdida y asustada. Poco antes de ser derrotada por el sueño se ilusiona pensando que al día siguiente podrá, si tiene suerte, seguir debatiendo con aquella mujer tan interesante.

LA LUCIDEZ DE LA ENFERMA

Al día siguiente, Valeria se encuentra con que doña Antonia está muy lúcida.

—Creo que me hace mucho bien tu compañía —le dice—. Hacía mucho tiempo que no mantenía un "debate intelectual" con nadie.

—Me he dado cuenta de que no recibe usted visitas. ¿No tiene familiares o amigos que se interesen por usted?

El gesto de tristeza de la dueña de la casa hace que Valeria piense que ha sido imprudente y que quizás se ha metido en un terreno delicado.

—No tuve hijos. Eustaquio, mi marido, murió a los diez años de casarnos y me aislé de todo lo que no fuese mi trabajo. Fui muy feliz con él, sufrí mucho al perderlo y sólo su recuerdo me permitía sobrevivir, así que no quise que al relacionarme con otras personas su memoria se fuese disolviendo. Incluso hoy, cuando más perdida me siento, noto su presencia en forma de imágenes y recuerdos y me aferro a ellos. Gracias a la imaginación que he desarrollado con la lectura y la escritura puedo fingir que sigue junto a mí, aunque sólo sea de una manera virtual.

El gesto de tristeza ocupa ahora el rostro de Valeria. Lo que no tiene claro es si lo produce la patética actitud de una anciana que ha hecho girar su vida alrededor de un recuerdo hermoso, o el darse cuenta de que ella nunca ha sentido un amor semejante y, muy probablemente, nunca lo sienta.

—He terminado su novela "Retorno final". ¿Tiene usted alguna más que pueda leer? —dice Valeria tratando de cambiar de tema.

—He publicado alguna más, pero ya hace tiempo de ello y no creo que estén en las librerías. La verdad es que tuve cierto éxito, aunque fuese sólo a nivel local.

—Qué pena. Me gustaría leer todo lo que usted ha escrito.

—Es posible que quede algo en la biblioteca municipal, Allí solían ofrecer mis novelas.

—Le diré a mi madre que vaya y pregunte.

Hay una que nunca se publicó. Fue mi última novela. Se llama "Te he de querer mientras viva".

—Vaya, así que usted también le dio al género romántico. ¿Por

qué no la publicó?

—La escribí sólo para mí. Es mi novela más personal. Además, a estas alturas, no creo que nadie se interese por lo que escribo. Mis lectores ya me habrán olvidado. De todas formas, la he releído muchas veces para revivir las emociones que trataba de expresar. Ahora apenas puedo concentrarme en la lectura. Incluso hay palabras que me cuesta entender…

—¿Entonces la conserva usted?

—Sí, claro. Tengo el manuscrito.

—Me encantaría leerla. Mejor todavía, me encantaría leérsela en voz alta y comentarla con usted. Sería un lujo extraordinario.

—Como ver la película en la versión del director.

—Muy bien, veo que usted sabe de lo que hablo.

—La tengo en mi habitación. Vamos.

De regreso en el salón, doña Antonia se sienta en su sillón habitual y Valeria, en el sofá junto a ella, abre la primera página de un tomo, encuadernado con gusanillo. Reconoce inmediatamente el tipo de letra: Arial, tamaño 12 a doble espacio. Emocionada, aunque no sabe si es por compartir aquel momento de intimidad con la anciana a la que admira ya sin reservas, o porque va a leer algo que intuye que la va a dejar impresionada, carraspea para aclarar la voz y con un ligero temblor en ella comienza la lectura.

TE HE DE QUERER MIENTRAS VIVA

Antonia Carrascosa

JULIO

Cuando Julio Méndez llegó a la ciudad, apenas se fijó en sus edificios. Al fin y al cabo no se había hecho ninguna ilusión. Alzira no era una ciudad monumental y, aunque lo hubiese sido, ninguna ciudad podía compararse con aquella en la que había transcurrido prácticamente toda su vida, Toledo.

Después de haber cruzado el puente metálico que salvaba el río Júcar para permitirle el acceso a la ciudad, se dio cuenta de que tal vez había algo en común entre los dos lugares que se sucedían para ser el escenario de su vida: una corriente de agua mansa, cansada, que acariciaba su costado recordándole perpetuamente que a ella debía su existencia.

La ciudad imperial había quedado atrás para siempre. Entre sus muros centenarios quedaban las ilusiones y la ingenuidad de su infancia feliz, el descarado ímpetu de su adolescencia, la romántica ternura de su amor de juventud, el único amor de su vida, la pasión y, por último, el insoportable dolor de la pérdida irremediable.

Cuando Julio caminaba por sus calles sólo podía sentir que ya no las compartía con ella, y su recuerdo hacía que en algunas ocasiones fuera incapaz de contener el llanto. La casa de sus padres, el viejo cine, el portal donde le robó el primer beso… Todos eran testigos implacables de lo que nunca volvería a tener. Pero lo peor era su casa, que ahora le parecía inmensa, en la que no había tocado nada de lo que había sido suyo, su ropa, sus maquillajes, su perfume. Allí era donde cada noche se derrumbaba la poca entereza que conseguía aparentar para enfrentarse al día nuevo, y donde la soledad y el desamparo le hacían seductoras ofertas para quitarse la vida. Si no lo hizo no fue por sus convicciones religiosas. Éstas habían quedado sepultadas bajo los escombros de la guerra civil en la que se había visto obligado a participar como todos los hombres de su generación. El alzamiento militar le pilló accidentalmente en Ávila, donde cubría provisionalmente una baja, y por pocos kilómetros le toco servir en el bando nacional. Los horrores que vivió, los enfrentamientos entre

hermanos, las muertes absurdas y crueles, le hicieron perder la fe en un dios por el cual y contra el cual se mataban sus hijos. Al terminar la guerra se reincorporó a su puesto de maestro nacional con los honores de haber luchado en el bando vencedor, lo cual le convertía en un héroe, en un modelo para las promociones de alumnos a los que tenía que formar, aunque él no se identificaba con los ideales que aquellos decían defender, ni con los de los derrotados. Julio Méndez solo creía en el amor que él encarnaba en una muchacha que encaraba la vida con un permanente gesto de asombro, que para Julio era una sublime expresión de inocencia. Se llamaba Margarita y tenía cinco años menos que él por lo que su noviazgo fue una especie de iniciación, en la que el maestro vocacional se deleitaba encandilando a su devota alumna en los misterios de la vida y el amor.

Se casaron tan pronto como acabó la guerra y para Julio, a diferencia de sus compatriotas, que lamían en silencio las heridas que la contienda les había infligido, aquella fue la época más feliz de su vida. No tuvieron hijos. Nunca quiso saber si era por su culpa o por la de Margarita. Tampoco le importó demasiado. Ella llenaba su vida y nada más que su compañía le hacía falta para ser feliz. A lo sumo le dolía el gesto triste que aquella frustración le ocasionaba, que ella no podía esconderle siempre y que él se esforzaba en borrar de su rostro bello con bromas y caricias que terminaban, invariablemente, en la cama. Julio sabía cómo encender la pasión de su amada y ella le recompensaba con ardientes sesiones de sexo que lo dejaban exhausto y feliz.

No. Julio Méndez no se quitó la vida por sus inexistentes convicciones religiosas, sino porque, a pesar del insoportable dolor de su ausencia, sabía que cuando él desapareciese del mundo, con él se disolvería en la nada el recuerdo hermoso de una mujer que no debió morir tan joven.

Sintiendo que no iba a tener fuerzas para resistir el peso abrumador de su pérdida en el lugar donde había sido tan feliz, y donde los recuerdos eran demasiado vívidos, decidió alejarse del escenario de su tristeza llevándose con él sólo los recuerdos más hermosos. Con gran esfuerzo logró olvidar sus últimos meses de vida que fueron una farsa dolorosa, en la que ella fingía que no sentía dolor y él se esforzaba en ocultar el miedo que le producía su ausencia inminente. Buscó las plazas vacantes de enseñanza y eligió la primera que encontró. Estaba en Alzira, una ciudad de la ribera del Júcar de cuya existencia tenía una vaga noción y a la que se dirigió con la esperanza de hacer más llevadera la derrota en la que había perdido todas sus ilusiones.

Ligero de equipaje, con solo media docena de mudas y sus artículos de higiene personal, emprendió de madrugada la marcha

hacia su nuevo destino. Más tarde recordaría que, viendo el hermoso día que acababa de nacer, viajando hacia levante, al volante de su flamante Seat 600, imaginó que se dirigía hacia algo nuevo, diferente, como nuevo era el día en el que pretendía renacer. Siete horas más tarde, sobre las cuatro, después de haber recorrido unos trescientos veinte kilómetros, hecho tres paradas para repostar combustible, comer algo y refrescarse, llegaba a una ciudad que, aletargada por el calor y la siesta con la que pretendía escapar de la canícula del verano, se le antojó una ciudad muerta y, por un instante, se arrepintió de haber elegido aquel destino para intentar enterrar sus recuerdos más dolorosos.

A pesar de no haberse fijado demasiado en sus edificios, la impresión que le causó la ciudad no fue buena. Pudo comprobar que Alzira era una ciudad que se estaba transformando y se esforzaba en borrar edificios que le recordaban que sólo había sido un pueblo grande, para erigir bloques de viviendas nuevas con las que fingir que era una capital moderna. Incluso para un profano en cuestiones urbanísticas como era él, resultaba evidente que aquellos cambios tardarían unos cuantos años más en convertir a la aspirante a capital en aquello que quería llegar a ser. Mientras tanto, sólo sería una desordenada acumulación de actuaciones urbanísticas a medio desarrollar, en las que lo nuevo y lo viejo convivían a su pesar. Corrían los años sesenta. Julio Méndez acababa de cumplir cincuenta.

Desorientado tras haber dado varias vueltas por las calles de Alzira, se detuvo en una plaza que debía ser la principal de la ciudad y que con toda probabilidad se llamaría Plaza del Caudillo o del Generalísimo o algo parecido, tal como sucedía en todos los pueblos y ciudades de España. Parecía completamente desierta. Al cabo de unos minutos vio aparecer a un hombre. Caminaba pegado a las paredes de los edificios tratando de encontrar alivio en la escasa sombra que habían empezado a proyectar. Se acercó a él y le preguntó por la pensión San Juan, donde tenía concertado un alojamiento temporal. El hombre, que era extraordinariamente delgado, pareció emerger de profundos pensamientos y le dio indicaciones para llegar a su destino, que estaba a menos de trescientos metros de donde se encontraban. Julio le agradeció la ayuda y el hombre se despidió con una sonrisa beatífica. Por un momento, el maestro recién llegado pensó que había hablado con un místico, tanto por su aspecto como por su tono de voz. No era precisamente la idea preconcebida que tenía de los valencianos, a los que consideraba mucho más vitales y extrovertidos, pero Julio ya tenía edad y experiencia suficiente como para saber que los tópicos se ajustan muchas veces más a los prejuicios que a la realidad.

Puso en marcha el automóvil que, tras unos minutos inmóvil al

sol, se había calentado considerablemente y, por primera vez, se dio cuenta de que el calor de las regiones de levante, húmedo y pegajoso, nada tenía que ver con el horno seco que podía llegar a ser Toledo, y que la sombra de su nueva residencia no tenía el contundente alivio que le proporcionaba la de su ciudad que incluso le parecía más oscura, más densa.

La pensión San Juan estaba en una plaza pequeña de la que tomaba el nombre. Estacionó su coche frente a la entrada y llamó a la puerta. Unos instantes después, le abrió una mujer mayor a la que, por su aspecto somnoliento, con toda seguridad había arrancado de la siesta. Se identificó para reclamar el alojamiento que había concertado por teléfono el día anterior y tras unos breves trámites de inscripción y el depósito de una cantidad de dinero que haría de garantía, fue conducido a una habitación que compartía cuarto de baño con otras tres. La habitación estaba en el primer piso y daba a la plaza. Desde su ventana veía el coche y de pronto se sintió abrumado al darse cuenta de que empezaba para él una vida nueva llena de incertidumbres. Sintió todo el peso de las horas que había pasado al volante y después de ducharse para intentar arrancar de su piel la sensación de bochorno, se desnudó y se tendió en la cama. Casi inmediatamente cayó dormido.

—Doña Antonia, veo que usted sitúa sus novelas en Alzira. ¿Por qué lo hace?

—Principalmente por cariño a la ciudad. Es como un modesto homenaje. Me molesta que la mayoría de novelas se desarrollen en espacios "neutros" como son las grandes ciudades. Los pueblos y ciudades menos importantes también merecen ser el "paisaje de ficción" donde se desarrollen situaciones interesantes. De hecho lo son. Aquí en Alzira han pasado muchas cosas que merecen ser noveladas. Por otra parte, me resulta muy cómodo imaginar a mis personajes en lugares que conozco con los ojos cerrados.

—La entiendo. A mí personalmente me gusta imaginar la acción en las calles de Alzira, aunque a veces no reconozco las calles por los cambios de nombre.

—Bueno, yo en eso intentaba ser fiel a lo que había, nos gustase o no.

—Muy bien, seguimos con la lectura.

LA ESCUELA DEL “RATOLÍ”

Se despertó al alba. Volvió a asomarse a la ventana y comprobó que todo lo que había soñado aquella noche era irreal. Que, efectivamente, había abandonado su ciudad natal y que hoy empezaba su nueva vida lejos de los recuerdos que le hacían sufrir.

La plaza estaba desierta y Julio se dio cuenta de que sólo había visto en aquella ciudad a dos personas: el transeúnte solitario y doña Bernarda, la dueña de la pensión. De pronto sintió la necesidad de familiarizarse con los habitantes de Alzira que iban a constituir el paisaje humano sobre el que iba a desarrollarse, a partir de entonces, su existencia. El reloj despertador que había dejado sobre la sobria mesita de noche marcaba las seis menos cuarto de la madrugada, así que Julio, que sabía que no se servía el desayuno hasta las siete, volvió a tenderse en la cama y al tiempo que su mirada recorría las grietas y desconchones del techo de su habitación, iba planeando cómo iba a desarrollarse la jornada que estaba a punto de comenzar.

Lo primero que iba a hacer era acudir al centro escolar donde tenía que desarrollar su trabajo. Se trataba del grupo escolar Julio Tena y estaba situado en la plaza del Sufragio. Obviamente, a finales de agosto el curso no había comenzado, pero él había querido adelantar unas semanas su llegada para intentar conocer un poco su nuevo mundo y empezar con cierta experiencia sobre los lugares que tendría que recorrer y los puntos que podrían serle necesarios para su vida cotidiana, como comercios, farmacias, bancos, oficina de correos… Así pues, a las siete y diez de la mañana, después de afeitarse y asearse, bajó al comedor donde le sirvió un desayuno decente una joven de aspecto tímido que parecía más pendiente de la aprobación de la dueña, doña Bernarda, que de atender correctamente a Julio que era en ese momento el único ocupante del comedor.

—Es mi futura nuera —aclaró la opulenta matrona acercándose a él—. Muy pronto será ella quien lleve la pensión con mi hijo. Y dígame don Julio ¿está todo a su gusto en la habitación? ¿Necesita algo más?

—Está todo bien, muchas gracias, pero sí que me gustaría que me indicase cómo llegar al grupo escolar Julio Tena. Es allí donde voy a dar clases.

—¿Es usted maestro? Ya me parecía a mí, un hombre de su

edad, tan serio y educado… Pues no me suena ese nombre, ¿Julio Tena, dice? ¿Sabe el nombre de la calle donde está?

—Es una plaza, la del Sufragio.

—Pues no caigo. Un momento. Manolita, ven ¿Sabes cuál es la plaza del Sufragio?

—Es la que está frente al ayuntamiento.

—¿Esa no es la plaza del carbón?

—Está a continuación. Son dos plazas comunicadas por una calle. La del Sufragio es la segunda.

—Ahora caigo. ¡Qué tonta soy! Al decir usted Julio Tena me había despistado. Aquí todo el mundo conoce esa escuela como la del "Ratolí".

—¿Ratolí? No entiendo…

—Es valenciano —dice Manolita—. Significa ratón.

Algo confundido, Julio salió de la pensión tratando de recordar las indicaciones que le habían hecho las dos mujeres. La verdad es que no lo tenía demasiado claro, pero había tres puntos que iban a formar las coordenadas infalibles: El ayuntamiento, la plaza del Sufragio y la escuela del "Ratolí".

La mañana todavía no había caldeado la atmósfera, y Julio sintió que el agradable frescor del momento le iba a facilitar el paseo con el que pretendía familiarizarse con la ciudad. Pronto llegó a la plaza principal que ya conocía y que, por lo que le habían indicado en la pensión, había sido remozada recientemente. No le gustó demasiado. Los edificios que la bordeaban eran una extraña amalgama de viviendas de distintas épocas y estilos que, salvo algunas excepciones, no tenían demasiada gracia. A continuación se dirigió hacia el puente de San Bernardo. Según supo más tarde por allí había trascurrido un brazo del río Júcar y que había sido cegado porque, al parecer, iban a construir sobre él una avenida importante, la más ancha de la ciudad, y que ya mostraba algunos edificios altos en construcción, que iban a ser los pioneros en dar a la ciudad el aire de pequeña capital moderna que pretendía con aquel proyecto urbanístico.

Tras cruzar el puente, se encontró con una intersección en la que un guardia urbano regulaba el tráfico de vehículos y personas, que indicaban con su afluencia que la ciudad empezaba a despertar. El guardia en cuestión ordenaba a los transeúntes, peatones y vehículos, con gestos exageradamente enérgicos al tiempo que les acribillaba con pitidos estentóreos. A Julio le pareció estar viendo a un director de desfile militar, más que a un guardia de tráfico. En un momento dado, en que no había circulación, el maestro se acercó para preguntar a aquel hombre por el Ayuntamiento y el guardia, tras cuadrarse marcialmente ante él, le dio las indicaciones pertinentes y lo despidió

con un saludo militar que Julio, en su pasmo, estuvo a punto de responder de igual modo.

Continuó su marcha en la dirección indicada y reconoció la calle por la que había accedido a la ciudad. Supo después que se llamaba de Santa Teresa. En una de las esquinas donde terminaba, había un edificio de cuatro alturas coronado con un templete que fue el primero que le pareció hermoso en aquella ciudad. En sus bajos, flanqueados por esbeltas columnas de piedra pulida, aparecían la entrada y los escaparates de un bazar cuyo nombre no llegó a entender: "Cupón regalo comercial". Un par de centenares de metros más adelante, se encontró con una iglesia que, por su tamaño, debía ser la mayor de la ciudad, aunque su apariencia exterior no podía ser más anodina, salvo la puerta de acceso que tenía un claro estilo barroco. En la plaza, que se llamaba "de los mártires" en memoria de los ejecutados por los republicanos al principio de la guerra civil, un par o tres de edificios le llamaron la atención. Se trataba de casas grandes que debían ser propiedad de miembros de la burguesía local. Pasando aquella plaza, llegó a la casa consistorial. El edificio, muy antiguo, le recordó a su ciudad natal, aunque no resistía ninguna comparación con las maravillas que allí existían. Frente a él, una plaza irregular y tras unas casas al fondo, bordeando una calle, se adivinaba otra. Avanzó y tras superarla se encontró con la que debía ser la plaza del Sufragio. A la derecha estaba el grupo escolar Julio Tena. La escuela del "Ratolí".

Contemplando su fachada, se preguntó Julio quién sería aquel tocayo al que habían dedicado el grupo escolar. Más tarde le aclararían que había sido un alcalde de la postguerra, médico de profesión y perteneciente a una familia acomodada, que se había distinguido por su honradez y generosidad al destinar su sueldo como alcalde a instituciones de caridad y que había fallecido a la misma edad que él tenía en aquellos momentos, cincuenta años. El edificio tenía una apariencia que muy bien podía haber correspondido a un convento moderno o a algo así. La puerta principal, a la que se accedía por una breve rampa lateral estaba coronada por un arco de medio punto y sobre ella, una ventana adornada con artísticos relieves lineales. A ambos lados, tres ventanas en la planta baja y en el primer piso daban un aire clásico a un edificio que, pese a su aspecto de abandono, no debía ser demasiado antiguo. A la izquierda había un cuerpo que simulaba ser una especie de torre, cuya utilidad no comprendió.

Al pensar que en aquel lugar iba a seguir desarrollando su vocación con niños diferentes a los que había tenido en cursos anteriores, sintió una oleada de nostalgia, pero recordando inmediatamente la razón por la que había llegado hasta allí, la

nostalgia fue sustituida por el dolor. En un breve cálculo mental contó los días que le faltaban para empezar el curso y lamentó que no fueran menos. Confiaba que las tareas burocráticas que tenía que llevar a cabo para hacerse cargo de la plaza ante la delegación del ministerio de educación en Valencia y la búsqueda de vivienda, así como la tarea autoimpuesta de familiarizarse con la ciudad, le hiciesen más llevadera la espera.

Después de dar un largo paseo por las calles de su nuevo hogar, cuando el calor empezaba a ser realmente insoportable, decidió regresar a la pensión. A la hora de comer, compartió el comedor con unos operarios de la compañía telefónica, que estaban realizando diversas obras de mejora de la red en la comarca, y con un viajante de comercio, muy extrovertido, que le informó que se dedicaba a exhibir su muestrario de mercería en los establecimientos de toda la provincia y que, francamente, mejor no le podía ir.

Por la tarde, después de una imprescindible siesta, salió de nuevo a la calle y pudo comprobar que había ido a parar a una ciudad que vivía una fase de expansión económica francamente envidiable. Más tarde supo que aquella se debía al impulso de un empresario local que poseía industrias de alimentación modernas, así como una importante empresa de cartonajes. Como consecuencia de aquel gran crecimiento económico, se estaban construyendo barriadas nuevas, que trataban de dar satisfacción a la necesidad de vivienda de las muchas familias que habían emigrado desde el interior más pobre de la península, así como al crecimiento de la población autóctona. Aquello llamó mucho su atención porque suponía un cambio de ambiente brutal. Él procedía de una ciudad cuya gloria y esplendor estaban firmemente anclados en el pasado y ahora iniciaba el resto de su vida en una ciudad, más pequeña, pero que parecía mirar sólo al futuro, desentendiéndose por completo de una historia que Julio intuía que no debía ser insignificante. Tal vez aquella característica de la ciudad se acomodase a las intenciones del maestro de empezar una vida nueva.

El resto de los días que faltaban para el comienzo del curso lo dedicó a tareas simples con las que trataba de adaptarse al que iba a ser su nuevo mundo. Viajó a la delegación del ministerio en Valencia y dio largos paseos por la ciudad. En las calles, en los comercios, en los cafés y en la pensión, permanecía atento a las expresiones, a la fonética valenciana que se le antojó dulce en algunas bocas, vulgar en otras, pero, en cualquier caso, agradable, así que se propuso firmemente aprenderla. Si quería llegar mejor a los alumnos que el destino le entregase, tenía que conocer y comprender su lengua materna.

DOÑA CONCEPCION

Aunque no era una prioridad para él, buscó una vivienda pequeña en la que fingir que tenía un hogar y encontró un primer piso en la calle Mayor de San Agustín. Se trataba de una casa que tenía planta baja y dos alturas más. La dueña, doña Concepción, era una viuda que tenía aproximadamente la edad de Julio y que le ofreció el alquiler de la vivienda a un precio muy razonable. Era evidente que la señora vivía de rentas, y que si le permitía ocupar la vivienda era por su indudable aspecto de hombre serio y por su condición de maestro, que era para ella, según le llegó a confesar, garantía de honradez. La vivienda estaba completamente equipada y aunque los muebles eran antiguos, se veía que eran de buena calidad. La calle era bastante céntrica y no quedaba demasiado lejos del colegio. Un paseo de diez minutos, que le serviría para ir desprendiéndose cada mañana de la congoja con la que despertaba en su cama dolorosamente vacía.

Así pues, limpiando y ordenando la casa a su gusto, aprendiendo a cocinar, paseando por la ciudad y estudiando a sus habitantes, dejó pasar las escasas semanas que precedieron al comienzo del curso escolar.

Unos días antes, fue convocado, al igual que todos los docentes de la ciudad, a la casa consistorial para tratar el tema del calendario escolar. Llegó allí a media mañana y en la puerta del edificio, un grupo bastante nutrido de hombres y mujeres de todas las edades charlaba animadamente, compartiendo sonrisas, apretones de manos y algún que otro abrazo. Julio se acercó con la intención de buscar a quienes serían su director y el resto de compañeros de claustro.

Preguntó a uno de los miembros de aquel heterogéneo grupo por el director del grupo escolar Julio Tena. El hombre le señaló a una mujer que tendría alrededor de sesenta años. Vestía con sobria elegancia y manifestaba, como la mayoría de las mujeres de aquella edad, cierto sobrepeso. El cabello, pulcramente recogido en un moño, coronaba un rostro extrañamente dulce y severo al mismo tiempo, cuya mirada intensa e inteligente no podían enmascarar unas aparatosas gafas.

—Es directora. Se llama Julia Mateo —añadió señalándola con una sonrisa.

Julio se acercó a ella. En ese momento estaba hablando con

unas monjas. Una de ellas, algo mayor, resultó ser la madre superiora de la orden de las franciscanas que ejercía la docencia en el colegio "La Purísima", que no estaba lejos del ayuntamiento. Junto a ella otra monja, bastante más joven, que parecía servirle de escolta y a poco más de un paso, pero evidenciando que formaba parte del grupo, una joven que apenas habría cumplido los veinte años que seguía en atento silencio la conversación de las otras mujeres.

—Buenos días —interrumpió el maestro recién llegado la conversación de aquellas mujeres—. Disculpe la interrupción. Permítame presentarme: Soy Julio Méndez, maestro destinado al grupo escolar Julio Tena. Me han informado que es usted la directora.

—Encantado de conocerlo —respondió la mujer—. Efectivamente soy la directora de ese colegio. Me llamo Julia Mateo, y por lo que veo, vamos a generar allí una indigestión de "Julios", el nombre del colegio, el de la directora y ahora el suyo. ¿De dónde viene usted? Porque tengo entendido que no es usted valenciano.

—Efectivamente. He vivido hasta ahora en Toledo.

—Muy bien. Permítame que le presente. Ella es la madre Consuelo, directora del colegio la Purísima de esta ciudad y le acompaña sor Teresa, profesora de matemáticas y esta joven, una muchacha muy inteligente que va a iniciarse en nuestra profesión en este curso, se llama Luisa Prats. Y ahora, si la madre Consuelo nos disculpa le voy a presentar a sus compañeros y compañeras del claustro. Sígame, por favor.

En ese momento se formó un cierto murmullo y movimiento de los miembros del grupo porque acababa de llegar el alcalde de la ciudad, don Bernardo Andrés.

—Bueno, ya le presentaré más tarde. El alcalde no querrá que le hagamos esperar.

Tras repartir algunos apretones de manos y algunas sonrisas, el alcalde se adentró en la casa consistorial y, tras subir una escalera, llegaron a la primera planta del edificio donde se encontraba el salón de plenos del ayuntamiento. El alcalde tomó asiento en el lugar presidencial y se dirigió a los asistentes.

—Buenos días a todos. Lamento haberles hecho esperar. Si les parece bien empezaremos la reunión tras pedir la protección de nuestros santos patronos, Bernardo María y Gracia. Como de costumbre, encargaremos la oración al miembro más joven del grupo. ¿Quién es este año?

Todas las miradas se dirigieron a la jovencísima maestra que acompañaba a las dos monjas y la muchacha, cuyo aspecto se correspondía con el de una alumna, más que con el de una profesora, subió al pequeño estrado donde estaba la mesa presidencial y, tras carraspear nerviosamente, dirigió con voz dulce la oración del Padre

Nuestro.

El resto de la reunión se desarrolló tal como estaba previsto y como Julio había presenciado en muchas ocasiones. Se acordó la fecha de inicio de curso y se adaptó el calendario a las fiestas y costumbres locales. Antes de que se marchase cada cual a sus asuntos, doña Julia presentó al nuevo maestro a los demás miembros del claustro de profesores y, tras intercambiar algunas frases estereotipadas de bienvenida y agradecimiento, cada uno marchó en pos de sus quehaceres. De camino a su casa, Julio sintió un leve hormigueo en la nuca y se volvió a mirar inconscientemente. A unos cincuenta metros lo seguía la joven maestra, Luisa Prats. Caminaba sola, con paso decidido y Julio, recordando sus comienzos en el magisterio, sintió cierta ternura y quiso esperarla para intercambiar con ella los sentimientos de duda e impaciencia que, a buen seguro, estarían perturbando su ánimo. Cuando llegó a su altura, la recibió con una sonrisa franca que fue correspondida plenamente por la de la joven. Julio sabía por experiencia que no hay maquillaje que embellezca mejor un rostro femenino que una sonrisa. Su añorada esposa había sido el mejor ejemplo de ello. Así pues la sonrisa de Luisa, no exenta de timidez, hizo que la luz intensa que iluminaba en aquellos momentos la calle mayor de Santa Catalina, se hiciese mucho más dulce, más humana. Había algo en aquella sonrisa que le recordaba a la ausente y por primera vez, desde que había enviudado, el recuerdo de su esposa no le causó dolor.

—Imagino que tendrá ganas de que empiece el curso —le dijo a modo de saludo.

—No se puede usted hacer una idea. Llevo años soñando con que llegue el día en que pueda empezar a dar mis clases. Pienso que el trabajo de los docentes es el más noble que pueda haber. Aunque eso usted lo sabe mucho mejor que yo, por supuesto.

—Es un trabajo que puede ser muy gratificante, no se lo niego, pero no se haga usted demasiadas ilusiones. A veces puede llegar a ser ingrato. No espere que todas sus alumnas estén dispuestas a recibir de buen grado sus enseñanzas.

Continuaron el camino hacia el puente de San Bernardo intercambiando comentarios y consejos, y Julio se dio cuenta de que aquella muchacha podría haber sido, por su edad y por sus ideas, la hija que nunca llegó a tener y, por primera vez en su vida, lamentó que el destino no le hubiese permitido tener la descendencia que mantuviese viva la esencia de su amada esposa. Atravesaron la plaza del Caudillo y entraron en la calle donde vivía el maestro. Al llegar a su casa, se despidieron y ella continuó su camino calle abajo.

Un buen rato después, mientras trataba con poco éxito de prepararse un plato de arroz con pollo, según las instrucciones de su

casera, Julio Méndez se dio cuenta de que, sujeto a un sutil interrogatorio, le había contado a su joven colega toda su vida y milagros, así como el motivo por el que había venido a aquella ciudad. Lo había hecho exactamente igual que si hubiese estado hablando con la hija que nunca tuvo, la que ya nunca tendría.

Los días que vinieron a continuación fueron para Julio de una lentitud exasperante, especialmente porque estaba molesto por una incomodidad que nunca había imaginado y que no sabía cómo evitar. Se trataba de doña Concepción, su casera. La mujer había puesto en Julio sus esperanzas de salir de la triste soledad de viudez y se empeñaba en agasajarlo hasta un punto en que Julio, francamente molesto, sentía que iba a tener que ponerse en plan desagradable. Lo cierto es que a los pocos días de instalarse en la vivienda en cuya planta baja vivía la buena mujer, ella ya sabía que no iba a llegar ninguna esposa a la vivienda que le había alquilado porque él era viudo. Así que empezó un asedio que era de todo menos sutil. Se ofrecía a lavarle y plancharle la ropa, cosa que Julio aceptó agradecido. Luego trató de enseñarle a guisar platos sencillos, con cuyo pretexto le ofrecía comidas preparadas por ella misma. Este contacto casi cotidiano le servía a la buena mujer para lamentar su propia soledad y para expresarle una solidaridad sincera con la suya. Por más que doña Concepción se esforzaba en ser sutil, Julio veía con claridad meridiana cuales eran las auténticas intenciones de la viuda.

Otro hombre cualquiera, en su situación, se habría aprovechado de la extrema necesidad de la mujer, pero él no era de esa clase. La mujer no era desagradable físicamente, y por cómo se arreglaba para devolverle la ropa limpia y planchada o para subirle alguno de sus guisos, era evidente que le ofrecía mucho más que una agradable convivencia vecinal. Pero para Julio Méndez, aquellos placeres yacían enterrados a muchos kilómetros de allí, junto a la única mujer a la que había amado en su vida, así que trataba de eludir aquella incómoda situación fingiendo no darse cuenta de nada, aun a riesgo de parecer un hombre necio. Pero doña Concepción, cegada por una pasión irracional, ante la aparente ignorancia de su inquilino, redoblaba sus esfuerzos hasta el punto de causar auténtica incomodidad en Julio.

El ocho de septiembre, a pocos días de comenzar el curso, la situación estaba convirtiéndose en insoportable, por lo que el maestro decidió salir a pasear y retrasar su regreso a casa lo más posible, a fin de evitar el acoso al que estaba siendo sometido.

Sentado en una terraza de la plaza, escuchó el sonido de dulzainas que anunciaban la llegada de algún cortejo. Pensando en distraerse con lo que quiera que fuera aquello, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la música. Unas niñas que portaban unos arcos de colores realizaban una danza al compás de una monótona monserga.

Tras ellas avanzaba lentamente un paso procesional que llevaba a una pequeña virgen portada por varios hombres. Un sacerdote calvo con gafas, engalanado con pesados ropajes, seguía al paso, y tras él, cuatro mujeres, elegantemente vestidas de negro con teja y mantilla, acompañaban el cortejo.

Julio miró sin curiosidad los rostros de aquellas damas de luto y de pronto la vio. Luisa Prats, la joven maestra, acompañaba a las otras tres mujeres de aspecto severo que debían ser las camareras de la virgen que procesionaba en el atardecer de la ciudad. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa que encendió todas las luces de su alma dormida.

Julio Méndez no podría conciliar el sueño aquella noche.

Un profundo suspiro llamó la atención de Valeria. Cuando dirigió la mirada a doña Antonia se dio cuenta de que la anciana estaba llorando. Las lágrimas manaban de unos ojos que miraban, sin ver, a algún lugar de la habitación.

—¿Se encuentra bien, doña Antonia? —preguntó alarmada Valeria, temiendo que la anciana se hubiese marchado a su universo de amnesia.

—Luisa… —fue lo único que dijo, y a continuación apagó todas las luces de su entendimiento y no volvió a hablar durante el resto del día.

Valeria la atendió con pena y deseó con todo su corazón que la mañana del día siguiente le devolviera a la anciana con cuya compañía estaba disfrutando tanto. Resistió la tentación de seguir leyendo por su cuenta el manuscrito. Consideraba que hacerlo sería como una traición, así que pasó el resto del día y parte de la noche tratando de encontrar infructuosamente algo en la televisión y en las redes sociales, a las que accedía a través de su móvil, que ocupase su atención. Pero no tuvo éxito. Todo le parecía insulso, sin sentido.

Afortunadamente doña Antonia se mostró completamente recuperada por la mañana, a excepción de un detalle muy importante: no recordaba en absoluto que el día anterior Valeria le había estado leyendo su novela. No obstante, no le dio demasiada importancia, y cuando la joven reanudó la lectura donde habían quedado se mostró complacida y siguió el relato con el mismo interés que el día anterior.

LUISA

La noche en vela fue un torbellino de sensaciones en las que el atisbo de una emoción despertada por una sonrisa le hizo consciente de todo lo que había perdido, de lo que no volvería a tener. Aparte de que era absurdo pensar que una muchacha, que por su juventud podría ser holgadamente su hija, pudiera recordarle los sentimientos más nobles que había experimentado a lo largo de su vida, él sabía que era imposible que pudiera volver a amar a nadie. Sin embargo, Julio creía ver en la sonrisa cálida de aquella ingenua maestra algo más que una educada simpatía, y a continuación se reprendía severamente por haber concebido la ridícula idea de que Luisa pudiera tener algún interés en él.

Julio nunca se había considerado un hombre guapo, pero tampoco se veía como un individuo incapaz de despertar el interés de una mujer. Ahí estaba doña Concepción para atestiguarlo. Mientras se afeitaba en la mañana siguiente estudiaba sus rasgos físicos. Su rostro mostraba arrugas que pertenecían más al sufrimiento que a su edad. Su cabello todavía tenía el vigor y el volumen de su juventud, a pesar de mostrar algunas canas. Su cuerpo, delgado, consecuencia de una vida poco dada a los excesos, no se correspondía con el de los otros hombres de su edad. Su afición a dar largos paseos mantenía un vientre razonablemente plano y un porte firme y ligero, que quienes le habían conocido en su ciudad natal siempre le habían elogiado. Pero todo ello era algo a lo que nunca había dado importancia porque siempre había tenido lo que otros podrían intentar conseguir con aquellos atributos: el amor incondicional de una mujer que eclipsaba con su existencia a todo el género femenino.

El resto del día, el atribulado maestro no dejó de preguntarse por qué, una y otra vez, su desvelado pensamiento volvía a la sonrisa que le había perturbado inexplicablemente y por qué, indefectiblemente, le conducía al rostro hermoso de Margarita, que tantas veces había besado. Llegó finalmente a pensar que estaba viviendo alguna fase del duelo por la pérdida de su amada esposa, en la que su inconsciente se resistía a dar por perdidas las emociones de la ternura y la pasión que habían reinado en su vida de casado, y trataba de encontrar un paliativo a su ausencia irremediable. Confortado con esa idea afrontó el resto de los días previos al inicio

del curso. Sin embargo, tuvo que hacer un acopio extraordinario de integridad para resistir el acoso al que doña Concepción, cada vez más osada, le sometía sin descanso. Especialmente la noche en que la viuda le llamó angustiada porque había visto una rata en su dormitorio y se sentía incapaz de meterse en la cama. Vestía una sugerente combinación de lencería negra que no parecía muy apropiada para una mujer madura que pasaba las noches sola. O tal vez sí.

—Mire que me he gastado dinero en arsénico. Tengo veneno para matar a todas las ratas de la ciudad, pero no hay manera. Cuando menos lo espero, me aparece una. Con el asco que me dan…

La rata no apareció por ningún lado, tal como había imaginado Julio, así que doña Concepción (—Llámeme Conchita —le había dicho en más de una ocasión), aparentando histeria sugirió la idea de pasar la noche en casa de Julio, cosa a la que él se negó con tanta rotundidad como falta de delicadeza.

La última semana de septiembre dio comienzo el curso escolar y Julio, concentrado en su tarea, logró olvidar todos los absurdos sentimientos que habían zarandeado su alma dolida y se dispuso a ser sólo el buen maestro al que sus alumnos siempre habían reconocido.

Las tareas de la enseñanza, algunas rutinarias, otras creativas, añadieron la novedad de estar impartidas en una lengua que no era la que sus alumnos hablaban mayoritariamente en sus casas o en sus juegos, pero no supusieron una dificultad añadida, excepto en algunos casos de niños que probablemente habrían encontrado dificultades aunque se les hubiese dado clase en valenciano. No obstante lo cual, Julio se hizo el firme propósito de aprender aquel idioma a la mayor brevedad posible. Sentía que era lo que debía hacer para devolver a aquella gente el refugio al dolor que le brindaba.

Al tercer día de clase, el nuevo maestro vigilaba el patio de los niños. Los mayores, como en todas partes, acosaban y maltrataban a los pequeños y Julio se esforzaba en evitarlo repartiendo algún cachete, como siempre se había hecho. Estaba a punto de terminar el recreo cuando, procedente del patio de las niñas, se le acercó la directora, doña Julia.

—¿Cómo le va, don Julio? ¿Se encuentra usted cómodo con nosotros?

—La verdad es que sí. Todos los compañeros me tratan con suma cordialidad y los niños, como usted sabrá muy bien, son iguales en todas partes. Me hacen mucha gracia algunas construcciones gramaticales que emplean. Se nota que son traducción literal del valenciano.

—Así es. Ya se irá acostumbrando. Bien, me alegro de que esté usted cómodo. Quería avisarle que tenemos una reunión el próximo

día cinco de noviembre en el ayuntamiento. Viene la inspectora provincial de enseñanza primaria y el alcalde ha convocado a la junta municipal de enseñanza, a la que pertenecemos todos los directores de los grupos escolares de la ciudad. Me gustaría que me acompañase a la reunión. Pienso que sería interesante conocer las opiniones de alguien con mucha experiencia, como usted, que ha desarrollado la enseñanza en otra provincia.

—Cuente usted conmigo. Le acompañaré encantado.

—Muy bien, pues ya le recordaré la hora cuando se acerque la fecha. Muchas gracias, don Julio.

LA RIADA

El día quince de octubre llovió con gran intensidad en toda la comarca. Al parecer, según informaron al maestro castellano, era algo habitual, pero que no dejaba de hacer que los habitantes de Alzira sintieran gran inquietud. De camino al colegio, Julio había observado que un número importante de alzireños caminaban bajo sus paraguas en una misma dirección. Según pudo escuchar a otros que regresaban, el río bajaba crecido. Se trataba de curiosos que iban a comprobar con sus propios ojos la amenaza. En el colegio había algo en la atmósfera, mezclado con las gotas de agua que caían en creciente progresión, que tenía excitados a alumnos y profesores. En el aula apenas había la mitad de los alumnos que en un día normal, y doña Julia le informó que había peligro de desbordamiento del Júcar por lo que muchos padres habían decidido no enviar a los niños a clase. En el caso de las niñas la cosa era todavía más exagerada. A la clase de doña Julia sólo habían acudido cuatro alumnas.

—Si no para pronto de llover, tendremos que suspender las clases —anunció la directora.

Efectivamente, media hora después llegó al colegio un policía municipal que le comunicó la orden de la alcaldía de enviar a los niños a casa. Cerrado el colegio, Julio, sin otra cosa mejor que hacer, pensó que sería interesante sumarse a la corriente incesante de paraguas que por la calle de San Roque, frente al ayuntamiento, se dirigía hacia el puente de hierro. En su camino, Julio se acercó, sin saberlo, al “Centro”, que es como se conocía en la ciudad al colegio de La Purísima, el colegio en el que trabajaba Luisa, la joven maestra que había perturbado su ánimo durante unas horas. Lo dedujo por la cantidad de niñas uniformadas de azul marino que, solas, las más mayores, o acompañadas por sus padres, la mayoría, transitaban en dirección contraria a la que él llevaba.

El colegio estaba en una esquina de la calle de Santa Lucía con la de Saludador, y se rumoreaba que estaba en proyecto la construcción de un edificio mucho más grande, para atender la creciente demanda de plazas que no sólo procedían de la ciudad, sino de toda la provincia.

Oculta bajo un enorme paraguas no la reconoció de inmediato. Fue ella quien lo interpeló

—Don Julio, veo que a ustedes también les han ordenado cerrar el colegio.

—Luisa, disculpe. No la había reconocido. Efectivamente, acaba de llegar un guardia municipal para informarnos.

—¿Y a dónde va por aquí? Si puedo preguntarle…

—No sé. Supongo que a ver la crecida del río. Como toda esta gente —añadió señalando a los alzireños que, encogidos bajo sus paraguas, avanzaban en aquella dirección, tratando inútilmente de guarecerse del chaparrón.

—Siempre pasa igual. Cuando llueve un poco, todo el mundo siente la necesidad de ir a visitar el cauce. El caso es que a mí también me ha entrado curiosidad. ¿Me permite que le acompañe?

—Será un placer. ¿Vamos?

La desigual pareja emprendió el camino hacia el río. La chispeante conversación de la joven maestra pronto hizo que Julio se olvidase de la lluvia y del viento que empezaba a resultar molesto. De nuevo las sensaciones dormidas se adueñaron de su ánimo y Julio Méndez, durante un tiempo que luego se le antojaría excesivamente breve, pudo olvidar, o al menos retirar del primer plano de su pensamiento, el dolor que le había hecho huir de Toledo.

Asomados a una barandilla de piedra contemplaron en silencio la enorme masa de agua marrón que avanzaba gruesa e imponente por un cauce que apenas la podía contener. Parecía capaz de arrasar cualquier obstáculo que se le interpusiese y Julio, por un momento sintió una notable inquietud. Una ráfaga de viento inoportuna arrancó de las manos de Luisa su paraguas, llevándolo hasta el centro de la corriente, y la dejó a merced de la lluvia que, lejos de amainar, parecía aumentar su furia. Él le ofreció inmediatamente el suyo para compartir el cobijo y emprendieron el regreso. Bajo el paraguas se veían obligados a compartir una proximidad nueva y Julio pudo apreciar en todo su esplendor la sonrisa que se estaba convirtiendo en una obsesión para él. Cogida de su brazo, como una novia, Luisa se arrebujó contra su cuerpo para escapar de la lluvia, y el contacto de su ropa húmeda contra la de Julio se le antojó al maestro una caricia cálida que, curiosamente, le produjo un extraño escalofrío.

De camino hacia la plaza del Caudillo, ella le contó que estaba maravillada con su experiencia en el mundo de la enseñanza y que sentía que las alumnas la apreciaban por su juventud, que era un aspecto que les inspiraba mucha confianza y que las hacía sentirse más comprendidas.

—Si me permite un consejo, Luisa, tenga usted cuidado. Está bien que las jóvenes la consideren como a una hermana mayor, o incluso como una amiga, pero no deje que esto la confunda. Usted es su maestra, no su amiga, y si tiene que elegir, recuerde que debe

inclinarse por lo primero. El respeto y el principio de autoridad tienen que estar siempre por encima de todo lo demás.

—Lo tendré en cuenta. Se lo prometo. Y ahora dígame: ¿Cómo se encuentra usted en Alzira? ¿Le gusta nuestra ciudad?

—Estoy intentando conocerla bien —respondió Julio para no tener que mentirle.

—Tenemos en nuestro término municipal parajes preciosos. Debería conocerlos. ¿Tiene usted coche?

—Tengo un 600, sí.

—Cuando haga buen tiempo debe usted visitarlos. Yo me estoy sacando el carnet. Espero que no me resulte muy difícil. Tengo mucho miedo al volante. No sé si seré capaz…

—No lo dude. Mi esposa se lo sacó a la primera y conduce mejor que yo. Bueno, conducía…

Una mueca de dolor ensombreció de pronto el rostro de Julio al recordarla. Luisa, se dio cuenta inmediatamente y trató de acudir al rescate del estado de ánimo perdido.

—La echa usted mucho de menos… —le dijo con voz suave

—No se lo puede usted imaginar. A veces pienso que no vale la pena seguir viviendo sin ella.

—No diga usted eso. Ofende a su memoria. Estoy segura de que ella no querría que usted viviese penando por su ausencia. Usted todavía tiene mucho por vivir y no debe cerrarse a ninguna posibilidad.

—Es usted muy joven para hablar así. Ojalá nunca tenga que verse en la situación de mi pobre Margarita.

—No la compadezco, a pesar de que ha muerto muy joven. Pocas mujeres podrán decir que han sido amadas como, sin duda, lo ha sido ella. Estoy segura de que usted ha sabido hacerla muy feliz.

Julio miró a Luisa a través de las lágrimas que súbitamente habían empañado sus ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. Una muestra semejante de madurez le parecía inconcebible en boca de una joven de poco más de veinte años. Un doloroso nudo en la garganta le impidió articular ninguna respuesta. Mientras ella, en un sorprendente gesto de intimidad, le secaba las lágrimas que no dejaban de caer con un pañuelito.

Cuando llegaron a casa de Julio se despidieron casi sin palabras. El maestro le ofreció su paraguas para que siguiera su camino a casa. Después de un cortés apretón de manos, Julio se demoró en la puerta de la escalera para ver como ella se alejaba bajo la lluvia. Parecía un ángel al que ni la peor tormenta podía tocar.

—Hace usted referencia al peligro de riadas en esta ciudad. Es evidente que las personas de su edad se han visto marcadas por la experiencia de la famosa “Pantanada” de 1.982 —dice Valeria interrumpiendo la lectura.

—No olvides la riada de 1.987, cuando el pantano de Tous no estaba reconstruido. La verdad es que hace tiempo que no hemos tenido una experiencia semejante desde entonces. Ni siquiera algo que se le pudiese aproximar. Los recursos del río están sobreexplotados, y la nueva presa da mucha capacidad de regular las avenidas de agua. Así pues, es raro que vengan caudales de agua que puedan poner en peligro a la población, pero en aquella época, casi todos los años, con las lluvias de otoño había un peligro que todos trataban de anticipar visitando el río. Había que tomar precauciones. También sucede hoy en día, de vez en cuando, pero con mucha menos frecuencia o intensidad. En cualquier caso, tengo que darte la razón. Las inundaciones del Júcar nos han marcado y es inevitable hacer, aunque sea de pasada, referencias a ellas.

—Sigo leyendo.

EL MIEDO Y LA LUJURIA

A poco de llegar a su casa, justo cuando se había vestido con ropa seca, llamaron a su puerta. Era doña Concepción, su casera. Tenía el rostro desencajado.

—¿Ha ido usted a ver el río?

—Sí. Acabo de llegar.

—¿Cree que hay peligro de desbordamiento?

—No sabría decirle, aunque es cierto que lo he visto bastante crecido.

—¡Virgen santísima! —exclamó la pobre mujer con la voz quebrada.

—No se asuste doña Concepción. Creo que exagera usted su temor.

A continuación ella le contó una desagradable experiencia de su niñez que casi le costó la vida a ella, a sus padres y a sus hermanos, y que la había dejado marcada para siempre.

—Pensé que íbamos a morir todos. Estuve durante mucho tiempo durmiendo con mis padres y me despertaba casi todas las noches llorando de miedo. Nunca he olvidado aquello por completo y cada otoño, cuando las lluvias hacen que el río crezca, siento revivir toda la angustia que pasé en mi infancia y en mi juventud.

Julio se sintió extrañamente conmovido por el sincero pavor que la pobre mujer le manifestaba y tratando de ser amable le dijo

—No debe usted preocuparse. Si hubiera algún peligro, puede usted contar con mi ayuda, pero ya verá como no pasa nada.

—Muchas gracias, don Julio —respondió la casera aferrando sus dos manos—. Es usted un caballero. Sus palabras me tranquilizan tanto…

Julio pensó que tal vez había sido demasiado atento, dada la situación que estaba viviendo últimamente con ella, pero su arrepentimiento duró lo poco que tardó en darse cuenta de que él pánico de la pobre mujer era auténtico. Así que, reiterando su ofrecimiento, la despidió con amables palabras de consuelo.

El resto del día lo pasó preparando clases, ordenando y limpiando su vivienda y leyendo una novela, “Matar un ruiseñor”, de la escritora estadounidense, Harper Lee, que alguien le había recomendado en una época en la que todavía era feliz, y que no había

llegado a leer por la enfermedad de su esposa.

Acababa de anochecer cuando se fue la luz. Por lo visto las aguas desbordadas del río habían alcanzado el transformador que suministraba corriente a la ciudad. En la calle la lluvia arreciaba.

Julio se vio de pronto envuelto en la oscuridad más absoluta. No tenía ninguna linterna y no recordaba si había visto una vela en algún cajón de la cocina. Caminando a tientas, tropezando con los muebles llegó a donde estaban las cerillas que usaba únicamente para encender el fogón, ya que él no había fumado jamás. Sosteniendo una cerilla encendida buscó en los cajones sin éxito hasta que se quemó los dedos. Iba a encender otra cuando oyó unos golpes en la puerta. Se acercó a oscuras imaginando a quien iba a encontrar. Efectivamente, doña Concepción, sosteniendo una palmatoria con una vela encendida, se le presentaba como una aparición.

—He pensado que necesitaría usted algo para iluminarse —le dijo ofreciéndole un par de velas enteras que llevaba en la otra mano.

—Pues sí. Me vendrán muy bien. Se lo agradezco.

Después de tomar las velas vivió unos instantes de incómodo silencio, pues la mirada suplicante de la mujer le indicaba que no había subido sólo a ofrecerle un par de cirios.

—Estoy muy asustada —dijo la mujer al fin—. El que se haya ido la luz es un mal presagio. No voy a poder dormir en toda la noche.

Julio, sinceramente conmovido por la angustia de doña Concepción que en esta ocasión consideró autentica, a diferencia de la histeria del chusco episodio de la supuesta presencia de una rata en su dormitorio, le dijo, suponiendo que eso era lo que ella deseaba:

—Si no le parece incorrecto, puede usted pasar la noche aquí.

—Oh, no sabe cuánto se lo agradezco —se apresuró ella a aceptar.

A continuación, tras encender una de las velas que le había traído a su inquilino, bajó a su vivienda y subió de nuevo llevando una almohada, sábanas y mantas que dejó en el sofá que presidía el salón comedor.

—Procuraré molestarle lo menos posible. El sofá es bastante cómodo, si no recuerdo mal.

—No consentiré que duerma usted en el sofá. Puede usted usar mi cama. Sólo tiene que cambiar las sábanas. Yo dormiré en el sofá.

—No me parece correcto.

—Insisto. Es una condición inexcusable.

—Es usted un caballero. Aunque eso es algo evidente. ¿Ha cenado? —preguntó mucho más relajada.

—Me disponía a preparar la cena, aunque la verdad es que no tengo demasiada hambre.

—Permítame que le prepare yo la cena. Si no le importa le

acompañaré.

Julio aceptó de buen grado. Aquella mujer era muy buena cocinera y dominaba recetas de cocina propias de la zona que él jamás había probado antes. Además, tenerla ocupada en algo le serviría sin duda para relajarse.

La cena transcurrió con bastante normalidad, aunque era evidente que doña Concepción seguía bastante afectada por el peligro de la inundación. Después de la cena, hicieron un poco de tertulia en la que ella le habló de su difunto marido y de lo mucho que había sufrido por su ausencia. Julio le correspondió hablándole de su propia experiencia y un buen rato después se dispusieron a dormir. Ella se encerró en su habitación después de haberle preparado a su inquilino un arreglo de cama en el sofá.

Tratando de conciliar el sueño, Julio dejó libres las riendas de su pensamiento y éste pronto se centró en lo más agradable de lo que le había sucedido desde la muerte de Margarita: Luisa. La imagen de la joven maestra volando en su imaginación le producía una sensación agradable que le llevaba hacia la inconsciencia. En algún momento, la imagen de la muchacha le pareció seductora, sensual, y su mente engendró un sueño erótico con ella.

Le sacó de su agradable fantasía una sucesión de truenos que indicaban que el centro de la tormenta se encontraba sobre la ciudad. Poco después sintió que se abría la puerta de su habitación y oyó la voz de doña Concepción que le susurraba:

—Don Julio ¿Está usted despierto?

—Sí me han despertado los truenos. Menuda tormenta.

—Estoy muy asustada. ¿Me permite que me siente con usted en el sofá?

—Naturalmente. Venga aquí —dijo Julio palmeando un lado del sofá, al tiempo que se incorporaba.

A tientas, la mujer asustada se sentó junto a Julio y se cubrieron con la misma manta.

—No sabe cómo lamento las molestias que le estoy ocasionando.

—No se preocupe. Estamos para eso. Apóyese aquí —dijo ofreciéndole su hombro.

A continuación, la viuda que vestía un discreto camisón apoyó allí su cabeza y se arrebujó contra él. Pocos minutos después dormía profundamente, según acreditaba su pausada respiración. Quien no podía dormir era Julio.

Estaba profundamente perturbado por el sueño erótico que acababa de tener con Luisa y por el tibio contacto del cuerpo de la mujer que dormía a su lado. Su carne todavía era firme y su cuerpo desprendía un tenue olor que no sabía identificar, pero que encendía

todavía más su deseo. Julio ya había olvidado cuándo había sido la última vez que había tenido una relación sexual y parecía que su cuerpo se rebelaba con furia por la larga abstinencia. En un momento dado, trató de acomodarse y se movió con cuidado de no despertar a su compañera de sofá. Consiguió su propósito pero no pudo evitar que su brazo rozase el opulento busto de su patrona. En ese momento ella profirió un leve gemido, que a Julio le pareció de placer, y siguió durmiendo. Julio sintió que la erección que luchaba contra su ropa interior y su pijama era casi dolorosa. Doña Concepción se revolvió y puso una mano sobre el muslo de Julio, cerca de la ingle, y el maestro, víctima de las extrañas circunstancias que estaba viviendo y que lo habían llevado al borde del paroxismo, decidió abandonar sus principios y seguir el camino que le ordenaba su deseo sexual. Con cuidado cogió la mano de la mujer y la depositó delicadamente sobre su erección. Ella no reaccionó inmediatamente y cuando lo hizo fue con un amago de retirar la mano, pero el amago duró lo que dura un parpadeo. Cuando tomó conciencia de lo que estaba pasando, doña Concepción movió lentamente la palma de su mano sobre el bulto obvio y escuchó en el pecho sobre el que apoyaba la cabeza un profundo suspiro. A continuación buscó entre las ropas el camino para alcanzar lo que tanto había anhelado y lo acarició con delicadeza. Levantando la cabeza, buscó en la oscuridad la boca de su compañero y se enzarzó en una desesperada lucha de labios, salivas y lenguas que sólo interrumpió para decir en voz ronca:

—Vamos a la cama.

Allí ella tomó la iniciativa y Julio se dejó manipular encantado. Doña Concepción tenía un repertorio de prácticas sexuales que él no conocía y que le dejaron muy claro que era una mujer apasionada que vivía su encuentro sexual como si fuese el último acto de su vida. En algún momento Julio imaginó que el cuerpo tembloroso que jadeaba ansioso sobre él era el de Luisa y el placer alcanzó cumbres que ya había olvidado. Llegaron al clímax casi al mismo tiempo. Ella primero, gritando su nombre mezclado con expresiones obscenas que, a pesar de estar proferidas en valenciano, Julio entendió perfectamente, y él, incapaz de contenerse más, proyectó en su interior toda la lujuria que el tiempo había acumulado en su cuerpo. Permanecieron un rato inmóviles, ella todavía sobre él, tratando de alargar el placer consumado. Poco después Julio sintió que unas lágrimas, con toda seguridad de dicha, caían sobre su rostro, procedentes de los ojos de su inesperada amante. A continuación ella se retiró y se tumbó a su lado y, abrazándolo, cayó profundamente dormida. Unos instantes después era Julio quien se abandonaba a la inconsciencia del sueño.

—Vaya. Esta escena es bastante erótica. Aunque, si me permite decirlo, creo que es un poco extraña. No veo yo a una mujer de cincuenta años dándose un revolcón tan apasionado.

—¿Por qué no?

—No sé. Esa es la edad que tiene mi madre y, francamente no me la imagino con esas calenturas o diciéndole marranadas a mi padre al llegar al clímax, como usted dice.

—Es curioso, Valeria. Perteneces a la generación que más libertad sexual ha gozado en la historia, pero te veo llena de prejuicios. ¿De verdad crees que tu madre no tiene nunca ganas de tener una sesión de sexo apasionado? Es obvio que el personaje de doña Concepción es una mujer que está por encima de la media, pero te puedo asegurar que hay mujeres que tardan mucho en ver apagado su deseo. A mí me han contado romances que se han dado en los clubs de jubilados que no desmerecerían la escena que acabas de leer. Cada persona es un mundo diferente, pero te puedo asegurar que el deseo, aunque sólo pueda ser eso, un deseo, nunca envejece. Ya lo experimentarás por ti misma cuando te llegue la edad.

—No sé. Puede que tenga razón.

UNA ILUSIÓN IMPOSIBLE

Antes de la madrugada dejó de llover bruscamente. La corriente eléctrica pudo ser restablecida y la ciudad se preparó para reanudar sus rutinas.

Cuando Julio despertó, Conchita (después de hacerle el amor no tenía caso tratarla con formalidad y hablarle de usted) seguía durmiendo abrazada a él. La luz de la calle ya entraba por la ventana y el maestro, como si la luz del día nuevo le transmitiese una sobredosis de claridad mental, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Lo último que necesitaba era vivir una aventura amorosa con su casera, así que formuló un deseo: que la mujer, satisfecha su necesidad, dejase de acosarlo. Pero algo en su interior le espetaba con frialdad que no iba a ser así.

Se levantó de la cama con sumo cuidado para no despertar a su ocupante dormida y se dirigió al cuarto de baño para asearse y afeitarse, cosa que hizo con gran sigilo, pues no quería hablar con su amante nocturna hasta haber sopesado todas las posibilidades y valorar la respuesta adecuada a cada una de ellas. Sólo una cosa tenía clara: aquello no tenía que repetirse nunca más.

Se calentó un vaso de leche y lo bebió vigilando desde la cocina cómo Conchita, que era la pura imagen de la placidez, roncaba suavemente en la cama. A continuación, tanto si iba a tener clase como si no, se dispuso a acudir al colegio.

En la calle tuvo un encuentro inesperado. Luisa, con su sonrisa perpetua, le aguardaba sosteniendo su paraguas cerrado.

—Buenos días, don Julio. Le estaba esperando. No me atrevía a llamar por si molestaba. He venido a devolverle el paraguas.

—Muchas gracias. ¿Sabe si se reanudarán las clases hoy?

—Imagino que sí. Mi padre ha ido esta madrugada a ver el río y dice que el nivel del agua ha descendido un poco y que va amainando. Finalmente sólo ha afectado algunos barrios periféricos, Les Bases, Venecia y poco más, así que imagino que ya habrán dado autorización para abrir los colegios. Yo voy al mío ahora. ¿Y usted?

—Pensaba hacer lo mismo, así que si le parece, vámonos hacia allí.

La desigual pareja emprendió el camino común hacia sus colegios. A lo largo del paseo matutino, ella parecía revolotear a su

alrededor con su ingenua energía y él parecía ausente, ensimismado, a pesar de que en su mente se desarrollaba un torbellino de sentimientos que nadie habría sido capaz de imaginar. Las graciosas ocurrencias de Luisa apenas llegaban al fondo de la consciencia de Julio porque tropezaban con imágenes en las que él le hacía el amor en el cuerpo de otra mujer, y eso hacía que se sintiera sucio. ¿Cómo podía tener aquellos pensamientos con una muchacha tan inocente? ¿Acaso le había dado ella el menor motivo para que los concibiera? ¿Le había hecho alguna insinuación? Por supuesto que no. Pero lo que más le perturbaba no era aquella fantasía absurda sino un sentimiento de culpabilidad por haberse aprovechado de la soledad de una mujer y, sobre todo, por haber traicionado la memoria de su querida Margarita.

—Está usted hoy muy serio, don Julio. ¿Se encuentra bien? —le preguntó cuando ya habían llegado al punto en que tenían que despedirse.

—Sí, sí. Es que no he descansado muy bien esta noche.

—Le entiendo. La tormenta. A mí no me molesta. Al contrario. Sentirme confortablemente cálida en mi cama mientras en la calle se desatan los elementos me da una sensación muy placentera.

—A Margarita, mi esposa, le pasaba lo mismo. Le encantaba escuchar la lluvia desde la cama.

—Vaya. Me alegra tener algo en común con ella…

A Julio le sorprendió el inesperado comentario, pero no dijo nada. Se limitó a despedirse de ella y a alejarse esforzándose en no volverse para mirarla. Finalmente no lo pudo resistir y cuando lo hizo, se encontró con su mirada risueña y con un gracioso gesto de despedida hecho con la mano.

Aunque todavía no lo sabía, Julio había comenzado en aquella mañana, húmeda por la lluvia reciente, el resto de su vida. De una vida que nunca, ni en el más extravagante de sus sueños, habría podido imaginar.

Cuando terminó sus clases de la mañana, Julio se dirigió a casa dispuesto a solucionar el problema que había generado la noche anterior. Su determinación estaba muy lejos de darle la tranquilidad que necesitaba, ya que aunque había previsto varios escenarios posibles y preparado sus estrategias correspondientes, no estaba seguro de cómo iba a terminar la cuestión, así que había pasado la mañana algo nervioso y ausente ante sus alumnos y compañeros de claustro. Pensando que su dispersión mental se debía a la experiencia vivida por la amenaza de inundación, doña Julia le aconsejaba

—Esto pasa casi todos los años. Tendrá que hacerse usted a la idea. El río Júcar es el padre de la riqueza de esta tierra, pero en ocasiones se vuelve cruel y nos arrasa. Lo de ayer sólo fue un aviso. Ha habido años en los que se ha llegado a cobrar vidas humanas.

Pero a Julio, los ciclos de inundaciones del famoso río le tenían sin cuidado en aquellos momentos, y la única riada que le preocupaba era la de sentimientos que ahogaban su ánimo y que, por ser absolutamente imprevistos, no estaba seguro de saber gestionar.

Por una parte estaba el tema de su casera. Era imprescindible que le aclarase a la buena mujer que lo ocurrido entre ellos no iba a tener más consecuencias que las de ser un recuerdo agradable, fruto de una situación extraordinaria. Aunque él sabía, por las muchas señales que ella le había estado enviando, que Conchita lo deseaba, suponía que, calmado el ardor del deseo, volverían a su vida anterior sin más problemas y que, a lo sumo, ella pretendería que se repitiese eventualmente, cosa a la que él no estaba dispuesto porque había otro problema mayor, más profundo y al mismo tiempo más obsesionante que tenía que resolver cuanto antes: Luisa.

Julio no podía dejar de pensar en ella y ello le sorprendía y le hacía sentirse mal, al mismo tiempo. Era evidente que se sentía atraído por la joven, pero eso no era anormal. Luisa era una muchacha muy bonita, alegre, simpática y por lo que había podido deducir de su breve trato con ella, muy inteligente, todo lo cual la convertía en el ideal de cualquier hombre… de su misma edad. Pero él le sacaba casi treinta años, y era absolutamente impensable que ella pudiera ver en él algo más que un amable referente para la profesión de la enseñanza, que con tanta ilusión acababa de comenzar. Sin embargo, Julio se empeñaba en ver en su trato, en su sonrisa y en su mirada, un mensaje de afecto que iba más allá de la simpatía. Por otra parte, el maestro que todavía tenía su corazón destrozado por haber perdido

recientemente a la mujer de su vida, tenía el convencimiento de que nunca más volvería a amar, y sin embargo estaba fantaseando con una muchacha que podría muy bien ser la hija que no había tenido. Ya había sospechado, cuando se sintió por primera vez perturbado por su sonrisa, que la muchacha era un ideal que su inconsciente había generado, precisamente para calmar el dolor por la pérdida de su esposa, pero Julio estaba empezando a sospechar que aquella era una explicación hipócrita con la que trataba de justificar los sentimientos que estaban naciendo en su pecho, y que no se sentía capaz de controlar. Y esa incapacidad era precisamente lo que lo aterraba. Se veía haciendo el ridículo al expresarle a Luisa los sentimientos que ella le inspiraba y siendo rechazado con más o menos delicadeza, lo cual le causaba auténtico pavor.

Cuando creía tener la lucidez mental suficiente, Julio desechaba todas sus fantasías románticas, sencillamente por absurdas, pero, cuando menos lo esperaba, se sumergía de nuevo en ensoñaciones de amor y volvía a verse implicado en situaciones donde el ridículo lo humillaba hasta niveles que no se sentía capaz de resistir.

Por esas tribulaciones pasó su ánimo en el camino de regreso a casa. Cuando llegó, el maestro toledano ya había tomado las decisiones que consideraba adecuadas para terminar, de una vez por siempre, con su zozobra. Él no había dejado atrás su vida entera en Toledo para vivir nuevos problemas que no tenían solución.

Llamó a la puerta de la planta baja para hablar con Conchita. Ese problema, que sin duda era el más sencillo, tenía que resolverlo cuanto antes. El de Luisa lo resolvería con tiempo y paciencia.

Nadie respondió a la llamada repetida y, por un momento, Julio llegó a pensar que su casera, avergonzada por lo sucedido la noche anterior, había decidido esquivar su presencia. Tal vez el problema que Julio había temido se resolviese por sí mismo, así que emprendió el camino de ascenso a su vivienda del primer piso con el ánimo renovado. Cuando abrió la puerta de su casa, se dio cuenta inmediatamente de lo equivocado que estaba.

Lo recibió un agradable olor a limpio con suaves toques de limón. Pasó al salón comedor que estaba inmaculado, un modelo de orden y limpieza. Las cortinas descorridas dejaban entrar la luz a raudales, y Julio se habría dado cuenta de que el suelo resplandecía de no haberse fijado en que la mesa del comedor estaba dispuesta con gran gusto, lista para recibir a dos comensales. De la cocina emanaba un aroma nuevo que el pánico que empezaba a sentir no le permitió valorar en su justo mérito, pues correspondía a un guiso que prometía ser excelente. Finalmente, los temores que estaban abrumando a Julio se materializaron en la puerta de la cocina. Conchita, estrujando

nerviosamente un secamanos, le enviaba la mejor de sus sonrisas diciendo:

—¿Ya estás aquí, amor mío?

Y Julio se tuvo que enfrentar a lo único que no había previsto.

A la mañana siguiente Julio espiaba la calle, oculto tras los visillos de la ventana de su habitación. Estaba esperando que pasase Luisa en dirección al colegio. No quería encontrarse con ella. No quería volverla a ver. Esa era la solución que se había propuesto para olvidar, de una vez por todas, la estúpida idea de que sentía algo por ella.

En realidad, nunca se había encontrado con ella en el camino hacia el trabajo, a pesar de que estaba convencido de que pasaba por allí cada día desde su casa. Sólo en el día anterior habían coincidido porque ella le había esperado para devolverle el paraguas. Pedro Julio no quería arriesgarse a que su perturbadora sonrisa arrasase el firme propósito que se había hecho de arrancar de su mente un romance imposible.

Mirando su reloj para no llegar tarde a sus obligaciones, el maestro recordaba la triste escena que había vivido el día anterior con su casera, a la que ya llamaba de nuevo doña Concepción.

La pobre mujer, después de su apasionada noche de amor, pensaba que él la correspondía en sus sentimientos y que iban a compartir el resto de sus vidas alternando una placida convivencia con tórridas sesiones de sexo desatado, mientras su capacidad humana se lo permitiese. Para ello la ilusionada enamorada había decidido mostrar todas sus cualidades de ama de casa hacendosa y limpia, ya que sus cualidades de amante habían quedado fuera de toda duda la noche anterior. Así pues, sin encomendarse a Dios o al diablo, había limpiado y ordenado con esmero toda la vivienda de Julio y le estaba preparando su mejor guiso. Además se había vestido con cómoda elegancia y se había arreglado para parecerle más atractiva que nunca, cosa que había conseguido plenamente, ya que Julio tenía que reconocer en su fuero interno que su apariencia y su físico nada tenían que envidiar a otras mujeres más jóvenes.

Otro hombre en su lugar, con menos principios, se habría aprovechado de aquella ocasión envidiable y habría obtenido, por el tiempo que le habría apetecido, a una amante muy satisfactoria y a una criada perfecta. Y además, gratis, porque doña Concepción, que había derribado todas las barreras de su maltrecha dignidad, le había informado que, sin ser rica, tenía un patrimonio y unas rentas que le permitían vivir holgadamente y que no necesitaba a ningún hombre para que la mantuviese, y que si se había entregado a él era porque lo amaba profundamente, casi desde el día en que lo conoció.

Sinceramente conmovido, Julio había recurrido a toda su

delicadeza para tratar de rechazar a su enamorada sin hacerle daño, sin que se sintiera humillada. A fin de cuentas aquella mujer sólo era culpable de haber antepuesto su amor a su autoestima y no merecía ser rechazada sin ninguna explicación.

—Es usted una mujer maravillosa —le había dicho tratando de calmar el llanto que su desamor le había producido—. Merece tener a alguien que la ame y la valore por sus grandes cualidades, pero ese hombre no soy yo.

Y a continuación le había hablado de su esposa y de las razones por las que había abandonado su mundo en Toledo.

—Yo no puedo plantearme ninguna relación, pero usted sí que debería buscar a alguien con quien compartir su vida. Tiene usted la capacidad de hacer feliz a cualquier hombre. Lo extraño es que no lo haya encontrado ya.

Ella le contó que no le habían faltado pretendientes después de haber enviudado, pero que ella no podía vivir con cualquier hombre, por conveniencia o comodidad, como podía pasar con algunas mujeres que no concebían pasar la vida solas. Ella tenía que sentir amor para vivir con alguien y que había estado esperando a que llegase la persona a la que entregarse en cuerpo y alma, y que esa persona era él.

—Aunque creo que su interés por mí está completamente injustificado —dijo él—, porque yo no tengo méritos suficientes para haber despertado en usted esos sentimientos tan nobles, quiero que sepa que la entiendo perfectamente. Yo también sé lo que es encontrar a esa persona y, lo que es peor, perderla. Por esa razón, creo que lo mejor es que me busque otra vivienda. No quiero molestarla con mi presencia.

—No, no se vaya, por favor. Le prometo no incomodarle. Ha sido usted muy amable conmigo. Un caballero, como ya sabía que usted lo era. Deje que yo le corresponda de igual manera y me comporte con usted como una dama, aunque le aseguro que nunca voy a olvidar nuestra noche de amor.

—Yo tampoco, se lo aseguro.

A continuación, doña Concepción se había marchado a su casa diciéndole:

—La comida está lista. Cómasela. Es una lástima que se pierda.

—Quédese a comer conmigo.

—Lo siento. Ya no tengo hambre.

Julio tampoco tenía ganas de comer, pero decidió esforzarse en aprovechar el empeño de aquella pobre mujer por agradarle, y comió uno de los mejores platos que había probado en su vida.

Después de comer regresó a las clases y al terminar volvió a su casa. Viendo la casa limpia y ordenada y disponiéndose a cenar los

restos de la deliciosa comida, se preguntó si no estaba desperdiciando una ocasión extraordinaria de rehacer su vida. Le asaltaron de nuevo las dudas cuando, entre las sábanas limpias y perfumadas, evocó la batalla carnal de la noche anterior, pero las dudas de Julio murieron a manos de sus firmes principios. Él no podía hacer creer a nadie lo que no sentía y mucho menos en el íntimo mundo del amor. No concebía la idea de que alguien pudiera sufrir por ello. Así pues, como tampoco estaba dispuesto a que le hicieran sufrir a él, estaba resuelto a arrancarse del corazón, como decía el poeta Antonio Machado, la espina que le hacía sentir que todavía tenía un corazón.

Para ello el primer paso era alejarse de la causa de su desazón. Por eso estaba esperando al acecho como un asaltante el paso de Luisa, pero no para salirle al paso sino para evitarla.

Poco después la vio llegar. Caminaba como siempre con paso alegre y decidido. Al llegar a la altura de su casa miró hacia la ventana donde Julio estaba escondido. Por un momento sintió que se le paraba el corazón, a pesar de que estaba seguro de que no lo podía ver. Ella siguió su camino sin detenerse y un par de minutos después, salía Julio.

—Bueno, doña Antonia. Ya la veo venir. Así que el tal don Julio se ha enamorado de la maestrita joven. Va a tener razón mi madre cuando dice que todos los hombres son iguales. Ven una cara bonita, un par de tetas y un buen culo y pierden la cabeza. Menos mal que según usted es un caballero… ¿Y la pobre viuda, qué? Espero que le arregle usted un poco la vida. Una mujer apasionada, hacendosa… por cierto ¿qué significa hacendosa?

—Quiere decir que no es perezosa y que cumple con sus obligaciones en casa.

—Ya me lo había parecido. Pues esa cualidad no la va a encontrar en mí el hombre con quien comparta mi vida. Si quiere que esté todo limpio y ordenado, tendrá que apechugar con las tareas domésticas, por lo menos al cincuenta por ciento. Bueno, a lo que iba, la casera es un chollo que además guisa como los ángeles y que no le falta pasta. ¿Qué más puede esperar el protagonista?

—Estar enamorado. ¿Has estado enamorada alguna vez?

—Yo creo que no.

—Si no estás segura es porque nunca has estado enamorada.

—¿Y ahora qué va a pasar? No me diga que la maestra joven, Luisa, se va a enamorar de él. Eso sería muy forzado. No me lo diga, pero yo creo que la novela va a derivar ahora hacia un acoso del viejo a la joven. Seguro que va a aparecer un personaje joven y guapo que la librará del viejo verde.

Valeria mira a la anciana escritora esperando una respuesta o una señal, pero sólo encuentra silencio y ausencia. Doña Antonia está mirando a la ventana donde languidece la luz de la tarde, de la misma manera que languidece su entendimiento.

—Dígame, doña Antonia, ¿va a hacer que Luisa llegue a amar a don Julio?

—Sí. Lo amará más que a su propia vida. Lo amará más allá de la muerte.

Luego guardó silencio y ya no volvió a hablar el resto del día.

A Valeria le resultaba especialmente gratificante aquella manera de leer una novela con la posibilidad única de poder comentarla con su autora, así que se resistió una vez más a la tentación de seguir leyendo por su cuenta y dedicó el resto del día a la rutina de cuidados a doña Antonia. Sin embargo no dejaba de pensar en la novela. No era arrebatadoramente interesante, pero le parecía muy humana, muy próxima a la realidad, a pesar de las objeciones

que le había puesto a su autora sobre el argumento. ¿Por qué no la publicaría? Tendría que preguntarle, pero eso sería al día siguiente.

LA FUERZA DEL DESTINO

Los días que vinieron a continuación transcurrieron al gusto del maestro. Por una parte doña Concepción se esforzaba por pasar desapercibida y lo conseguía plenamente, pues desde su última conversación no la había vuelto a ver. En cuanto a ver o no a Luisa era algo que sólo dependía de él y, empleando la estrategia de esperar su paso o adelantándose exageradamente a la hora en que éste ocurría, el atribulado maestro conseguía mantenerse alejado de la causa de su desazón y parecía que, poco a poco, iba erigiendo un muro en su mente tras el cual podía esconder la sonrisa luminosa que no quería ver.

Pero un día, todo lo logrado se vino abajo. El cuatro de noviembre, la directora de su colegio, doña Julia, le recordó que al día siguiente tenían que acudir a una reunión en el ayuntamiento, porque visitaba la ciudad la inspectora provincial de enseñanza primaria, doña Isabel Muñoz y el alcalde, don Bernardo Andrés había convocado a los directores de todos los colegios, pues eran miembros de la junta municipal de enseñanza. El hecho de que Julio fuese invitado por su directora a asistir, era una muestra de deferencia y un deseo de contar en la reunión con un representante procedente de otra región de España que, sin duda, enriquecería el debate.

Lo que Julio nunca habría imaginado era que en aquella reunión iba a encontrarse con Luisa. La madre Consuelo, directora el colegio de la Purísima se había hecho acompañar por la más joven de sus maestras, pues quería demostrar que su pretensión de que se le autorizase la construcción del nuevo colegio era una importante apuesta de futuro para la que contaba con la savia nueva que, sin duda, Luisa, joven y seglar, representaba.

Al verla, Julio volvió a sentir el agradable escalofrío que provocaba su presencia, y ella, al verlo a él, arrastró prácticamente a la madre Consuelo para tomar asiento a su lado. Su proximidad aumentó todavía más la inquietud del maestro que, a partir de ese momento, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para centrarse en lo que allí se iba a tratar.

Doña Isabel Muñoz era una mujer de mediana edad que mostraba una preparación y un interés en sus obligaciones realmente excepcionales, y así tenía que ser forzosamente, dado que en aquella

época no era muy frecuente ver a mujeres en cargos de semejante responsabilidad. Además tenía una visión muy progresista de la enseñanza que dejó maravillada a Luisa.

En los años sesenta, la educación se impartía de forma segregada. Los chicos iban a unas aulas y las chicas a otras, y ni siquiera se juntaban en el patio de recreo. La inspectora provincial era partidaria de la educación mixta porque pensaba que de esa manera se fomentaban ideas de igualdad. Lógicamente no estaba en su mano cambiar aquellas prácticas, pero no descartaba que en un futuro próximo la enseñanza se impartiera como ella deseaba. Sin embargo, nada impedía que determinadas actividades extraescolares se llevasen a cabo de forma conjunta y proponía que en algunas poblaciones de la provincia, como Alzira, de manera experimental, se llevase a cabo alguna tarea en la que pudiesen participar alumnas y alumnos por igual. El problema era que eso lo tenían que decidir los directores de cada colegio y, por lo que se veía, no parecía que los asistentes tuviesen demasiado interés en meterse en complicaciones que nada les iban a aportar.

Después de haber expuesto su proyecto con gran entusiasmo, doña Isabel veía que nada iba a conseguir para disgusto del alcalde, que no deseaba contrariar a las autoridades educativas. Pero de pronto, con un desparpajo que dejó a los asistentes perplejos, Luisa tomó la palabra y se ofreció a aportar a sus alumnas al proyecto. Solo faltaba que los alumnos de otro colegio aceptasen colaborar.

La madre Consuelo, su directora, sintió el impulso de desautorizar a la insolente maestrita que había actuado sin su permiso, pero la inspectora alabó de inmediato la actitud colaboradora de Luisa y resaltó que esa era la imagen que ella esperaba de la educación moderna, y felicitó a la madre Consuelo por tener entre sus maestras a personas tan decididas, lo cual, sin duda señalaba al colegio de la Purísima como un referente de la enseñanza del futuro. La madre Consuelo entendió que aquello beneficiaba su proyecto del nuevo colegio y, en lugar de imponer su criterio, se limitó a asentir en silencio mostrando una sonrisa beatífica.

—Muy bien —intervino la inspectora provincial—. Ya tenemos a las chicas. ¿Qué colegio aportará a los chicos?

Luisa dirigió su mirada a Julio con intensa ilusión y el maestro, incapaz de resistir la dulce tentación de compartir con ella muchas horas, derribó de un solo golpe el muro ficticio con el que había imaginado que podía contener sus emociones y dijo:

—Yo aportaré a mis alumnos, si doña Julia me autoriza.

Tanta fue la alegría que vio en el rostro de Luisa, que por un momento pensó que iba a abalanzarse sobre él y cubrirlo de besos y abrazos. O tal vez fuera sólo el deseo desbocado, que ya casi no podía

mantener oculto, lo que le hizo tener tal impresión. Lo cierto es que se sintió muy feliz cuando su directora de dijo:

—Naturalmente que le autorizo, don Julio, y le deseo el mayor de los éxitos.

—Muy bien, entonces ¿Cuándo empezamos? —dijo el maestro mirando a Luisa que seguía impropiamente exultante de felicidad.

—Mañana mismo.

GUSANOS DE SEDA

Al día siguiente, sobre las seis de la tarde, Julio paseaba por la plaza del Caudillo esperando a Luisa. Tras acabar la reunión con la inspectora provincial, habían acordado reunirse para tratar todo lo relacionado con el trabajo conjunto. Tenían que buscar un tema que pudiera ser interesante para los alumnos y, al mismo tiempo, que tuviese un cierto nivel académico que dignificase la actividad y pudiera presentarse ante instancias superiores como una prueba de las ventajas que podría aportar la educación mixta.

En los momentos en que Julio dejaba de pensar en Luisa y trataba de encontrar un tema apropiado para la tarea que tan ligeramente había asumido, reconocía que la inspectora podía tener razón y admiraba su atrevimiento, al tratar de modernizar los anquilosados principios de la educación imperantes en aquellos tiempos. Si el veterano maestro recurría a su experiencia personal, se daba cuenta de que la educación apenas había cambiado desde que él se dedicaba a la enseñanza, manteniéndose los esquemas de la Ley sobre la Educación Primaria de 1945. Era evidente que los tiempos estaban cambiando para bien, y que la sociedad que surgía como consecuencia de esos cambios demandaba nuevas normas que diesen un espacio en el que desarrollarse. La educación habría de tener un protagonismo fundamental en aquellos cambios.

Pero aquellos pensamientos en la mente de Julio apenas eran pequeños islotes en un enorme lago cuyas aguas se le antojaban, a veces seductoras e irresistibles, y a veces tenebrosas y amenazantes. El lago se llamaba Luisa.

Había momentos en los que el maestro se arrepentía de haber huido de Toledo, con la esperanza de comenzar una vida nueva, lejos de los dolorosos recuerdos que hacían de su existencia una lamentable parodia de lo que había sido. En lugar de encontrar en Alzira paz y cierta dosis de balsámico olvido, se había encontrado con problemas que nunca habría imaginado y que, por supuesto, no había buscado. Por una parte había tenido una aventura de cama con una mujer que no le interesaba en absoluto, y aunque, afortunadamente, parecía haberse resuelto bien, le hacía sentirse culpable al haber inducido a una mujer, víctima de la soledad, a concebir ilusiones que había tenido que arrancar de raíz. Por otra parte, se avergonzaba de estar

tejiendo esperanzas absurdas acerca de una relación imposible con una muchacha cuya única culpa era ser extraordinariamente agradable. En este problema, Julio deseaba con todo su corazón que un momento de debilidad no le hiciese tomar decisiones que lo expusieran a la vergüenza del ridículo. Lo deseaba por su propia dignidad y, sobre todo, por la memoria de Margarita que no merecía que él, que habría dado su vida por ella, se expusiese a la humillación de convertirse en un viejo verde, acosador de una joven que tenía toda la vida por delante y que, obviamente, aspiraría a alguien mucho mejor que un maestro que vivía el otoño de una vida triste.

En estas elucubraciones andaba el pensamiento de Julio, sintiéndose cada vez más culpable, más miserable, cuando la vio. Llegaba con paso alegre. Su sonrisa, como de costumbre, desterraba al anochecer de la plaza y, al verla, el maestro recogió todas sus cautelas y todos sus escrúpulos y se dejó arrastrar por la cálida corriente que se le acercaba, arrolladora, para llevarle a un destino desconocido que, en aquel momento, le tenía completamente sin cuidado, siempre que ella estuviese en él.

—Buenas tardes, don Julio. Lamento haberme retrasado. ¿Hace mucho que espera?

—Bueno, yo…

—Voy a tener que compensarle de alguna manera. ¿Le apetece un café con leche? Le invito. Aquí mismo tenemos un bar. Entremos y le comento lo que he pensado. Creo que es una idea magnifica. Si me he retrasado es precisamente porque he estado buscando las llaves de un lugar que quiero enseñarle. Bueno, seguramente usted tendrá su idea. ¿Ha pensado en algo?

Julio no evitar sonreír ante aquella arrolladora muestra de ímpetu juvenil y ella, mirándolo un poco avergonzada, le dijo:

—Me parece que no le estoy dejando hablar. Discúlpeme. Es que soy así. Cuando se me mete algo en la cabeza no paro hasta conseguirlo, o al menos hago todo lo posible por que sea así. Pero dígame ¿tiene alguna idea para el proyecto?

—La verdad es que todavía no, así que lo más práctico será escuchar la suya. Seguro que es muy interesante.

—Vale. Entremos en este bar. Me han dicho que hacen muy buen café. Lo han abierto hace poco.

Unos minutos después, sentados en una mesa del bar Alzira, junto a una ventana desde la que se veía sólo una pequeña parte de la plaza, los dos maestros, tras sendas tazas de café con leche, desarrollaban procesos mentales muy diferentes. La joven Luisa, desbordada de entusiasmo, hablaba de su proyecto y el hombre maduro bebía en silencio la belleza irresistible que tenía a poco más de un metro. Se fijaba en cada uno de sus rasgos, en sus muecas, en

las graciosas arruguitas que su incesante expresividad formaba alrededor de su boca y de sus ojos. Por alguna razón, en aquel momento la encontraba más atractiva que nunca. Si Julio hubiera sido un hombre más versado en cuestiones mundanas, se habría dado cuenta de que Luisa se había arreglado el rostro con sutiles toques de maquillaje que la hacían todavía más hermosa. Tampoco se daba cuenta de que, para acudir a aquella cita, él también se había acicalado más de lo normal.

—Bueno, pues ahí va mi idea: gusanos de seda.

—¿Cómo?

—Bueno, en realidad eso es una parte del proyecto, la que harían los niños. La parte más seria nos correspondería principalmente a nosotros. A usted y a mí. Tendríamos que hacer un estudio sobre la industria y el comercio de la seda en Valencia.

—¿Aquí también hubo sericultura?

—¿Cómo que también? Valencia fue el foco principal de la seda a lo largo de varios siglos. Hasta el siglo XIX. Luego decayó y fue sustituido por el cultivo de cítricos, pero hasta entonces, muchos de los campos que circundan esta ciudad eran plantaciones de moreras.

—No lo sabía. Yo era consciente de que en mi ciudad, Toledo, se había desarrollado una industria muy importante de ese tejido. De hecho los antepasados de mi esposa se dedicaron a ello, según me contaba.

—Efectivamente, en una cierta época, Toledo ganó mucha importancia. De hecho, gran parte de la fibra de seda que se producía en Valencia se enviaba allí, pero a partir del siglo XVIII, Valencia vivió su máximo esplendor en esta actividad, convirtiéndose la seda en la principal base de su economía. Alzira, lógicamente, no fue una excepción.

—La veo muy impuesta en la materia.

—Siempre he sentido interés porque mis antepasados, como los de su esposa en Toledo, también se dedicaron a la sericultura. De hecho, mis padres todavía tienen una casa en la calle José Antonio en la que se puede ver perfectamente cómo se hacía la cría de gusanos de seda. Me he retrasado porque he estado buscando las llaves para enseñársela. Está cerca de aquí. ¿Vamos a verla?

Sinceramente interesado, Julio accedió a los deseos de la joven y la acompañó, después de atravesar la plaza del Caudillo, entraron en la estrecha calle de José Antonio. Casi al final, a mano izquierda, había una casa compuesta de planta baja y dos alturas, semejante a las que la acompañaban en aquella fachada.

—Aquí es —anunció Luisa mientras hurgaba en su bolso buscando las llaves. Al igual que en la casa en la que vivía alquilado el maestro toledano, la planta baja constituía una vivienda

independiente, ya que una puerta estrecha, junto a la principal permitía el acceso a los dos pisos superiores.

Una bombilla de escasa luz mostró una escalera empinada y por ella emprendieron el ascenso a la segunda planta. Luisa encontró cierta dificultad en abrir una puerta que llevaba años cerrada. En su afán por ayudarla, Julio notó un ligero roce con unas manos que se le antojaron hechas para acariciar y no pudo evitar imaginar, por un momento inmóvil, qué sensación le producirían deslizándose sobre su cuerpo.

—¿En qué piensa, don Julio? —le dijo ella sacándolo de su agradable ensoñación.

—No, en nada —repuso él un tanto avergonzado—. Es que me he acordado de algo que tengo que hacer hoy —mintió.

Bueno pase por aquí. Tenga cuidado, no tropiece. Como ve no hay mucha luz —dijo señalando a un par de bombillas desnudas que apenas permitían distinguir el entorno.

—Cuando esto funcionaba, los operarios venían de día y abrían las ventanas. La luz eléctrica en aquella época era un servicio de lujo que se pagaba a precio de oro y que los habitantes de la ciudad usaban con bastante tacañería. Pero no se preocupe, he venido provista de una buena linterna. Mire.

Y el rayo de luz, surgiendo mágicamente de la mano de Luisa se adentró en la oscuridad mostrando unas estructuras de madera, parecidas a un andamio, que sostenían plataformas horizontales hechas con cañas. Aquello parecía como una gran librería cuyas baldas solo contenían ya polvo y telarañas.

—En esas plataformas se depositaban las hojas de morera y, sobre ellas y con ellas, los gusanos de seda se alimentaban hasta alcanzar la madurez que les convertía en diminutas fábricas de hilo de seda. Con él formaban el capullo que les cobijaría para que pudiesen llevar a cabo la metamorfosis para transformarse en mariposas. Éstas morirían después de haberse apareado y puesto centenares de huevos, que darían comienzo a un nuevo ciclo de vida. Como usted sabe, los capullos se escaldaban para matar a las crisálidas antes de que pudieran perforar el capullo y con ello cortar el hilo que puede llegar a tener mil quinientos metros de longitud.

—No tenía ni idea. Es muy interesante. ¿Y en qué consistiría el trabajo que usted propone?

—Verá, los alumnos y alumnas seguirán todo el ciclo vital de los gusanos de seda. Haremos que cada uno de ellos crie sus gusanos en cajas de zapatos y les encargaremos que lleven una especie de diario, en el que documenten cada fase de la evolución. El crecimiento, las mudas de piel, la formación de los capullos… Podríamos, además, ilustrarlo con dibujos o incluso con fotografías.

Luego dirigiríamos una puesta en común y haríamos una especie de crónica vivida por los alumnos en primera persona. Ello les serviría como ilustración sobre la metamorfosis y sería un aprendizaje imborrable. Por otra parte, los alumnos podrían investigar en casas de familiares y vecinos, y tratar de hacer una especie de inventario de criaderos de gusanos de seda como éste. Me consta que en Alzira todavía quedan algunos de la época en la que se criaban en casa.

—¿Y nosotros?

—Nosotros deberíamos hacer un trabajo de investigación sobre la historia de la seda en Valencia. Le aseguro que puede ser muy interesante y creo que, combinado con el trabajo de los chicos y chicas, daría un resultado muy digno que colmaría las intenciones de la inspectora provincial. ¿Qué le parece?

—Pues me parece una idea muy buena. Y como la idea es suya, la voy a nombrar en este momento directora del proyecto.

—No se burle, don Julio. Seguro que usted, con toda su experiencia, sabrá llevar esto adelante mejor que yo. Yo sólo pretendía exponerle una idea.

—Le hablo muy en serio. Estoy impresionado por lo elaborado que tiene usted el proyecto, y me avergüenza reconocer que a mí todavía no se me había ocurrido nada. Así que estoy a sus órdenes.

De no haber estado en semioscuridad, Julio se habría dado cuenta de que la joven maestra se había ruborizado intensamente, pero, afortunadamente, para no perturbar todavía más su ánimo confundido, no vio nada.

Poco después, tras recorrer y estudiar con la limitación de la falta de una luz adecuada las instalaciones del criadero, la pareja de docentes volvió a la calle. Una ráfaga de viento frio les recordó que se acercaba el invierno y los dos se estremecieron al mismo tiempo. Por un momento, Julio sintió un deseo irrefrenable de tomarla por los hombros y estrecharla junto a él para sentir su calor y para darle el suyo. Incluso creyó ver en la mirada de Luisa una súplica para que lo hiciera. Sólo el pavor que sentía ante la posibilidad de ponerse en ridícula evidencia se lo impidió, así que tras unos segundos de incertidumbre en los que se miraron a los ojos, los dos maestros emprendieron en silencio el camino a casa.

Al llegar a la plaza, Julio se dio cuenta de que no habían intercambiado ninguna palabra desde que habían salido del criadero de gusanos, así que, para liberarse de la incomodidad que sentía, le preguntó:

—¿Dónde vive usted, Luisa? Sé que pasa por mi calle para ir y volver del colegio, pero no sé más. Lo digo por si algún día tengo que ir a buscarla. Ya sabe, por el trabajo…

—Vivo en la plaza de Dolz, en el número 17. Está al final de su

calle.

Roto el hielo del injustificado silencio, Julio continuó:

—Tendremos que planificar las actividades. Dijo la inspectora que lo primero que teníamos que presentar era un programa detallando fechas y objetivos…

—Así es. Conviene tenerlo terminado cuanto antes, porque aunque los gusanos nacen en primavera, hay que tenerlo todo previsto con tiempo suficiente, y no debemos descuidar nuestras clases cotidianas.

—Pues nada, cuando mi directora lo ordene, nos ponemos a trabajar.

—¿Tiene algo que hacer el sábado?

—Había pensado en ir a comprarme algo de ropa. Me vine de Toledo con lo justo y, francamente, no me apetece volver, de momento. Pero si lo dice por reunirnos, no hay problema. Lo puedo dejar para otro día.

Muy bien. Pues el próximo sábado, a las nueve de la mañana, lo espero en mi casa. Así conocerá dónde vivo y le presentaré a mis padres. Yo iré buscando bibliografía para nuestro trabajo.

—Muy bien, acudiré encantado.

En estas conversaciones la pareja llegó a casa de Julio. Se despidieron con un apretón de manos que, sin que ninguno de los dos se diera cuenta, se prolongó bastante más de lo normal.

Más tarde, mientras Julio se preparaba la cena que iba a comer, como todas las noches, en soledad, sonaron unos golpes en la puerta de su vivienda.

Sabiendo que sólo su casera podía tener acceso directo a aquel lugar, se dispuso a abrirla con cierta prevención, para inmediatamente confirmar sus temores: Doña Concepción, con un aspecto meticulosamente preparado para resultar espectacular, ocupaba el umbral sosteniendo una especie de sopera en las manos.

—Buenas noches, don Julio —saludó con timidez—, le traigo un poco de sopa que me ha sobrado de la comida. He pensado que le gustaría para cenar.

Julio no respondió. Se limitó a mirarla en silencio. Desde la triste conversación mantenida al día siguiente de su noche de sexo no la había vuelto a ver, y ahora no sabía cómo interpretar exactamente aquel ofrecimiento. Lo que deseaba era pensar que doña Concepción había digerido ya el desengaño, y que quería dejarle claro que no tenían por qué mantener una relación de vecindad incómoda, pero había algo en el elaborado aderezo de su ropa y de su rostro y en el brillo de su mirada que no se ajustaban a su deseo. Se lo confirmó doña Concepción cuando le dijo:

—¿Puedo pasar?

Julio aceptó a regañadientes. Pudo más su buena educación que el temor a vivir una escena embarazosa. La mujer se dirigió a la cocina y dejó la sopera sobre el banco.

—¿Quiere que le caliente la sopa?

—No se moleste doña Concepción. Se lo agradezco de veras, pero ahora mismo estoy ocupado y pensaba cenar más tarde.

—Como quiera, pero yo quería aprovechar la ocasión para disculparme con usted por lo del otro día. Ya sabe, el malentendido.

—No es necesario. De verdad…

—Para mí sí que lo es. Confundí las cosas y le puse en una situación violenta. Usted es un caballero, ya se lo he dicho muchas veces, y trató el tema con una delicadeza exquisita, lo cual me ha ayudado mucho a superar la vergüenza que he estado pasando estos días. Quiero que sepa que le estoy muy agradecida por ello. Por eso he venido a traerle esta pequeña ofrenda de paz. Quiero que se sienta usted cómodo y que vea en mí a una vecina dispuesta a ayudarle en lo que necesite. Nada más. Usted es un hombre viudo y seguramente tendrá necesidades que no podrá resolver solo, así que ya sabe, me tiene usted a su disposición. Para lo que sea…

Y al decir las últimas palabras, doña Concepción le dirigió una mirada llena de deseo y una sonrisa que era toda una declaración de intenciones. Julio se limitó a asentir en silencio y a acompañarla a la puerta de salida. Tras cerrarla, vinieron de golpe a su mente todas las sensaciones que había vivido encima y debajo del cuerpo ardiente de aquella mujer y por un momento sintió la irresistible tentación de llamarla y pedirle que pasase la noche con él. Pero algo más fuerte que la erección que empujaba su ropa interior se lo impidió: la sonrisa alegre de una muchacha a la que sólo podría poseer en sus sueños más íntimos.

UN PERRO VIEJO

Al día siguiente, Julio estuvo esperando, tras los visillos de la ventana de su comedor, el paso de Luisa. Al ver que se acercaba la hora de salir para no llegar tarde al colegio, emprendió la marcha buscándola con la mirada por los lugares por los que iba pasando y volviendo atrás la vista con frecuencia. No la encontró. A mediodía, cuando se disponía a volver a casa a comer, hizo lo mismo y obtuvo el mismo resultado: Luisa no aparecía por ningún lado.

Al no verla tampoco al día siguiente, decidió interesarse por ella en su lugar de trabajo, así que cuando terminó las clases de la mañana, acudió al colegio de la Purísima que estaba cerca, y preguntó a una monja anciana que, desde la puerta, increpaba a las niñas que salían en tropel del edificio.

—¿La señorita Luisa? Está enferma. Ayer ya no vino a clase —dijo la monja entre gritos y amenazas a las niñas que parecían no hacerle ningún caso.

Julio se retiró contrariado. Deseaba verla con todas sus fuerzas y se daba cuenta de que aquel anhelo superaba con creces lo que cabía esperar en un hombre de su edad y situación. Lo ridículo de su ilusión empezó a esconderse tras la necesidad de volver a sentirse el objeto de su mirada, el origen de su sonrisa y, tal vez, el beneficiario de su deseo.

Lo lógico habría sido esperar a que se restableciese y retomar la silenciosa admiración que ya no se sentía capaz de contener, pero aquél mismo día, apenas terminaron las clases, Julio se encaminó a casa de Luisa. A fin de cuentas, tenía una coartada perfecta para poder interesarse por ella, y nadie debería extrañarse de que lo hiciera.

El número 17 de la plaza de Dolz era una casa que indicaba que sus moradores tenían un holgado nivel económico. Pintada de blanco, la fachada estaba presidida por una hermosa puerta de entrada con dintel de esquinas curvadas. Aquella no era una puerta por la que entrasen carros de labrador, tal como había visto en muchas casas de la ciudad. A ambos lados de la fachada, dos ventanales simétricos se protegían con artísticas rejas. En la primera planta, un balcón corrido daba servicio a tres ventanales que debían corresponder a habitaciones principales. En la segunda planta, cada ventana tenía su balcón individual con barandillas de forja con motivos vegetales. La

vivienda tenía una clara inspiración modernista, ya que los adornos de su fachada eran una muestra magistral de equilibrio entre las formas curvas de la naturaleza y una exquisita elegancia.

Respirando varias veces para darse ánimo, como si se tratase de un adolescente que se presenta a una primera cita, Julio llamó a la puerta utilizando una bonita aldaba, sin reparar que, a mano derecha había un timbre eléctrico.

Le abrió la madre de Luisa. Supo que era ella nada más verla. Era como una versión madura de la joven maestra. Algunas arrugas y canas en su lustrosa cabellera la diferenciaban de su hija, pero su sonrisa era idéntica, y Julio pudo darse cuenta de que aquella mujer y su hija compartían una manera de sonreír que era resaltada por su mirada franca y alegre, que no sólo sonreían con los labios, sino también con los ojos.

—¿Qué desea? —preguntó con amabilidad al recién llegado que todavía estaba digiriendo su asombro.

—¿Vive aquí la señorita Luisa Prats? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Sí señor. ¿Quién es usted? —preguntó la madre sin dejar su tono amable.

—Me llamo Julio Méndez. Soy maestro nacional en el colegio Julio Tena. La señorita Prats y yo estamos preparando un proyecto educativo para nuestros colegios y he sabido que está enferma. Me preguntaba si podría visitarla.

—¿Usted es don Julio? —preguntó la mujer con extrañeza.

Una voz llegó desde el interior de la casa.

—¿Quién es mamá?

Julio sintió un inesperado escalofrío de placer al oír la voz armoniosa de Luisa.

—Es don Julio —respondió la madre—. Ha venido a verte. Pase, por favor.

El maestro entró en la casa y fue conducido a una habitación lateral, y allí estaba ella. Sentada frente a una mesa camilla, arrebujada con una capita de lana que cubría sus hombros sobre un batín de terciopelo negro, y con un gato negro y blanco en el regazo. Lo recibió con una mueca que Julio quiso creer que era una mezcla de alegría y de sorpresa.

—Es muy amable de su parte, venir a verme, don Julio. Pase, por favor, siéntese aquí conmigo. Mamá, ¿podrías prepararnos unas infusiones?

—Claro hija. Ahora mismo —la mujer salió a cumplir con el encargo en la cocina. Si Julio no hubiera estado embobado mirando a Luisa, se habría dado cuenta de que la madre ya no sonreía. Mientras tanto el gatito que estaba en el regazo de Luisa había bajado de un

salto y se restregaba con fruición contra las perneras de Julio.

—Vaya. Le ha caído usted muy bien a Belinda. Es la primera vez que la veo acercarse a un extraño.

Mientras acariciaba la cabeza de la gatita, Julio se pudo dar cuenta de que la enfermedad que le había impedido ver a Luisa no había restado un ápice de su hermosura. Al contrario, parecía que la palidez que ahora dominaba su rostro hacía que sus facciones pareciesen esculpidas en alabastro por un artista sublime. Su pelo, suelto sobre sus hombros, negro y lustroso, enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro y, dominándolo todo, la sonrisa sin la que Julio pensaba que ya no podría vivir. Sólo el brillo apagado de sus ojos indicaba que Luisa estaba enferma.

—¿Cómo se ha enterado de que estaba enferma?

—He ido a buscarla a su colegio y allí me lo han dicho.

—¿Quería algo de mí?

—Pues… ver si quiere que haga algo en relación al proyecto que tenemos…

—Si no recuerdo mal habíamos quedado para buscar bibliografía el próximo sábado, a las nueve. ¿No recuerda? —dijo Luisa con un tono que se le antojó a Julio de picardía y que quedó interrumpido por una tos cavernosa y Julio sintió un impulso irresistible de abrazarla, de acariciarla, de besarla…

Luego se daría cuenta de que sólo la aparición de la madre de Luisa con una bandeja en la que humeaban tres tazas alrededor de una azucarera pudo impedirlo.

—Aquí están las infusiones —anunció sin entusiasmo.

—Voy a presentarles —dijo Luisa—. Mamá él es don Julio, el maestro con el que voy a llevar el proyecto sobre la seda del que te hablé. Don Julio, mi madre, Encarnación Bru.

—Es un placer, señora —dijo Julio poniéndose de pie y ofreciéndole la mano.

—Lo mismo digo —respondió doña Encarnación con extraña frialdad.

—Y dígame, don Julio. ¿Ha pensado en algo más sobre nuestro proyecto?

—No, pero créame que me apetece mucho empezar a trabajar en él. La visita al criadero que hicimos anteayer me dejó impresionado.

—Yo creo que me enfrié al salir. ¿Recuerda qué ventolera más fría?

—¿Habéis estado en la casa de la calle de José Antonio? —preguntó doña Encarnación.

—Sí, mamá. Quería que don Julio viese el criadero abandonado.

—¿Fuisteis solos?

—Sí, mamá. ¿Por qué lo dices?

—Francamente, no me parece bien. Será mejor que no le digas nada a tu padre.

—Señora, le aseguro que…

—Usted, como hombre de experiencia, tenía que haber evitado esa situación. Alzira, al fin y al cabo, es un pueblo y las murmuraciones pueden hacer mucho daño a la reputación de una joven.

—Mamá, no puedo creer lo que estoy oyendo. Estamos en 1.962. ¿No te habías enterado todavía?

Presintiendo una bronca familiar que no estaba dispuesto a presenciar, Julio se levantó y tras despedirse cortésmente se dirigió a la salida. Doña Encarnación, que le había acompañado hasta la puerta, masculló en voz baja a su oído.

—Deje a mi hija en paz.

Julio no se sintió capaz de dar una respuesta adecuada y, abatido y confuso, emprendió el camino hacia su casa.

Mientras, en la casa de la plaza de Dolz, madre e hija mantenían una acalorada discusión.

—Tú estás loca y me vas a matar de un disgusto.

—Pero mamá…

—Mira que ir a interesarte en un hombre que podría ser tu padre…

—¿Quién te ha dicho que estoy interesada por don Julio? ¿Cómo se te ocurre una cosa así? Él es un hombre muy correcto con el que voy a compartir un trabajo académico, pero nada más… Además, es un hombre que ha enviudado recientemente y no creo que ande interesándose en romances. De hecho, me confesó que había venido a Alzira huyendo de su ciudad porque no soportaba su ausencia. A él no le intereso en absoluto. Jamás se me ha insinuado, ni siquiera con la mirada.

—No sabes mentir. Nunca has sabido y ahora me estás mintiendo, Luisa. Sé que ese hombre te interesa. Cuando has hablado de él, que ha sido todos los días, se te ha iluminado la cara. Y ahora cuando lo has visto, sólo había que mirar tus ojos para leer tus sentimientos. Si ese hombre no es tonto, y no me lo parece, se habrá dado cuenta también de que estás chocha por él.

—¡Qué tonterías dices, mamá!

—Yo ya imaginaba que sería un hombre mayor que tú, de treinta y cinco años o así, pero este hombre debe tener la edad de tu padre. Aunque reconozco que es apuesto y no está mal para su edad, pero hija, ¿qué familia ibas a formar con él? ¿Te has parado a pensar que dentro de diez años estará a punto de jubilarse? ¿Y dentro de

veinte, cuando tú tengas cuarenta y estés en plena madurez sexual, él tendrá más de setenta? ¿Qué haréis en la cama por la noche? ¿Rezar el rosario?

—¡Mamá, me estás avergonzando!

—Eres una de las chicas más bonitas de la ciudad, eres lista y buena, y no eres precisamente una muerta de hambre. Te mereces un buen partido, como Fernando Gregori, que siempre ha estado loco por ti y al que nunca le has hecho ningún caso.

—Fernando es un buen chico, pero nunca podría interesarme. Es bastante corto, no tiene conversación.

—Vaya, no sabía yo que los maridos servían para hacer debates intelectuales. ¿Y qué más te da que sea corto? Mejor para ti, tonta, Así podrás manejarlo a tu antojo.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, mamá. Yo sólo me casaré con alguien de quien esté enamorada ¿Acaso no estabas tú enamorada de papá cuando os casasteis?

—Eso del enamoramiento es cosa de novelas, hija. Yo quiero a tu padre, naturalmente, pero el amor y el cariño auténtico es el que surge de la convivencia cotidiana, de compartir penas y alegrías, de vivir ilusiones, y eso sólo se consigue con el tiempo, nunca viene de un flechazo o de un capricho pasajero, y para que eso funcione hay que partir de una base sólida sustentada en cualidades que no siempre son románticas, como la seriedad, la honradez, el respeto y una cierta estabilidad económica.

—Me parece muy razonable lo que dices, mamá, pero yo para entrar a valorar esas cualidades en un hombre tengo que estar enamorada de él.

—Como lo estas con don Julio…

—No insistas, mamá. Ya te he dicho que ese hombre sólo me inspira simpatía, admiración. Nada más.

—Está bien. No quiero seguir discutiendo. De todo esto ni una palabra a tu padre. No quiero ni pensar qué sucederá si se entera.

—¿Pero de qué se tiene que enterar?

—De que su hija se ha enamorado de un perro viejo.

Aquella noche Julio se revolvió inquieto entre las sábanas pensando que tal vez había cometido algún tipo de indiscreción, no en sus palabras, de eso estaba completamente seguro, sino en su lenguaje corporal o en las expresiones de su rostro que pudieran haber dado a entender que sentía un profundo interés por Luisa. Él pensaba que su mente era el reducto más sagrado de su intimidad, donde sus pensamientos y deseos podían volar libremente. Había olvidado que su esposa era capaz de leer en sus ojos hasta sus más ocultos pensamientos. Siempre creyó que ello se debía a su amor profundo y sincero, pero ahora, recordando la desagradable admonición de la madre de Luisa, se sentía totalmente expuesto y llegaba a la conclusión de que era incapaz de ocultar nada, al menos en lo referente a sus sentimientos. Ello le hacía concebir el temor que no se sentía capaz de superar: el miedo a caer en el ridículo.

—Deje a mi hija en paz —le había dicho doña Encarnación. ¿Acaso significaba eso que la estaba perturbando de alguna manera? Por supuesto no era esa su intención, ni tampoco había notado que Luisa mostrase ningún signo de desagrado en su cordial relación. ¿O tal vez ella estuviese sintiendo algo parecido a lo que él sentía y su madre quisiese impedir una relación inconcebible? Pero no podía ser, aquello sólo era el producto del dolor que le había hecho huir de Toledo, y resultaba evidente que su corazón desgarrado trataba de curar sus heridas, cubriéndolas con la ilusión de un amor nuevo que nunca podría ser.

Cuando pudo más el cansancio que la inquietud, Julio cayó dormido y su mente, libre de prejuicios, le hizo vivir el gozo de compartir su vida con Luisa, y se vio con ella paseando por la ciudad, agarrados del brazo como una pareja feliz, y sintió que volaba a lomos de su risa y habitó en la inmensa belleza de su mirada. Experimentó el indescriptible placer de fundirse en sus entrañas y en formar con ella un solo ser hecho de carne y deseo.

Cuando el viejo despertador le llamó para que regresase a su cruda realidad, Julio sintió ganas de llorar. Se vistió sin ganas y, abatido por el retorno a la triste vida de viudo solitario, se dispuso a acudir al colegio sin ninguna ilusión. Hasta que salió a la calle. Enfundada en un abrigo y con el rostro embozado con una aparatosa bufanda, con su andar decidido se dirigía hacia él el motivo de su desvelo. Gracias a sus ojos pudo adivinar su sonrisa antes de que lo alcanzase y su voz dulce y alegre, al mismo tiempo, hizo que el

maestro sintiese de nuevo ganas de llorar, pero en esta ocasión de pura alegría.

—Luisa, me alegra mucho ver que ya está bien —dijo con bastante simpleza.

—No estoy completamente recuperada, pero es que ya no aguantaba más en casa. Echaba de menos a mis alumnas. ¿Qué le parece?

—Qué me va a parecer. Que es usted una buena maestra.

Y la pareja más alegre de toda la ciudad, emprendió el camino hacia su trabajo. Parecía que ninguno de los dos tuviera prisa por llegar. Paraban ante cualquier escaparate y Luisa le hacía divertidos comentarios sobre todo lo que veía. Era obvio que no se sentía incómoda con él. Los temores de la noche anterior habían sido infundados. Aquello hizo que por primera vez, Julio empezase a plantearse si debería intentar que sus sueños se convirtiesen en realidad.

UNA MADRE ANGUSTIADA

Doña Encarnación estaba sinceramente preocupada por el comportamiento de su hija. Ella la conocía muy bien y sabía que, a diferencia de sus dos hermanos mayores, Luisa no era una muchacha caprichosa y voluble, sino todo lo contrario. Ella siempre había sabido muy bien lo que quería y no paraba hasta conseguirlo. Si no hubiera sido así, no estaría tan angustiada como estaba ante la idea de ver a su queridísima hija junto a un hombre que le duplicaba con creces la edad.

Aunque lo negaba tozudamente, su alma noble era para ella como un libro abierto en el que siempre había podido leer, y la historia que ahora adivinaba entre sus páginas era la de un romance asimétrico que podía condicionar el resto de su vida. Por esa razón, venciendo sus propios reparos, había decidido contar sus inquietudes a su marido, Esteban.

—No seas ridícula, mujer —se había burlado aquel—. ¿Cómo va nuestra hija a estar enamorada de un hombre tan mayor? Luisa es una muchacha muy sensata e inteligente. Nunca cometería un error semejante.

—Tú tenías que haberla oído hablando de él. Que si don Julio esto, que si don Julio lo otro… Y ayer, cuando vino a visitarla, lo miraba arrobada. Créeme, Esteban, nuestra hija se ha enamorado de ese hombre y, a pesar de toda su inteligencia, me temo que va a cometer un gran error. Ella es apasionada y se entrega a sus ilusiones en cuerpo y alma. Ese hombre debe haber vivido mucho y ella, en sus manos, puede ser un juguete que, más pronto que tarde, tirará en algún rincón, una vez se haya cansado de usarla.

—Nuestra hija no es ninguna cualquiera que vaya a entregarse así como así al primero que se le acerque. No lo ha hecho hasta ahora y estoy seguro de que no lo hará.

—Ella nunca se había enamorado antes. Estoy segura de que ahora lo está y si ese hombre no está ciego, ya debe haberse dado cuenta. Por muy serio y honrado que sea, es un hombre, al fin y al cabo, y no conozco a ninguno que deje pasar la oportunidad de aprovecharse de una muchacha bonita e inocente como es Luisa.

—Tú das por sentado que está enamorada.

—Hoy ya ha acudido a trabajar, a pesar de que no está

completamente restablecida. He tratado de impedírselo, pero ha sido inútil. Estoy segura de que lo ha hecho por volverlo a ver.

—Encarnación, creo que te has montado un dramón romántico que sólo existe en tu cabeza.

—Muy bien. Entonces te sugiero que lo veas con tus propios ojos. El sábado va a venir a casa a preparar el dichoso trabajo con ella. Escápate del banco y acércate a casa con cualquier pretexto.

—Hagamos otra cosa. Invítale a comer y así tendremos una oportunidad de salir de dudas. Especialmente tú.

—No es mala idea. Lo voy a hacer y voy a ponerle un cirio a la Virgen para que tengas razón.

Aquel sábado, Julio se presentó en casa de Luisa con una bandeja de dulces y una botella de vino. El día anterior, ella le había transmitido la invitación de sus padres y el maestro toledano había aceptado con alegría, porque eso significaba que podía pasar más rato con ella y que la animadversión que había percibido en doña Encarnación había desaparecido. El entusiasmo casi infantil con el que Luisa le había hablado de la invitación había enardecido sus disparatadas ilusiones, y Julio ya no hacía más que pensar en ella a todas horas. Incluso cuando los sentimientos de felicidad que le abrumaban le hacían recordar otros tiempos felices y pensaba en Margarita, su esposa difunta, le parecía que ella asentía complacida a la posibilidad de que él pudiera vivir feliz el resto de su vida.

Sin embargo, el hombre prudente que todavía dominaba las decisiones del maestro enamorado, imponía cautelas y erigía barreras, para impedir que su corazón desbocado corriese a exponerse ante los ojos de Luisa y del mundo entero. Así pues, Julio estaba decidido a permanecer cautelosamente atento a las señales que anhelaba recibir y que le indicasen, inequívocamente, que sus sueños podían convertirse en realidad.

Le abrió la puerta la propia Luisa que estaba más guapa que nunca y que le señaló el camino ya conocido hacia la salita en la que la había visitado días antes. Junto a la mesa camilla había una silla en la que se apilaban varios libros, y junto a ella una máquina de escribir Hispano Olivetti sobre un carro. Al fondo de la salita, junto a la ventana, doña Encarnación, sentada en una mecedora acababa de empezar una pieza de ganchillo.

—Buenos días don Julio —saludó con fría cortesía—. Espero que no le incomode mi presencia. Le prometo que no les voy a molestar. Es que esta salita es la más cómoda de la casa y la que mejor luz tiene… Pero usted no repare en mi presencia, yo aquí voy a estar enfrascada en la tarea. Se me ha ocurrido que ya va siendo hora de empezar a tejer algo para la dote de Luisa. Ya va llegando el momento de pensar en estas cosas, y estoy segura de que muy pronto la rondará algún muchacho de su edad ¿No cree?

Luisa dirigió a su madre una furibunda mirada mientras se sonrojaba ligeramente. Julio pudo comprobar que incluso cuando se enfadaba era hermosa y con un sorprendente aplomo respondió:

—Estoy seguro de que no le faltarán pretendientes. Dudo que haya en la ciudad otra muchacha con sus cualidades.

A continuación, ignorando a su madre, Luisa propuso:

—Vamos a hacer una memoria del trabajo y lo acompañaremos con un guion de las actividades y de los plazos. Cuando esté terminado lo pasaremos a máquina.

—Muy bien, empecemos pues.

Mientras Luisa iba desgranando su proyecto, Julio tomaba notas en una libreta sin perder detalle de cada uno de los graciosos gestos con los que ella adornaba sus afirmaciones. Pronto olvidó la presencia de doña Encarnación y se dedicó a gozar de la placida sensación que aquella joven le provocaba, y a vivir en su mente los sueños que cada vez deseaba cumplir con más ahínco.

A media mañana Luisa propuso hacer un descanso.

—Os prepararé un aperitivo —se ofreció doña Encarnación.

—No te molestes mamá. Saldremos a dar un paseo. Necesito que me dé el aire. ¿Qué me dice, don Julio?

—Pues que tiene usted razón, Luisa. Un paseo por la plaza nos servirá para despejarnos y estirar las piernas.

A continuación salieron a la calle e iniciaron un paseo relajado. Poco después pasaban por delante de la casa donde Julio vivía y se encontraron con doña Concepción, la casera. El maestro no tenía ninguna intención de desperdiciar el precioso tiempo que disponía para estar con Luisa, y mucho menos intercambiando tópicos sobre el tiempo y cosas así. Sin embargo no pudo evitar que la mujer se acercase y les saludase.

—Dales recuerdos a tus padres, Luisa. Hace tiempo que no los veo. ¿Están bien?

—Sí, doña Concepción. Gracias.

Julio se sintió extraordinariamente incómodo ante aquella inesperada reunión. De pronto estaba entre dos mujeres que le provocaban sentimientos contrapuestos. Luisa le inspiraba una ilusión limpia y doña Concepción le traía recuerdos de obscenos jadeos de lujuria, que el maestro consideraba que ya no tenían cabida en su corazón. Así pues, trató de abreviar la conversación intrascendente y la pareja de maestros retomó el camino hacia la plaza.

—¿Trata usted mucho con doña Concepción?

—Lo normal. No sé. La veo con cierta frecuencia. Algunas veces me ha echado una mano con asuntos domésticos. Lavar y planchar la ropa, alguna comida que me ha preparado… cosas así.

—Pobre mujer. Lo ha pasado muy mal. ¿No conoce usted su historia?

—Pues, francamente, no.

—Enviudó hace algunos años. Su marido contrajo una extraña enfermedad y se fue apagando poco a poco. Las malas lenguas dicen que lo envenenó ella y los familiares del difunto la acusaron

públicamente, pero no se pudo probar nada y la dejaron en paz. A mí me da mucha pena. Imagínese, quedarse sola y encima tener que defenderse de acusaciones infundadas…

—Sí que es una desgracia.

—Yo creo que la acusaron por envidias y resentimiento. Ella era, y todavía es, una mujer atractiva y se dice que tuvo algunos pretendientes que rechazó en su momento. Seguramente alguno de ellos la acusaría por despecho. Yo creo que ella, después de haber asistido a la agonía de su marido, lo último que querría es volver a rehacer su vida con otro hombre. Imagino que a usted le pasará algo parecido…

Julio sintió que un mazo invisible había golpeado con fuerza su cabeza y permaneció en silencio durante un rato. Luisa, pensando que se había adentrado imprudentemente en la intimidad de su compañero, se apresuró a disculparse.

—Lo siento, don Julio. A veces hablo demasiado y me meto en asuntos que no son de mi incumbencia.

—No se preocupe, Luisa. Es cierto que este tema me ha recordado la triste realidad que a veces consigo ignorar, pero yo tengo que seguir adelante, aunque sólo sea para honrar la memoria de Margarita. También es cierto que cuando pierdes a la persona a la que tanto has amado, lo último que te planteas es iniciar una nueva relación, pero precisamente porque lo he conocido y disfrutado, creo muy firmemente en el amor y estoy seguro de que, si se da el caso, doña Concepción volverá a querer compartir su vida con alguien.

—¿Y usted? —preguntó Luisa que parecía contener el aliento a la espera de la respuesta.

—Yo también. Naturalmente.

De regreso a casa de Luisa, la pareja de maestros continuó con su tarea de preparación de la memoria y programación que iban a presentar a la inspectora provincial. La permanente compañía de la madre de Luisa no les incomodó en lo más mínimo. Se podría decir que ignoraron completamente su presencia, por más que ella tratara de hacerla patente con sonoros carraspeos cuando la risa graciosa de Luisa, ante cualquier comentario de Julio, llenaba la salita.

A las dos y cuarto apareció el padre de Luisa en casa para la comida.

—Don Julio, le presento a mi padre, Esteban Prats. Papá, él es don Julio, el compañero del que te hablé, con el que voy a trabajar en el proyecto de la seda.

—Encantado —dijeron los dos hombres casi al unísono mientras se daban la mano—. Dice mi hija que es usted toledano —añadió don Esteban.

—Así es. Allí nací y allí he pasado casi toda mi vida.

—Toledo es una ciudad muy hermosa. Tuve ocasión de visitarla hace muchos años. Me encantaría volver antes de que seamos demasiado viejos para viajar —dijo mirando a su esposa.

—A mí también me encantaría conocerla —intervino Luisa—. Nunca he estado allí.

—Es una ciudad muy especial que se ha mantenido prácticamente intacta a lo largo de los años. Hablo, naturalmente, del centro histórico. En los alrededores, lógicamente, se han construido nuevas barriadas. Usted, don Esteban encontrará lo que conoce de la ciudad exactamente igual y usted, Luisa, se quedará prendada de toda la historia que se respira en sus calles y en sus monumentos.

—La comida está casi lista —anunció doña Encarnación—. Si me ayudas, Luisa, pondremos la mesa en un momento.

—Muy bien, mamá.

—Los dos hombres quedaron solos en la salita observándose mutuamente. Don Esteban debía tener una edad muy parecida a la de Julio, pero su aspecto físico lo hacía parecer bastante mayor. Una barriga prominente denunciaba que su poseedor era más dado a la buena mesa que al ejercicio físico, y su pelo, prácticamente dominado por las canas, había sufrido una merma considerable que dejaba desnuda a una buena parte del cráneo. Pero no le causó mala impresión al maestro. Su mirada era franca y su sonrisa parecía sincera. El apretón de manos que había intercambiado con él había

tenido el tono de firmeza necesario para hablar de su carácter. Una de las cosas que más desagrado le causaba a Julio eran los fláccidos apretones de manos que algunos hombres daban, provocándole la sensación de que en lugar de una mano firme, asía algo parecido a un pez sin vida.

—Tomemos asiento —sugirió el anfitrión—. Los "momentos" de mi esposa duran a veces media hora. Y dígame, don Julio ¿Qué le parece nuestra ciudad? Evidentemente no se puede comparar con la suya, pero le aseguro que aquí también tenemos nuestra historia.

—No lo dudo. He leído algo en alguna publicación sobre San Bernardo y sobre el monasterio de la Murta.

—No tienen nada que ver.

—Lo sé. Simplemente lo reseñaba porque es lo único que conozco de momento sobre la historia de esta ciudad.

—¿Se encuentra usted a gusto? ¿Ya se ha formado una opinión sobre los alzireños?

—Estoy muy a gusto, don Esteban. Siento que he sido muy bien acogido en todos los círculos en los que me he movido. Especialmente en el ámbito académico. Le diría que la gente que he conocido hasta ahora en la ciudad me resulta muy agradable.

—Me alegra oír eso. Imagino que no debe ser fácil, a su edad, cambiar de aires de una manera tan radical. ¿Puedo preguntarle por qué ha venido a Alzira?

—Lo acaba de hacer —respondió Julio con frialdad—. Y le voy a responder. Vivir allí tras la muerte de mi esposa, Margarita, era algo a lo que no me podía enfrentar. Todo me recordaba su ausencia. Así pues, busqué la lista de vacantes en todo el territorio nacional y vine al primer lugar que encontré libre. Podía haber ido a Galicia, a Andalucía o a cualquier otra parte de España, pero resultó ser Alzira el lugar donde tenía que empezar una nueva vida, y aquí estoy.

—No pretendía ser indiscreto, don Julio. Perdóneme si le he molestado.

Julio no tuvo tiempo de responder. Luisa iluminaba la sala con su presencia anunciando con su habitual alegría:

—A comer

La comida transcurrió en un aceptable nivel de comodidad. Las sinceras alabanzas de Julio a la comida de su anfitriona suavizaron bastante la frialdad con que ella lo trataba.

—¿Cocina usted tan bien como su madre? —preguntó a Luisa.

—Eso es muy difícil, pero hago lo que puedo.

—Sí que guisa bien, don Julio. Su marido será un hombre afortunado, también en ese sentido.

—Eso ya lo veremos, mamá. No estés segura de que vaya a ser yo quien guise en casa. Si trabajo fuera de ella, tendré que compartir

las tareas domésticas con mi marido.

—¡Qué cosas tienes, mujer! Un hombre guisando… ¿A usted qué le parece, don Julio?

—Pues que no es un argumento descabellado.

—¿Ves mamá? Don Julio me da la razón. ¿Usted sabe guisar?

—La verdad es que no, pero estoy aprendiendo. A la fuerza ahorcan…

—¿Y dónde vive usted, don Julio?

—En la calle mayor de San Agustín. En casa de doña Concepción, la viuda —se apresuró a responder Luisa—. Precisamente la hemos visto esta mañana y me ha dado recuerdos para vosotros.

—Vaya. Qué casualidad —dijo el padre—. Debe usted haberle caído muy bien. Ella no alquila su vivienda a cualquiera, y menos siendo un desconocido.

—Es una buena mujer —intervino doña Encarnación—. Lo ha pasado muy mal con la enfermedad de su marido y con lo que dijeron después de ella…

—Eso es algo que no viene a cuento ahora —atajó don Esteban —. ¿A que no sabéis con quién he estado esta mañana en el banco? —preguntó para cambiar de conversación.

—Tú dirás —dijo su esposa que había captado la intención de su marido.

—Con don Luis. Ha venido a pedir un crédito muy importante que vamos a tener que tramitar en la dirección provincial del banco.

—No me digas.

—Ha hecho unas inversiones muy fuertes en los dos últimos años y va muy mal de liquidez. Hace dos años construyó las viviendas para los empleados y el año pasado inauguró la factoría del Respirall, que es una de las más importantes de Europa. Es normal que ande corto de dinero.

—Espero que el banco le conceda el crédito. No quiero ni pensar qué pasaría si sus empresas se van a pique. Hay mucha gente en la ciudad que trabaja en ellas.

A continuación, la conversación derivó hacia la figura del empresario más importante de la ciudad, y Julio pudo tener conocimiento del hombre por cuya causa Alzira estaba experimentando una transformación espectacular, despegándose notablemente de las ciudades vecinas.

Después de la comida y del delicioso postre, mientras las mujeres de la casa retiraban la mesa y se ocupaban en la cocina de fregar los platos, los dos hombres saboreaban un buen café en la salita.

—¿Qué opina de doña Concepción, su casera?

Julio se revolvió incómodo en su asiento. Pensar en aquella

mujer le hacía recordar lo que había vivido con ella recientemente. Algo que no casaba con lo que deseaba vivir en lo más íntimo de su corazón con Luisa.

—Es una mujer muy correcta —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Sí que lo es. Y además es una mujer bastante atractiva para su edad. ¿No le parece…?

—No sé qué decirle. Imagino que eso será una cuestión de gustos. Fea no es, pero no me he fijado demasiado en ella —mintió Julio.

—Pues fíjese, hombre. Es una mujer de bandera. Siempre lo ha sido. Además, tiene una posición económica bastante holgada. Sé de lo que hablo, porque tiene sus cuentas de ahorro en mi banco, aparte del patrimonio en fincas rústicas que le dejó su marido. Yo diría que es un buen partido para un hombre como usted, viudo, sin familia, solo en la ciudad…

—No sé a dónde quiere ir usted a parar, don Esteban, o, mejor dicho, prefiero no saberlo —dijo Julio visiblemente molesto.

—Además, tiene otras cualidades que no están a la vista —continuó el padre de Luisa, haciendo caso omiso a la incomodidad de su invitado—, su marido, que en paz descanse, era un poco bocazas y le gustaba presumir de la fogosidad de su esposa, que según él se debía a sus habilidades amatorias. En resumen, que Concepción era una leona y aunque ahora tiene unos cuantos años más, seguro que todavía rugiría en la cama si encontrase a alguien apropiado.

—Me parece que no me gusta nada esta conversación…

—Venga, don Julio, que estamos entre hombres. Le estoy dando una información que puede ser muy valiosa para usted. Tiene usted un auténtico chollo al alcance de la mano, y me atrevería a decir que sólo tiene que extenderla para cogerlo. Lo digo porque si le ha admitido como inquilino es porque tiene usted muchas posibilidades.

Julio se levantó bruscamente para dar por terminada aquella conversación. Iba a despedirse cuando apareció Luisa en la puerta de la salita.

—¿Ya se marcha, don Julio?

—Sí, Luisa. Iba a despedirme de usted y de su madre. Tengo algo que hacer.

—¡Qué pena! Yo pensaba que se quedaría un ratito más para hacer un poco de tertulia. Es lo mínimo que debo ofrecerle después de una mañana de trabajo intenso.

—Se lo agradezco de corazón, Luisa, pero como le he dicho tengo que atender unos asuntos. Tal vez otro día.

—Muy bien. Aprovecharé el fin de semana para mecanografiar el trabajo. La semana que viene se lo mostraré.

—Como quiera. Despídame de su madre. La comida ha sido deliciosa. Les agradezco sinceramente su hospitalidad. Buenas tardes.

Mientras Julio se dirigía a su casa, pensaba, confundido y molesto, en lo que le había dicho don Esteban. La vulgar insinuación no le parecía propia del padre de un ser tan maravilloso como era Luisa, pero lo que más le molestaba era que, en el fondo y en la forma, tenía razón. Doña Concepción era una mujer todavía deseable, hacendosa, limpia, cocinera excelente y amante apasionadísima, mucho más allá de los méritos del imbécil de su marido, tal como él mismo podía atestiguar, y además, añadía a sus virtudes una atractiva situación económica. Objetivamente era la mujer ideal para un hombre como él, pero Julio no podía poner a una mujer con esas virtudes en el lugar de su corazón que había ocupado la mujer de su vida, Margarita. Ese sagrado espacio sólo podía ser ocupado por alguien tan maravilloso como ella, que pudiese encender en su alma la ilusión de despertar cada mañana con el principal afán de adorarla, de fundirse con ella en cuerpo y alma, muy por encima de las cualidades mundanas que muchas mujeres, no sólo doña Concepción, podían reunir. Esa mujer era, o al menos así lo creía Julio, Luisa Prats, aunque por su edad pudiera ser más su hija que su amante.

En casa de Julia, la joven maestra tecleaba en la Hispano Olivetti con una fluidez admirable el texto que don Julio había escrito en el cuaderno y admiraba su hermosa caligrafía. Sus padres, en otra habitación, mantenían una conversación que ella nunca podría imaginar

—¿Te has dado cuenta, Esteban, cómo la nena trata y mira a don Julio?

—Reconozco que le tiene una simpatía fuera de lo normal, pero yo creo que es producto de la admiración que le inspira un maestro veterano, al que probablemente quiera parecerse. Pero eso de que esté enamorada de él, continúa pareciéndome un dramón que tú te has inventado. Ya te lo dije.

—Esteban, ¿de dónde crees que nace el amor en las mujeres, si no es de la admiración? Nosotras no podemos amar a alguien a quien no respetamos, a quien nos parece inferior, a no ser que se trate de nuestros propios hijos, pero esa es otra clase de amor. Yo te digo que si Luisa no está enamorada de ese hombre, está a punto de estarlo. Te lo digo como mujer. Además, tienes que reconocer que no está mal para su edad. Es un hombre interesante, lo reconozco, pero no para una chica de veintidós años.

—Caramba, Encarnita, si no fuera por lo que te voy a decir, me pondría celoso. ¿Así que don Julio te parece interesante? Pues escucha esto: A ese hombre no le gustan las mujeres. Vamos, que es maricón.

—¿Por qué dices esa barbaridad?

—Mujer, está viviendo en la casa que tiene Concepción encima de la suya. Ella es una mujer de bandera y, tal como contaba el imbécil de su marido, un volcán en la cama. Si a don Julio le gustasen las mujeres ya se lo habría merendado. En cambio, cuando le he sugerido sutilmente esa posibilidad, se ha molestado bastante. Es por eso que no se ha quedado a hacer tertulia de sobremesa.

—¿Y si a ella no le gusta él?

—Aclárate, Encarnita, ¿No dices que te parece un hombre atractivo?

—¿Y si a él no le gusta Concepción? ¿Y si él ya ha puesto sus ojos en Luisa?

—Eso son ya muchas preguntas. Demasiadas dudas para la certeza que dices tener. Tranquilízate mujer. No hay ningún problema. Te aseguro que entre ellos no hay absolutamente nada. Ya te he dicho lo que pienso de él, y en cuanto a Luisa, estoy seguro de que lo último en lo que piensa es en tener un romance con un hombre tan mayor.

La puerta cerrada de la habitación en la que los padres de Luisa mantenían la discreta conversación que no querían que su hija oyese, impidió que escuchasen el profundo suspiro que la joven maestra no pudo evitar cuando, con los ojos cerrados, besaba las páginas que contenían la hermosa letra de don Julio, imaginando que besaba las manos que la habían escrito y que, a continuación, las mismas manos escribían en su piel las caricias que tanto anhelaba recibir.

—Nada, que se ha empeñado usted en que la pobre Luisa se enamore del perro viejo. Menos mal que es un hombre atractivo y que puede darle algo de "vidilla" en la cama. Por lo menos al principio… Me gusta el perfil que está trazando de la protagonista. Es una chica moderna que no quiere asumir en exclusiva las tareas de la casa.

—Es justo, si ella trabaja fuera, no tener que encargarse sola de las tareas domésticas. Y, efectivamente, eso resultaba muy avanzado para aquella época. Las mujeres que empezaban a trabajar para traer un sueldo a casa, no dejaban de realizar en exclusiva las funciones del ama de casa: limpiar, planchar, guisar, hacer la compra y encargarse de los hijos.

—Eso era una barbaridad, una muestra sangrante del abuso del heteropatriarcado.

—Efectivamente, hoy se vería así y, por supuesto, no era justo, pero entonces las cosas se veían de otra manera. La mujer trabajaba en empleos diversos para complementar los ingresos que muchas veces hacían falta para atender las necesidades económicas de las familias. El país estaba experimentando una época de avance económico muy importante y surgían nuevos deseos que se convertían en necesidades. Comer y vestir mejor, tener los primeros electrodomésticos, el televisor, tener muebles modernos, viajar… todo ello había sido un lujo inalcanzable en la década anterior y ahora se les ofrecía como una realidad a la que podían acceder aumentando sus ingresos.

—Y eran las mujeres las que tenían que aportarlos…

—Así es.

—¿Por qué los hombres no se remangaban a ayudar en casa?

—Es más complicado de lo que parece. Por supuesto a ellos les era muy cómodo no hacerlo, pero a las mujeres tampoco les seducía la idea de ver a sus maridos barriendo el suelo de sus viviendas o yendo al mercado a comprar. Las tareas del hogar, que para las chicas de vuestra generación son una condena, eran para las mujeres de entonces una manera de demostrar su "calidad". Tener la casa limpia, la ropa impecable, saber cocinar, coser y educar a los hijos, era un orgullo para cualquiera de ellas y no les apetecía demasiado compartirlo con sus maridos, y mucho menos que éstos pudiesen aparecer ante la sociedad como "afeminados" con delantal. Como ves, el machismo no ha sido sólo cosa de hombres. A veces pienso que las mujeres hemos sido nuestras peores enemigas en la marcha hacia la

igualdad, por mucho que ahora se escriban libros y se rueden películas y series donde se ve a luchadoras que reclamaban su puesto en la sociedad. Que no digo que no las haya habido, por supuesto. Ahí tienes a Clara Campoamor que, en un mundo de hombres, logró el voto femenino en 1931. A los republicanos de izquierda no les venía bien que votasen las mujeres. Pensaban que eran seres inferiores que serían fácilmente manipuladas por los curas, lo cual favorecería a las derechas, y pusieron al frente de la oposición al voto femenino a otra mujer, Victoria Kent, una abogada de gran prestigio, que se oponía a que las mujeres votasen porque consideraba que no estaban "preparadas". Este es un ejemplo de lo que te digo. Pero para mí, el problema que ha dificultado en gran medida la igualdad entre hombres y mujeres es que nunca se ha considerado en su auténtico valor el trabajo del ama de casa. No estoy hablando de la señora rica que tiene el "servicio" a su disposición, sino de la mujer de clase humilde que, desde su condición de esposa y madre, ha sido siempre el cimiento sobre el que se ha construido la familia. Ganar el sustento para mantenerla es importante, pero es mucho más importante el saber administrarlo y atender con él las necesidades familiares en un orden de prioridad, que sólo desde el amor incondicional de una madre o de una esposa se puede hacer. El ama de casa tradicional ha sido la amante, la educadora, la administradora, la que ha consolado al marido enfermo y a los hijos castigados por el fracaso, el desempleo, las drogas, los embarazos no deseados, por el desamor… Sin embargo, somos las propias mujeres las que hemos considerado mejor a una mujer abogado o médico que a una vulgar ama de casa, a la que en muchas ocasiones hemos despreciado con apelativos denigrantes, como "maruja" o cosas así. Por otra parte, aunque es lógico que haya mujeres que sientan vocación por una profesión o que tengan la justa aspiración de tener una vida que ellas consideran mejor y luchen por conseguirla, no por ello son más dignas que las que deciden dedicarse a sus familias. Obviamente, no todas las amas de casa son buenas, pero tampoco lo son todas las funcionarias o las maestras o las ministras.

—Pues lo siento mucho, pero a mí no me apetece en absoluto ser una simple ama de casa. Prefiero tener mi profesión, mis ingresos y mi independencia.

—No creo que nadie te critique por eso. Es lógico que busques aquello que crees que es mejor para ti. Yo lo único que pretendo decir es que una de las injusticias más grandes de la historia es no darle a las amas de casa el reconocimiento que merecen. Y te aseguro que los culpables de ello no son sólo los hombres.

Valeria se queda pensando unos momentos. Le vienen a la cabeza las experiencias que ha vivido en su propia casa y la de sus

abuelos y, aunque le cueste aceptarlo, piensa que doña Antonia tiene algo de razón.

MISA, PASEO Y CINE

El resto de la tarde lo pasó Julio tratando de concentrarse en la lectura de "Matar a un ruiseñor", pero no le era fácil seguir su interesante argumento ya que su pensamiento iba una y otra vez a lo vivido a lo largo de aquel extraño día. La grata compañía de Luisa debía haber sido suficiente para convertirlo en un día perfecto, pero luego recordaba la desagradable insinuación de don Esteban. Pensar que el padre de Luisa trataba de actuar como un vulgar alcahuete, era algo que chirriaba ásperamente con el entorno de aquel ángel que había puesto patas arriba todas sus intenciones y sus principios. Pero luego volvía a visualizar en su mente su sonrisa, sus gestos, su voz, y se imaginaba acariciándolos, poseyéndolos de alguna manera y entonces los esfuerzos del abogado protagonista de la novela que intentaba leer, Atticus Finch, por demostrar la inocencia de su defendido, se disolvían entre besos y suspiros.

Durante la cena tuvo tiempo de analizar, otra vez, su situación y sus sentimientos y, en escasos momentos de lucidez, se daba cuenta de que su imaginación había regresado, sin pretenderlo, a la época más romántica de su adolescencia, y de que aquella ensoñación le estaba llevando al borde de un precipicio en cuyo fondo, como una marea, crecían el ridículo y la vergüenza. En un momento dado, sintió tanta compasión por sí mismo que sintió unas ganas irresistibles de llorar. Y lloró por su soledad y lloró por lo que nunca iba a conseguir.

La noche se apiadó de él y le concedió el bendito olvido de la inconsciencia, y Julio durmió sin sentimientos ni sueños algo que, a la mañana siguiente asociaría a la muerte y le haría de nuevo plantearse la huida hacia el destino definitivo, en el que no habría ilusiones ni miedos.

Impregnado de una extraña paz, se dispuso a vivir el domingo sin más emociones que las que le proporcionase la lectura de la novela que tenía entre manos. Vestido con un batín sobre el pijama, se sentó en una cómoda butaca, junto a la ventana de su dormitorio, buscando la luz natural de aquella mañana hermosa de otoño. Las horas pasaron sin sentir hasta que se acercó el mediodía. Un extraño pálpito le hizo mirar hacia la calle y entonces la vio. Cogida del brazo de otra chica, ambas impecablemente vestidas de domingo, Luisa avanzaba con paso alegre iluminando la calle con su hermosura. Protegido por el visillo y

las cortinas pudo contemplarla a sus anchas. En un momento dado, ella cuchicheó algo al oído de su amiga con una sonrisa pícara y las dos muchachas miraron hacia la ventana desde la que Julio las observaba. Por un momento sintió el impulso de esconderse hasta que se dio cuenta de que era imposible que lo vieran. Unos veinte metros después de haber rebasado su vivienda, la amiga de Luisa se volvió a mirar hacia la ventana donde estaba Julio. Seguía sonriendo.

Respondiendo a un deseo irresistible, el maestro se vistió con precipitación, poniéndose lo primero que encontró y bajó a saltos por la escalera que le conducía a la calle. Una vez allí tuvo que reprimir el deseo de salir corriendo en busca de Luisa. El miedo al ridículo o la vergüenza había desaparecido ante la imperiosa necesidad de gozar de nuevo de la embriagadora presencia, sin la que no quería seguir viviendo.

Al llegar a la plaza próxima, casi le ahogó una ola de pánico al no encontrarla. Eran tantos los caminos que podía haber seguido que era imposible adivinarlo, especialmente un domingo por la mañana en la que muchas familias, vestidas con sus mejores galas, daban vueltas alrededor de la plaza nueva en un carrusel que les servía para hacerse visibles a los demás, especialmente las muchachas, que vivían su adolescencia con una mezcla de temor y excitación. Buscando como un poseso, miraba en todas direcciones, pero no la encontraba. Hasta que finalmente la vio. Junto al quiosco, todavía cogida del brazo de su amiga, Luisa conversaba con doña Julia, la directora del colegio donde enseñaba él. La presencia de la veterana maestra fue el único motivo por el que no se precipitó junto a la muchacha que había trastornado su madurez. Así pues, convencido de que no lo habían visto, trató de disimularse discretamente entre los paseantes y cuando las jóvenes reanudaron su camino se dedicó a seguirlas a distancia.

Estaban siguiendo el mismo camino que recorrían todos los días para acudir a sus respectivos colegios, pero dado que era domingo no tenía sentido que acudiesen allí. En la plaza de los Mártires, las dos muchachas se unieron a una pequeña muchedumbre que se dirigía a la iglesia de Santa Catalina. Eran las doce del mediodía. Luisa y su amiga iban a misa. Tras dudar unos instantes, Julio decidió entrar también en el templo. Pese a la penumbra del interior y a lo abarrotado que estaba, el maestro localizó inmediatamente a su objetivo y ocupó un lugar libre, varios bancos más atrás, desde donde se dedicó a vigilar al motivo de sus desvelos. Completamente ajeno al ritual que se desarrollaba a su alrededor, se ponía de pie, se sentaba y se arrodillaba cuando lo hacían los demás sin dejar de mirar la hermosa melena que la mantilla no podía ocultar, y se imaginaba acariciándola y oliendo el embriagador perfume que sin duda desprendería.

Poco antes de que el sacerdote pronunciase el “Ite, misa est”

con el que terminaba la celebración, Julio salió a la plaza dispuesto a abordar a Luisa, aunque fuese acompañada por su amiga. Tardaron mucho en salir, lo que provocó un gran nerviosismo en el maestro que llegó a pensar que había salido por alguna puerta cuya existencia ignoraba. Cuando la vio aparecer, casi gritó de alegría. Haciéndose el encontradizo se dirigió a ella.

—Buenos días, Luisa.

—Don Julio, ¡Qué casualidad! ¿Estaba usted en misa también?

—Así es. Me ha parecido verla y he querido saludarla.

—Pues se lo agradezco. Pero permítame que le presente a mi querida amiga, Antoñita. Estudiamos juntas magisterio. Ella da clases en la academia Júcar. Antoñita, él es don Julio Méndez, un compañero de profesión. Creo que te he hablado de él alguna vez.

—Encantado, señorita —dijo Julio ofreciéndole la mano. Ella respondió de igual manera y si el maestro enamorado no hubiera estado exclusivamente pendiente del objeto de su devoción, se habría dado cuenta de que Antoñita estaba haciendo un enorme esfuerzo por aguantarse la risa.

Reanudaron los tres la marcha hacia la plaza y a los pocos pasos Luisa preguntó:

—¿Va a algún sitio, don Julio?

—No sé. Iba a dar un paseo. Hace un día espléndido.

—Pues si no le importa le acompañaré, porque Antoñita tiene que ir a visitar a su abuela.

—¿Cómo? —dijo la aludida.

—¿No me has dicho que tu abuela estaba pachucha?

—Es verdad, no sé en qué estaría pensando. En fin, me tengo que marchar. Don Julio, ha sido un placer.

—Lo mismo digo, señorita.

—No me hable de usted, don Julio. Si podría ser mi padre… —añadió con una sonrisa maliciosa, mirando de reojo a Luisa—. Bueno, pues. Que disfrutéis del paseo, Luisa.

La pareja llegó a la plaza que estaba ahora mucho más llena de gente que antes, pues la mayoría de los que habían salido de la iglesia se habían dirigido allí para dar un paseo matinal.

—En Alzira las actividades de ocio más demandadas los domingos son éstas —explicó Luisa—. Misa por la mañana, paseo a continuación, cine por la tarde y vuelta a pasear.

—¿La misa es una actividad de ocio? —preguntó Julio divertido.

—Yo creo que para mucha gente sí. Van porque es lo que toca. Es como un signo de distinción, de pertenencia a algo que está bien considerado, pero estoy segura de la mayoría ni siquiera entienden el latín de la celebración.

—¿Y para usted?

—Yo tengo fe. He sido educada en ella y encuentro en mis creencias alivio para mis problemas y esperanza para mis sueños.

—La envidio. Ojalá yo pudiera pensar así.

—¿Nunca ha tenido fe?

—En Dios, imagino que sí, pero ya casi no me acuerdo. Creo que la perdí en la guerra civil. Vi demasiadas cosas malas. Entonces dejé de creer en él, y mi fe cambio de objetivo.

—¿En que puede usted tener fe si no cree en Dios?

—Yo creo en el amor. Es lo que me hizo feliz durante bastante tiempo. Yo creo que el Paraíso es amar y ser amado. No concibo una felicidad mayor. He vivido en ese paraíso del que me expulsó la muerte de Margarita, pero no descarto volver a encontrar el camino que me haga regresar a él —dijo sin poder evitar dirigir a su acompañante una mirada intensa que hizo que ella se ruborizase levemente.

—No debe usted descartarlo. Tal vez esté más cerca de lo que imagina —respondió ella sin atreverse a mirarlo a la cara—. Tampoco descarte a Dios de sus planes. No olvide que Él es amor.

—Es usted una joven extraordinaria. Si me permite, le diré que es muy madura para su edad. Va a ser una maestra excelente y el hombre con el que comparta su vida va a ser muy afortunado.

Vino a continuación un lapso de incómodo silencio. Julio temía haber sido imprudente y ella hacía esfuerzos por contener lo que su corazón anhelaba decir. Finalmente fue ella quien tomó la palabra saliendo por donde menos esperaba Julio.

—Don Julio, creo que me sentiría más cómoda si me tuteara, como a Antoñita.

—Ya. Veo que usted también me considera como a un padre —dijo Julio con cierta tristeza.

—No, don Julio. Le aseguro que lo último que veo en usted es a una figura paterna.

—En ese caso, acepto el tuteo, pero con la condición de que sea recíproco. Ya está bien de “don” Julio. Eso lo vamos a dejar para los alumnos. Nosotros, al fin y al cabo somos dos colegas y estamos al mismo nivel. Es más, Luisa, me encantaría que me considerases un amigo.

—Ya lo hago, Julio. No lo dudes.

Siguiendo el paseo por la plaza, pasaron por delante de un bonito edificio que se anunciaba como “Cine Cervantes”. En uno de sus carteles se anunciaba la película “Drácula”, protagonizada por Cristopher Lee.

—Ya casi no recuerdo la última vez que fui al cine —dijo Julio pensando en voz alta.

—Pues aquí ya sabes… Misa, paseo, cine…

—No creas que en Toledo la cosa cambia mucho. Es una ciudad con mucha historia y monumentos, pero por lo que voy dándome cuenta, no difiere mucho de lo que me cuentas de Alzira. Es más, diría que allí somos más conservadores, más anticuados…

—Yo tenía pensado venir a ver esta película con mi amiga Antoñita, esta misma tarde. Tal vez quieras unirte a nosotras…

—¿No os molestaré? Seguro que tú y tu amiga preferís una compañía de ocio más joven…

—En absoluto. Vamos solas. Ahora bien, si no te apetece…

—Me apetece. Mucho…

—Pues no se hable más. La sesión empieza a las cuatro y media. Así que nos vemos en la puerta a las cuatro y cuarto.

—De acuerdo.

La pareja continuó su paseo por la plaza. El tiempo pasó cruelmente rápido y pronto se hizo la hora de comer. A regañadientes los dos maestros tomaron la calle Mayor de San Agustín para regresar a casa. Luisa, excitada como una niña feliz, no dejaba de parlotear divagando sobre cualquier nimiedad que le pasaba por la cabeza. Julio no podía escucharla porque su corazón maduro cabalgaba desbocado atronando en sus oídos. Se despidieron en la puerta de la vivienda del maestro dándose la mano y resistiéndose a deshacer el saludo. Mientras Julio subía las escaleras, la muchacha apretaba el paso hacia su casa. Casi corría cuando llegó.

Don Esteban leía el periódico en la salita de estar. Doña Encarnación daba los últimos toques a la comida. Luisa saludó brevemente y corrió a la planta superior. En la habitación de sus padres había un teléfono. Rezando para que Antoñita estuviera en casa, marcó su número. Al segundo timbrazo respondió la voz de su amiga.

—Soy Luisa. Esta tarde tienes que venir conmigo al cine. Es cuestión de vida o muerte.

—Vaya, veo que la señorita enamorada no pierde el tiempo. A que no vamos a ir solas. Déjame adivinar. Nos va a acompañar don Julio. ¿No es así?

—Sí, amiga. Me tienes que hacer este favor. Te estaré eternamente agradecida…

—Con que me pagues la entrada me conformo —dijo Antoñita en broma—. Y dime ¿Qué película vamos a ver?

—Drácula, en el cine Cervantes.

—¿No había otra? A mí me afectan mucho las películas de miedo. Yo a ver esa película no voy.

—Venga, mujer. Es muy importante para mí y lo sabes. Si fuera al revés, yo lo haría por ti. Además ya he quedado con Julio a la

puerta del cine y le he dicho que íbamos a ir las dos juntas.

—Pues sigue con la excusa que te has inventado esta mañana para quedarte a solas con él. Dile que mi abuela está peor de su enfermedad y que tengo que pasar el día cuidándola.

—Necesito que me acompañes. Mi madre está con la mosca detrás de la oreja con Julio y si nos ven solos en el cine estará dándome la tabarra todo el día. Si vamos juntas, siempre puedo decir que lo hemos encontrado por casualidad.

—Está bien. Te acompañaré. Oye, me he dado cuenta de que ya no le pones el "don" delante del nombre. ¿Eso significa algo? ¿Se te ha insinuado?

—Ojalá. Este hombre es demasiado serio. Voy a tener que animarlo, aunque todavía no sé cómo.

—Oye Luisa. ¿Tú te lo has pensado bien? Reconozco que es un hombre muy bien parecido. Se parece un poco a Gary Cooper, el ídolo de nuestra adolescencia, pero no deja de ser un hombre muy mayor. Yo creo que no te conviene.

—Yo no estoy para hacer cálculos de conveniencia. Me he enamorado profundamente de él y lo quiero por encima de cualquier otra consideración, y te juro que voy a hacer lo que haga falta para que me quiera también.

—Estás loca, amiga, pero te aseguro que siento cierta envidia por esa locura. Ojalá encuentre a alguien que sea capaz de inspirarla en mí.

La voz de doña Encarnación llamando a comer interrumpió la conversación conspirativa.

—Te dejo. Mi madre me llama. Esta tarde a las cuatro pasaré por tu casa.

—Hasta luego.

—¿Con quién hablabas tanto rato por teléfono?

—Era Antoñita. Que se ha empeñado en que esta tarde vayamos al cine.

EN LA FILA DE LOS MANCOS

Cuando Luisa y Antoñita llegaron al cine Cervantes, Julio ya las estaba esperando. El maestro se ofreció a pagar las entradas y Luisa se resistió pero acabó accediendo porque no quería que su amado se sintiera incómodo. Se sentaron los tres juntos en una posición bastante retrasada porque la sala estaba prácticamente llena y no encontraron hueco para tres asientos en una fila mejor.

Durante la proyección del NODO, en la que se alternaba algún acto del Caudillo, con la faena de algún torero famoso y los goles del Real Madrid, los tres miembros de aquel pequeño grupo sintieron emociones distintas. Antoñita sentía la excitación de ser la espectadora privilegiada de un romance que, si cuajaba, iba a dar mucho que hablar en Alzira y del que ella podría dar testimonio con pelos y señales. A Luisa le ilusionaba pensar que aquella tarde se estaba produciendo un acto de amistad en el que, por primera vez, compartía con Julio algo que nada tenía que ver con su trabajo y que deseaba que se repitiese con toda la frecuencia posible, para así poder avanzar en la dirección que deseaba con toda su alma. El hombre maduro estaba absolutamente confundido por sentir emociones más propias de la adolescencia que de su edad y de su experiencia vital. A poco que reflexionaba sobre ello volvían a asaltarle los miedos al ridículo y la vergüenza, pero el cálido halo que desprendía Luisa sentada a su izquierda le hacía descartar esos temores y se dedicaba a vivir el momento con gozo.

Cuando comenzó la película a los tres les resultó inevitable dirigir a ella una buena parte de su atención. Avanzada la proyección, empezaron a escucharse exclamaciones de temor entre los espectadores y, en un momento dado, cuando el conde Drácula se disponía a morder la yugular de una inocente joven, un grito colectivo se apoderó de la sala y Luisa se agarró al brazo de Julio con todas sus fuerzas. Él recibió con sorpresa y agrado aquella especie de petición de amparo y se atrevió a pasarle el brazo sobre los hombros. Ella aceptó el gesto arrebujándose en su costado. La mano derecha del hombre feliz buscó la de Luisa y por un momento sintió que con ella sujetaba toda la ternura del universo. Animado por aquel sentimiento movió su pierna hasta contactar con la de la joven que respondió presionando sobre aquel contacto para hacerlo más intenso. A

continuación Julio la miró y en la parpadeante luz que les llegaba desde la pantalla vio una sonrisa que parecía invitarle a dar un paso más, pero la felicidad que aquella situación le producía al maestro maduro era tal, que no quiso hacer nada que pudiera ponerla en peligro, así que se dedicó el resto del tiempo que duró la película a disfrutarla.

A la izquierda de Luisa, Antoñita, que había buscado infructuosamente en ella el contacto humano que necesitaba para calmar su temor, observaba la situación y experimentaba cómo el morbo había sustituido a su miedo y, aunque ella no veía con buenos ojos el capricho de su amiga con aquel hombre mayor, no dejaba se sentir cierta simpatía ante la hoguera de felicidad que ardía mansamente a su lado.

El final de la película llegó demasiado pronto para el gusto de los enamorados y Julio, antes de que se encendieran las luces de la sala, deshizo de mala gana el abrazo en el que habría pasado gustoso el resto de su vida. El público asistente comentaba con risas nerviosas y muestras de aprensión las escenas más destacadas de la película, pero Julio no hacía más que pensar en la manera de prolongar la compañía de Luisa, así que, finalmente, las invitó a merendar. En la misma plaza del Caudillo, haciendo esquina con la calle de Calvo Sotelo, había un bar al que entraron y pidieron tres tazas de chocolate.

Sentados ante una mesita, los maestros no podían desarrollar la conversación que anhelaban por la perturbadora presencia de Antoñita que, olvidado el miedo que le había producido la película, observaba excitada el cruce de miradas y sonrisas que intercambiaba la desigual pareja. Luisa parecía embobada y Julio, cuando le hablaba lo hacía con una calidez que Antoñita nunca había llegado a imaginar en la boca de un hombre, y mucho menos en la de un hombre maduro. Así pues, la que en un principio se había visto obligada a ejercer de carabina, se resistía ahora a renunciar a su privilegiada posición de testigo del nacimiento de un amor tan bello y ninguna de las insinuaciones de su amiga para que se marchase y los dejase solos, le hacía el menor efecto. Luisa, viendo que su propósito de quedarse a solas con Julio no tenía ningún éxito, se dedicaba a aprovechar lo que aquella extraña situación le ofrecía y gozaba de la compañía de Julio, recreándose en sus ojos de mirada inteligente, en su voz dulce, pero inequívocamente varonil, en sus manos, grandes y fuertes con cuyas caricias moriría de placer. Ya ni siquiera era consciente de cuándo se había enamorado de él, era como si lo conociese de toda la vida, como si formase parte de ella de manera natural como un miembro más de su organismo. Tal vez la había enamorado su aspecto triste, tal vez había visto en él al ideal masculino que ella quería para completar su vida. Lo cierto es que estaba profundamente enamorada y que el

amor, casi infantil, nacido de una inocente ilusión, después de haber experimentado el cálido contacto físico en la incierta penumbra del cine, reclamaba ahora a gritos ser materializado en una cama, en una comunión de sexos y piel desnuda que les llevase a un paraíso del que no volver jamás.

A Julio le pasaba algo parecido. De una manera totalmente ajena a su voluntad había entregado su corazón a una muchacha a la que, de no estar enamorado, nunca habría mirado como mujer, a pesar de su indiscutible belleza. Huyendo del dolor por un amor perdido, no sólo había encontrado alivio en aquella ciudad, sino que había experimentado un renacimiento que jamás habría imaginado. Era como si todo comenzase de nuevo, y como si el hecho de haber cumplido ya los cincuenta años sólo fuese una anécdota intranscendente.

A instancias de Antoñita, el pequeño grupo decidió poner fin a aquella tarde mágica. Lentamente tomaron la calle donde vivía Julio y en la puerta de su casa se despidieron. El maestro tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse y no despedir a Luisa con un beso, aunque fuese en la mejilla. Ella no pudo evitar una mueca de decepción por no recibirlo. Cuando reanudaron su camino hacia la casa de Luisa las dos jóvenes mantuvieron esta conversación.

—Estoy muy enfadada contigo —dijo Antoñita con una mueca burlona que decía todo lo contrario.

—¿Por qué? —preguntó Luisa que no podía ocultar su felicidad.

—Me has hecho tragarme una película de miedo y ni siquiera me he podido agarrar a ti para soportarlo. Que ya te he visto lo bien cobijadita que estabas…

—Ha sido maravilloso, amiga. Me he sentido muy bien en sus brazos. No quiero ni pensar cómo será lo que tú te imaginas…

—Madre mía, Luisa. No te reconozco. Jamás habría imaginado que eras tan… fresca.

Las alegres carcajadas de las dos muchachas resonaron en la calle Mayor de San Agustín, haciendo que los escasos transeúntes se volvieran extrañados a mirarlas.

Al llegar a casa de Luisa, las dos amigas decidieron que era mejor que Antoñita entrase a saludar a sus padres, para dar una cobertura de verosimilitud a la idea de que había sido ella la que había convencido a Luisa para que la acompañase, y de que si algún conocido les comentase que las habían visto con Julio, pudieran atribuirlo a una simple coincidencia.

—¿Ya estás aquí hija? ¿Qué tal Antoñita? ¿Tus padres bien? —preguntó doña Encarnación.

—Muy bien, gracias. La que ha estado un poco pachucha ha sido mi abuela —respondió Antoñita mirando a Luisa con bastante

cachondeo.

—¿Y la película? ¿Os ha gustado?

—Ay doña Encarnación. No sabe cuánto me arrepiento de haber convencido a Luisa para que me acompañase. Como era una película de miedo, se lo ha pasado fatal, la pobre.

—No me digas. ¿Es verdad hija? ¿Pero cómo se os ocurre? Aunque veo que ya se te debe haber pasado el susto, porque estás radiante, cariño. Te veo especialmente guapa. ¿No te parece Antoñita?

—Pues ahora que lo dice…

La aludida temía ser víctima de un ataque de risa y en sus esfuerzos por contenerse enrojeció ligeramente y dejó escapar un par de lágrimas.

—Ay esta hija mía. Es tan sensible… —dijo la madre sin sospechar qué estaba pasando—. Miedo me da que venga un día algún lobo y le destroce el corazón.

—Bueno, bueno. Nos ha salido manipuladora la tal Luisa. Menuda estrategia para liar al perro viejo. Hay que ver cómo planeaba sobre la marcha, implicando incluso a su pobre amiga. ¿Usted piensa que las mujeres somos así?

—Las de ahora no. Sois bastante más brutas. Habéis perdido la sutileza con la que controlabais vuestro entorno. Como os empeñáis en ser igual que los hombres, reclamáis la igualdad de una manera zafia, casi violenta. Como si fueseis hombres…

—¿Acaso piensa que somos menos que ellos?

—En absoluto. Pero no somos iguales. Afortunadamente.

—No la entiendo —dijo Valeria un poco molesta.

—Yo pienso que los hombres y las mujeres somos distintos en nuestro cuerpo y en nuestra mente y el ser iguales en derechos y dignidad no tiene por qué significar que asumamos sus defectos y renunciemos a nuestras virtudes.

—Sigo sin entenderla.

—Las mujeres, dado que hemos tenido que ser el cimiento de las familias, hemos desarrollado sentimientos y capacidades que nos distinguen de los hombres y que son innatas a la condición de mujer. Tenemos más sensibilidad, más capacidad de ponernos en la piel de los demás y siempre hemos sabido controlar situaciones complejas como las que se presentan continuamente en el seno de una familia, empleando la sutileza, ya que no siempre hemos podido usar la fuerza o la violencia para imponer nuestro criterio.

—Pero, tal vez por eso, los hombres han hecho siempre lo que les ha dado la gana y eso se ha terminado.

—¿De verdad crees que los hombres han hecho lo que les ha dado la gana? ¿Estás segura? Piensa en las parejas que conoces, familiares, amigos y conocidos, y dime ¿en cuántas de ellas piensas que son ellos los que toman las decisiones importantes?

Valeria reflexiona unos instantes antes de contestar.

—Bueno, es posible que tenga razón, pero no me negará que esa situación se debe a la lucha del feminismo por la igualdad.

—¿Así que tú crees que si las mujeres mandan más es porque ha habido algunas energúmenas que se han ido despelotando en manifestaciones para protestar contra los hombres?

—Ellas son parte del movimiento feminista…

—¿De veras? ¿Tú crees que si tuvieran las tetas como yo, andarían mostrándolas para reclamar nada?

Valeria se ríe con la ocurrencia de la anciana.

—Mira Valeria, yo creo que las mujeres siempre hemos mandado mucho y que hemos dado pasos al frente cuando hemos querido, y que en esa situación nada debemos a los hombres, y mucho menos a los políticos que se llenan la boca como defensores de nuestros derechos.

—Olvida usted las presiones sociales que siempre han asfixiado a la mujer educándola para que no ocupase el papel que le correspondía en la sociedad.

—Las niñas siempre han pasado más tiempo con sus madres que con sus padres, y en las escuelas, siempre han sido instruidas por maestras incluso hoy en día. ¿Cómo es posible que las hayan educado para ser menos que los hombres?

—Porque tanto unas como otras tenían el cerebro lavado por una sociedad machista.

—O sea, que tú asumes las teorías de la izquierda de los primeros años de la II República: las mujeres siempre han sido unas tontitas que se han dejado influir por los curas o por sus maridos, hasta que han llegado las feminazis y los políticos progres a liberarlas del yugo que no sabían que portaban.

Valeria está indignada y tiene que hacer un esfuerzo para contenerse. ¿Cómo es posible que una mujer culta, como doña Antonia, piense como una vulgar votante de derechas? Pero se da cuenta de que también la anciana está un poco alterada. El tono en que le ha dicho las últimas palabras, así lo indica. Finalmente se da cuenta de que en aquella situación ella es la cuidadora y doña Antonia la enferma. Así que haciendo un ejercicio de madurez, decide darse por vencida y continuar con la lectura.

EL AMARGO SABOR DEL DESPECHO

El "lobo" al que doña Encarnación se refería, había subido la escalera que le llevaba a su vivienda saltando los escalones de dos en dos. La emoción que lo embargaba le hacía sentirse ligero y casi se sentía capaz de volar. Ahora ya lo sabía. Estaba seguro. Luisa lo amaba igual que él. No habían hecho falta palabras. El nivel de deseo que había percibido en su mirada y en cada uno de sus gestos no le dejaba ningún resquicio a la duda. Lo único que les faltaba era sellar aquel compromiso de una manera expresa y materializarlo cuanto antes con una entrega sin límites. La diferencia de edad era para él, en aquellos momentos de euforia, una nimiedad que no merecía tenerse en cuenta. Nada podía enturbiar la dicha inmensa que anticipaba. Sentía deseos de gritar al mundo entero su amor, de cantar las emociones que creía perdidas para siempre y daba gracias a la vida por aquella maravillosa oportunidad.

A pesar de haber merendado hacía poco, sintió que tenía hambre. No se dio cuenta de que era hambre de amor, hambre de vida, así que preparó con torpeza ansiosa algo para cenar, tratando de saciar aquella necesidad. Cuando terminó la precipitada cena supo que lo que deseaba en realidad era recrear cada instante de aquella maravillosa tarde, y se metió en la cama dispuesto a revivirlos en el cálido confort de mantas y sueños, impaciente porque llegase el nuevo día para volverla a ver.

Mientras el maestro maduro se abandonaba a ensoñaciones de adolescente, en la planta baja de la vivienda, doña Concepción paladeaba el amargo sabor del despecho. Sentada en la salita de estar, junto a la puerta de entrada, mientras escuchaba un programa de la radio local, había visto el intercambio de miradas y sonrisas entre su inquilino y la joven maestrita. Por segundo día consecutivo los había visto juntos, y aunque en esta ocasión iban acompañados por una amiga, resultaba más que evidente que aquella circunstancia, acompañada por el tono extremadamente cordial que había percibido en los gestos de su despedida, indicaban que allí había mucho más que una simple relación de "colegas".

Luisa, la hija de Encarnación y de Esteban, era una muchacha bonita, pero apenas era poco más que una adolescente. ¿Cómo podía don Julio haberse interesado por ella? Doña Concepción no era una

mujer ingenua y sabía que la mayoría de los hombres tenían el cerebro un palmo por debajo del ombligo, pero ella había creído que su inquilino era un hombre cabal, distinto a los demás. De hecho, se había comportado como un caballero cuando ella se le había ofrecido sin limitaciones y él la había rechazado con suma delicadeza. ¿Cómo un hombre así iba detrás de una chica que podía ser su hija? Descartada por absurda la posibilidad de que pretendiese formar una pareja con ella, la única opción que quedaba era que quisiera aprovecharse de su inocencia, lo cual le daba una imagen de don Julio que se alejaba completamente de la que ella había idealizado. Aquello no debía ocurrir, así que, mientras rumiaba su decepción en la soledad de su cama, se propuso hacer lo que fuese necesario para impedir que se cumplieran los planes del sátiro.

La mañana parecía no llegar nunca. Julio estaba duchado, afeitado, vestido y perfumado desde antes del amanecer, anhelando encontrase con Luisa en su camino hacia sus colegios. Cuando se acercaba la hora de que ella pasase frente a su casa no pudo esperar más, salió a la calle y se dirigió hacia donde ella vivía. Paseando por las inmediaciones de la plaza de Dolz, aguardó impaciente la salida de Luisa. A las nueve menos veinte la vio aparecer por la puerta. Le pareció que estaba más guapa que nunca. La recibió con una sonrisa que fue ampliamente correspondida. Parados, frente a frente, no supieron qué decir. Tal vez no hacían falta las palabras. Finalmente, todavía en silencio, emprendieron el camino hacia su trabajo y a los pocos pasos Luisa se agarró del brazo de Julio, como hacen las parejas de enamorados, y metidos en una burbuja de felicidad recorrieron todas las calles de su ruta cotidiana hasta la puerta del ayuntamiento, donde se separaron de mala gana.

Se encontraron de nuevo para regresar a casa a mediodía y para volver después de comer a sus colegios. En ese momento una buena parte de la población de Alzira había visto a la peculiar pareja por los lugares más transitados, cogidos del brazo exhibiendo sus insultantes sonrisas de felicidad. Cuando, terminada la jornada docente, regresaban a su casa, Julio le dijo:

—Luisa, tenemos que hablar.

—Sí.

—¿Te apetece que hablemos en mi casa? No quiero que nada perturbe lo que quiero decirte.

—Me parece bien.

Con la llave temblando en su mano, Julio abrió con dificultad la puerta de la calle. Subieron la escalera y entraron en la vivienda. Julio le ofreció asiento en el sofá donde había iniciado su escarceo sexual con doña Concepción y el inevitable recuerdo hizo que se sintiese sucio y ruin. Pero esa sensación sólo duró un segundo, que fue lo que tardó en darse cuenta que iba a declarar su amor a Luisa.

—¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

Luisa estaba muy excitada porque anticipaba que en aquel lugar iba a producirse el cambio en su vida que tanto anhelaba, pero ello no impidió que mientras Julio trasteaba en la cocina, ella curiosease desde su asiento aquella parte de la intimidad de su amado que tanto deseaba conocer.

—No sé cómo me habrá salido —anunció el anfitrión saliendo de la cocina con una bandeja en la que temblaban ligeramente dos tazas y una azucarera—. Creo que todavía no se puede tomar. Está hirviendo.

A continuación, dejó la bandeja sobre una mesita frente al sofá y se sentó junto a ella. Le tomó las manos y, mirándola a los ojos le dijo:

—Luisa, no sé cómo empezar. Estoy viviendo algo que creí perdido para siempre y que ahora siento con una fuerza que no recordaba. Te quiero. Estoy perdidamente enamorado de ti y creo que yo no te soy indiferente. Necesito saber si tú sientes lo mismo o si las muestras de simpatía que veo en ti no son un espejismo de lo que mi corazón desea con todas sus fuerzas.

—No estás equivocado, Julio. Yo también estoy enamorada de ti y lo único que deseo es compartir mi vida contigo.

Julio sintió que su corazón iba a estallar de felicidad y un nudo en la garganta le impidió hablar. Ella entreabrió su boca irresistible y acercó a él su rostro en una inequívoca proposición a ser besada. Con una ternura jamás sentida, el hombre maduro hundió su mano en la sedosa melena y asiendo delicadamente la nuca la atrajo a su boca y creyó morir de dicha. Cuando deshizo el dulce beso, buscó en su mirada la certidumbre de su promesa y se encontró con sus ojos bellísimos inundados de lágrimas. Él cerró los suyos para ocultar las que sentía que también estaba derramando y volvió a sumergirse en el placer de sus labios. Las manos de los amantes iniciaron entonces un recorrido de caricias por sus cuerpos que dieron paso a deseos más apremiantes. Las caricias se dieron donde el fuego de sus cuerpos ardía con más fuerza. La respiración dio paso a profundos suspiros y las manos buscaron la piel para sentir mejor la intimidad de una maravillosa urgencia. Finalmente, Julio tomó a la muchacha en sus brazos como si fuera una pluma y la llevó a su dormitorio. Sobre la cama, sin abrir, la fue desnudando con precipitación y pronto apareció ante sus ojos el cuerpo perfecto de una diosa. El deseo de poseerlo, de fundirse con él, se hizo irresistible, pero el hombre enamorado se impuso al macho en celo y, tras desnudarse, se tendió junto a ella para seguir acariciándola con ternura. Buscó con una mano el delicado triangulo de vello púbico y comprobó la húmeda ansiedad que había en él por recibirlo. Suponiendo que Luisa sería virgen introdujo en ella su rígido miembro con delicadeza. En efecto, una leve resistencia seguida de un breve gemido de dolor le indicó que acababa de desflorarla. Comenzó entonces sobre ella una cabalgadura de amor y besos que fueron inmediatamente acogidos con una pasión inesperada. Poco después, incapaz de resistirse más, se vació en su interior escuchando los gemidos de la dulce agonía del orgasmo de Luisa.

En la mesita, frente al sofá, el café se había enfriado.

—Muy bien, doña Antonia. Esta escena es muy bonita. Le ha dado usted un toque de erotismo bastante intenso sin tener que recurrir a procacidades explicitas.

Valeria quería hacer que la anciana olvidase la pequeña discusión que acababan de tener sobre el feminismo y trataba de halagarla para que se sintiera mejor. En realidad estaba siendo sincera porque, efectivamente, aquella escena le había gustado mucho. Pero cuando miró el rostro de la anciana para observar su reacción ante aquellos comentarios, se dio cuenta de que doña Antonia ya no estaba allí, Su cuerpo permanecía inmóvil sentada en el sillón, pero su mente debía estar en algún lugar, fuera de aquellas paredes. Tal vez enredada en las sábanas de una cama deshecha.

UN AMOR CONTRA EL MUNDO

—Si quieres te acompaño y le damos juntos la noticia a tus padres.

—No, amor mío. Déjame hacerlo a mi manera. Les tengo que preparar. Mi madre se recelaba algo y no parecía muy dispuesta a aceptar nuestra situación.

—¿Has hablado de lo nuestro con ella?

—Ella trataba de advertirme sobre ti. Yo negaba nuestro amor porque no sabía si tú sentías lo mismo que yo. Ahora tengo que hablar con ella y explicarle que nos amamos y que queremos vivir juntos el resto de nuestra vida. Pero tengo que hacerlo con delicadeza. Cuando la haya convencido, mi padre no será ningún problema.

—¿Tú crees que él no se opondrá?

—Él hará lo que mi madre diga, como en la mayoría de los matrimonios.

—Bueno pues, hazlo como quieras, pero hazlo ya. Quiero que nos casemos cuanto antes. Ahora que sé que me amas no concibo la vida sin tenerte en mis brazos una y otra vez.

—Yo tampoco.

La recién nacida pareja de amantes mantenía la conversación en voz baja, casi en susurros, como si temieran estar viviendo un sueño del que no quisieran despertar. Finalmente, Julio acompañó a Luisa a la salida. Al abrir la puerta de la calle no pudo evitar dar un beso de despedida y ella le correspondió con avidez. Pendientes sólo el uno del otro, no se dieron cuenta de que doña Concepción regresaba en ese momento a su casa y presenciaba cómo la peor de sus sospechas se acababa de materializar ante sus ojos. Don Julio y Luisa besándose en el portal, saliendo de casa del maestro. Imaginar qué había sucedido en el primer piso de su vivienda era tan sencillo como, de repente, doloroso para ella. El zorro de don Julio se había aprovechado de la inocencia de la muchacha, como lo había hecho con ella. La diferencia estribaba en que ella se había entregado gozosa al engaño y gustosamente habría permanecido en él indefinidamente, asumiendo que tal vez nunca llegase a amarla. Pero Luisa era una joven inexperta y el sátiro sin escrúpulos debía haber usado sus más sucias artimañas para seducirla, y ella, indudablemente deslumbrada por la personalidad del hombre maduro, se había entregado sin sospechar que se trataba de un desaprensivo sin moral. No, aquello no

estaba bien y ella tenía que impedirlo a toda costa.

Cuando Luisa entró en su casa fue saludada por las preguntas de su madre:

—¿De dónde vienes tan tarde? ¿Ha pasado algo en el colegio?

—No mamá. Es que estaba resolviendo un tema personal. ¿Está papá en casa?

—No, ya sabes que los lunes tiene la partidita con sus amigos en la Gallera. Todavía no ha vuelto.

—Muy bien, pues quiero comentarte una cosa muy importante. Vamos a sentarnos a la salita.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta ceremonia? ¿De verdad que no te ha pasado nada?

—Sí mamá. Me ha pasado algo. Algo maravilloso.

—No sé si me va a gustar lo que vas a decirme.

—Sí, mamá. Creo que ya lo adivinas. Estoy enamorada y soy muy feliz porque soy correspondida en ese amor.

—Y ahora me vas a decir que el hombre del que estás enamorada es el perro viejo.

—No le llames así mamá. Julio es un hombre maravilloso y lo amo con toda mi alma.

—¡Dios mío! Ya sabía que tenía razón. Te conozco más de lo que crees. Por algo te he parido. Ahora me vas a decir que él también te ama con locura.

—Así es, mamá.

—Estás loca. Me vas a matar de un disgusto. ¡Ay, cuando se entere tu padre!

—Papá no dirá nada si tú lo convences.

—¿Encima quieres que me ponga de tu parte? ¿No te das cuenta de que ese hombre sólo quiere aprovecharse de ti?

—No mamá. Julio me ama de verdad y queremos casarnos.

—Pero mujer, ¿cómo te vas a casar con un hombre que podría ser tu padre? ¿Qué futuro te espera? Estarás en la plenitud de tu vida encadenada a un anciano al que tendrás que estar limpiando el culo y las babas.

—No sé si será así, mamá, pero si tengo que hacerlo, lo haré porque lo amo con todas mis fuerzas y lo voy a querer mientras viva, y si se puede amar después de la muerte, lo seguiré queriendo.

—Tú estás viviendo un sueño romántico alentado por un desaprensivo que no te va a llevar a nada bueno. Tal vez es culpa mía, como mujer y como madre, por no haberte hablado más de ciertas cosas… Verás, la intimidad, entre el hombre y la mujer, tú ya me entiendes, es muy importante para construir una relación estable. Don Julio, por su edad, no va a poder darte lo que tú vas a necesitar por mucho tiempo. Créeme, hija. Sé de lo que te hablo. Tu padre tiene una

edad muy parecida y ya hace tiempo que no…

—Te aseguro que Julio no tiene ese problema, mamá —dijo Julia, arrepintiéndose inmediatamente de haberse descubierto

—No me digas que… No si ya me parecía a mí que no traías cara de venir del dentista, precisamente. O sea que me das la razón. Ese sinvergüenza te ha deshonrado. Ya verás cómo pronto no querrá saber nada de ti. Los hombres son así.

—¿Tan poco valgo para ti, mamá, que no consideras que un hombre pueda tener un interés sincero en mí?

—Cualquier joven de tu edad en Alzira se interesaría en ti. Por eso me duele que te empeñes en estar con alguien que no te merece, porque estoy segura de que lo único que pretendía era comerse un bomboncito y tú misma se lo has puesto en la boca.

—Estás equivocada, mamá. Julio quería venir conmigo para deciros que nos amamos y que queremos casarnos.

—Que ni se le ocurra. Tu padre es capaz de cometer un disparate si se entera. Se volvería loco si supiera que su hija, su ojito derecho, se ha encamado con un perro viejo.

—No lo llames así, mamá, te lo ruego. Además, creo que estás exagerando sobre la reacción de papá. A fin de cuentas, Andrés, mi hermano mayor se casó de penalti y no armó ningún escándalo.

—Aquello lo llevamos con mucha discreción, y no olvides que Andrés es hombre y no es lo mismo. Además, Rosa, tu cuñada pertenece a una de las familias más acomodadas de la ciudad. Tu padre, sabedor del saldo de sus cuentas corrientes, lo consideró una inteligente operación comercial.

—Un braguetazo, vamos. Pues no te preocupes, mamá, le preguntaré a Julio cómo están sus finanzas. A mí no me parece un muerto de hambre —añadió con sarcasmo—, aunque yo no busco en un hombre que me mantenga. Para eso tengo mis estudios y mi trabajo. Tampoco me importaría si tuviera que mantenerlo a él. Yo lo único que deseo de un hombre es que me quiera como yo le quiera a él y eso ya lo he encontrado en Julio.

—Vaya, pues no sabía que eras tan moderna, hija mía. No sé qué pensarán de eso las monjas de la Purísima. En fin. Vamos a dejarlo. Tu padre está a punto de llegar y no tengo preparada la cena. De todo esto, a él ni una palabra. Ya veremos cómo hago para darle el disgusto. Espero que mientras tanto se te caiga la venda de los ojos.

—Gracias, mamá.

—De gracias, nada. No estoy de tu parte y, si de mi depende, no te casarás con ese sinvergüenza. Lo que no quiero es que esto se convierta en una tragedia.

—Pues eso. Gracias, mamá.

Poco después llegaba don Esteban a casa. Lo recibía con un

beso Luisa.

—Hola hija. Estás radiante. Se nota que estás a gusto en tu trabajo. Una de las satisfacciones mayores de la vida es trabajar a gusto. Está claro que la docencia es lo tuyo.

—No lo sabes tú bien —mascullaba en voz baja doña Encarnación mientras pelaba patatas en la cocina.

Aquella noche los actores del romance que había empezado el mismo día vivían sus consecuencias de maneras distintas.

Julio se había resistido a dejarse vencer por el sueño, porque temía despertarse descubriendo que lo que ahora sentía no era más que una ilusión enfermiza que nunca se iba a hacer realidad. Repasaba una y otra vez cada gesto, cada palabra, cada sensación y podía revivirlos con una intensidad extraordinaria. Cuando finalmente se convenció de que la dicha que lo embargaba era maravillosamente real, daba gracias a la vida y al recuerdo imborrable de Margarita, cuyo amor perfecto le era regalado de nuevo en otra mujer inteligente, dulce y hermosa, diferente a ella, pero que había logrado que la vida le ofreciese una segunda oportunidad de ser feliz. Si, finalmente, había otra vida, Julio estaba convencido que, desde ella, Margarita contemplaría complacida su fortuna y la felicidad que le aguardaba junto a Luisa.

Con esa firme convicción, se dejó vencer finalmente por el sueño.

Luisa había recibido la visita un tanto intempestiva de Antoñita, que no quería irse a la cama sin recibir un detallado parte de las novedades de la relación de la que se sentía partícipe colateral. La joven enamorada, a caballo de la euforia que se resistía a desaparecer, le había hecho un relato minucioso de la declaración de amor de Julio y del apasionado encuentro físico que había venido a continuación. Así pues, la maestra enamorada tampoco podía dormir porque no dejaba de evocar el contacto físico del hombre que amaba. En la oscuridad de su habitación reconstruía sus caricias, sus besos, el roce de su piel, el tono con que le susurraba dulces palabras en su oído mientras llenaba pulsante sus entrañas. La mágica sensación que había recorrido su cuerpo haciéndola temblar en espasmos de placer intenso que se magnificaba al ir acompañado de la entrega incondicional de su voluntad.

Luisa, como cualquier mujer adulta y sana, había explorado su cuerpo en la intimidad de su cama y había descubierto la manera de darse placer, pero el resultado de sus caricias era un pálido remedo del fuego que había encendido su vientre en la cama de Julio, y que ahora sabía que sólo con él sería capaz de avivar de nuevo. El sexo, con un amor tan intenso como el que ella sentía por Julio, era el aderezo que iba a hacer de ella la mujer más feliz de la tierra. De nada servían las advertencias de su madre sobre la posibilidad de que

pudiese fallar pronto. Ella no tenía ningún interés en preocuparse por el futuro teniendo a su disposición un maravilloso presente.

Una de las actrices secundarias del romance nuevo, la madre de Luisa, tampoco podía dormir. Estaba sinceramente preocupada por su hija. No podía concebir que tuviese una vida feliz junto a un hombre tan mayor y no solamente por los inconvenientes evidentes que había tratado de inculcarle sin éxito, sino porque no concebía que entre una mujer que acababa prácticamente de ser una adolescente y un hombre que debía estar de vuelta de todo, pudiese existir una relación equilibrada. Sus intereses ante la vida habrían de ser necesariamente diferentes. ¿Cómo entonces se enfrentarían a los retos y los problemas que la vida conyugal plantea a cualquier pareja?

Finalmente concluyó que tal vez lo que debía hacer era aflojar la presión y fingir que aceptaba aquella relación. El entorno social, las amigas, las monjas del colegio y todos los demás círculos en los que se moviese, se irían encargando de hacerle ver su error. En cuanto a Esteban, su padre, ella sabría cómo manejarlo para que no se opusiese frontalmente ya que eso sólo haría que Luisa idealizase más su amor absurdo con aquel hombre.

Cuando doña Encarnación cayó rendida por el sueño, su mente angustiada soñó con su hija paseando por la plaza del Caudillo. Iba acompañada por el maestro y empujaba un carrito de bebé. Ilusionada, se acercaba para ver el rostro de su nuevo nietecito o nietecita. Al apartar el arrullo, descubría horrorizada a un bebé con el rostro arrugado de un anciano que era el vivo retrato de su padre, y que en vez de llorar, recitaba aburridos tópicos sobre el tiempo y lo loca que estaba la primavera.

LA DELACIÓN

La mañana nublada del martes amaneció de manera muy diferente para los que tenían conocimiento de la historia de amor de Julio y de Luisa.

Para los enamorados la luz era intensa y cálida, y la brisa húmeda una dulce caricia. Para La madre de Luisa, los tonos grisáceos que inundaban la plaza de Dolz habrían combinado perfectamente con su estado de ánimo.

Para Antoñita, la mañana se teñía de amarillo por la envidia que le daba no poder sentir, ni física ni espiritualmente, la seductora locura que se había adueñado de su mejor amiga. Ella incluso se planteaba si la sentiría alguna vez, pues, a diferencia de su amiga Luisa, era poco agraciada físicamente y hasta la fecha ningún hombre, ni guapo ni feo, ni rico ni pobre, se le había acercado. A veces pensaba que se iba a quedar soltera, que nunca iba a conocer el amor, y se sentía triste porque pensaba que cualquier ser humano, aunque fuese durante un periodo fugaz, tenía derecho a saborear su miel. Que una vida sin haber sentido amor, era una vida desperdiciada.

Para doña Concepción, la casera de Julio, la mañana no existía porque las tinieblas de su corazón despechado le hacían verlo todo oscuro, casi negro, como la noche que parecía no terminar. Olvidando que había sido ella quien se le había ofrecido sin condiciones, veía a Julio como a un traidor, un sátiro sin escrúpulos que se había aprovechado de su soledad y su miedo para hacerla suya y que, conseguido su propósito, la había desechado como si fuese un trasto viejo y, a continuación, se había abalanzado como un buitre sobre la ingenuidad de una muchacha a la que, con toda certeza, había deshonrado en la misma cama donde ella creía que había encontrado a un nuevo compañero de vida. Ella se había hecho el firme propósito de impedir que aquella relación con la joven maestra siguiera adelante y cuando les vio pasar por la puerta de su casa, cogidos del brazo, insultando con su felicidad a los transeúntes de su calle, tomó la decisión más sencilla y más lógica para llevar a cabo su propósito: tenía que advertir a los padres de Luisa de que su hija había pasado un buen rato a solas con el maestro maduro en casa de éste, y que no era difícil deducir, por el comportamiento posterior de ambos, qué había sucedido allí. Pensó, en primer lugar, en acudir en busca de

Encarnación, la madre de Luisa. Cuando su hijo mayor se casó de penalti se habló bastante de ello en la ciudad y la pobre lo había pasado bastante mal. Si ahora le pasaba lo mismo con su única hija, iba a recibir un golpe mortal, pero, inmediatamente pensó que estando en juego un hombre mayor, como era su inquilino, quizás era más apropiado buscar a Esteban, el padre. Aquella situación, como una cuestión de honor, tal vez tenía que resolverse con algo más que palabras y para eso el protagonismo del padre de la ofendida era imprescindible. Así pues, se vistió y arregló convenientemente y aferrada a su bolso emprendió su camino hacia las oficinas del banco Central en la plaza del Caudillo. Preguntó por el sub director, Esteban, y fue conducida a su despacho.

—Hola Concepción, pasa por favor. Siéntate. Ahora que te veo recuerdo que quería avisarte. El banco va a sacar unas obligaciones que darán un interés excelente. Te convendría pasar alguno de los plazos fijos que tienes e invertirlos en ellas. Sólo tienes que decírmelo y yo me encargaré de todo.

—No he venido a hablar de dinero, Esteban.

—¿Ah no? Yo pensaba que era a eso a lo que se iba a los bancos. Ingresar dinero, hacer un reintegro, una inversión, un préstamo… —bromeó el padre de Luisa—. Pero, en fin, tú dirás.

—Vengo a hablarte de mi inquilino.

—¿Don Julio? Lo conozco. Precisamente el sábado pasado estuvo comiendo en mi casa. Está trabajando con mi hija en no sé qué proyecto escolar. ¿Te está ocasionando algún problema?

—A mí no, pero me temo que a ti te va a dar un buen quebradero de cabeza.

—No te entiendo.

—¿No te parece que anda mucho con tu hija?

—No sé. Lo normal, diría yo. Al fin y al cabo son colegas.

—¿Y no te parece que tu niña está muy interesada en él?

—Bueno, A Encarnación, mi esposa, se le ha pasado una idea absurda por la cabeza. Piensa que se ha enamorado de él. ¿Te imaginas? Luisa con un hombre que debe tener mi edad. No. Lo que ocurre es que mi hija acaba de empezar su trabajo como maestra y siente admiración por ese hombre. Lo ve como a una especie de modelo. Reconozco que tiene buena planta para su edad. De hecho he llegado a pensar que no sería un mal compañero para una viuda joven, de buen ver… —añadió dirigiéndole una mirada significativa que cayó como vinagre en la herida del corazón de Concepción.

—No sé qué decirte. No me he fijado…

—Bien, lo que en realidad le pasa a mi esposa, y a ti te lo digo en confianza, aunque me consta que se sabe en toda la ciudad, es que mi hijo mayor se casó un poco precipitadamente, tú ya me entiendes,

y ahora ve fantasmas acechando a Luisa que es nuestro ojito derecho. No soportaría un escándalo que la afectase a ella. Pero está completamente equivocada, Y tú también, Encarnación, aunque te agradezco la intención.

—Pues creo que quien está equivocado eres tú, Esteban. Tu hija y el maestro tienen algo.

—Mira, Encarnación, te aprecio como persona y como buena cliente del banco, pero creo que te estás metiendo en un terreno muy delicado, así que me parece que, si no quieres otra cosa de mí, esta conversación se ha terminado.

—Ayer tu hija y el maestro pasaron dos horas a solas en su casa. Se despidieron con un beso. En la boca. No sé tú, pero a mí no me pareció un "terreno delicado". Yo creo que está todo bastante claro. He querido avisarte porque os aprecio a ti y a tu esposa y porque no quiero que mi casa sea un lugar de citas. Tú verás qué haces. Si no le pones remedio, lo haré yo.

Inmediatamente después de haber escupido las palabras que quemaban en su vientre, doña Concepción se levantó y salió del despacho dando un portazo. El director de la sucursal, don Braulio, acudió inmediatamente al despacho de Esteban preocupado por la actitud de una de sus mejores clientes. Lo encontró pálido y temblando de ira

—¿Ha pasado algo, Esteban?

—Todavía no, don Braulio. Todavía no.

Cuando se acercaba la hora que consideraba conveniente, don Esteban se acercó al despacho del director de la sucursal y le anunció:

—Si no tiene inconveniente, don Braulio, hoy me iré antes del trabajo. Tengo un asunto importante que resolver.

—Está bien, pero ¿Me asegura que no hay ningún problema con doña Concepción?

—Se lo garantizo. Es más, el asunto que voy a resolver tiene que ver con su visita de esta mañana. Así que voy a hacer algo que ella me ha sugerido.

—Muy bien. Si me necesita para algo, dígamelo.

—Muchas gracias, pero no será necesario.

A continuación salió del banco y buscando el puente de San Bernardo se dirigió hacia el Ayuntamiento. Su destino: el colegio Julio Tena. Su objetivo: el maestro que había seducido a su hija.

Todavía tuvo que esperar unos veinte minutos a ver aparecer a los primeros niños que, atropellados y vociferantes, salían del colegio seguidos por maestros y maestras que, momentáneamente libres de responsabilidad sobre ellos, no les hacían ningún caso. Finalmente vio aparecer a su objetivo. Salía con paso decidido. Su mirada buscaba a alguien que debía estar en la puerta del ayuntamiento. Su sonrisa indicaba que lo hacía con grato interés. Don Esteban miró en aquella dirección temiendo a quien iba a ver, pero sólo encontró a un aburrido guardia municipal. Así pues, se dirigió hacia don Julio para interceptar su trayectoria.

—Don Esteban ¡Qué sorpresa!

—Tengo que hablar con usted —dijo el padre de Luisa sin más preámbulos.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí. Lo que quiero decirle no puede esperar.

—¿Quiere que vayamos a algún lugar donde podamos hablar tranquilos? —preguntó Julio con cierto temor, pues ya se imaginaba cuál era el contenido de la conversación que le estaban proponiendo.

—No. Aquí mismo estará bien. A fin de cuentas lo que tengo que decirle es muy breve.

—Pues usted dirá.

—Deje en paz a mi hija.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. Deje en paz a mi hija o se tendrá que atener a las consecuencias.

—Mire, don Esteban…

—No. Mire usted. Tengo entendido que ayer pasó un par de horas con ella en su casa y que se despidieron con un beso. Eso no va a volver a pasar. Usted no va a volver a ver a mi hija.

Julio notaba que una cólera sorda le subía desde el vientre y se adueñaba de su cabeza donde se materializaba en un sordo zumbido en los oídos y en una confusión de imágenes en sus ojos. La boca seca y el aliento agitado, porque también sentía miedo. No a un daño físico que estaba convencido que el padre de Luisa no podía infligirle, sino a que el anhelo que daba ahora sentido a su vida pudiera verse dificultado. Finalmente, haciendo un acopio de valor y sangre fría dijo

—Don Esteban, me temo que eso no va a depender de usted. Amo Luisa y sé que ella también me ama y sólo ella va a impedir que estemos juntos. Creo que va a tener que ir haciéndose a la idea.

—Es usted un miserable que sólo busca aprovecharse de una muchacha inocente.

—Está usted muy equivocado. Como le acabo de decir amo a su hija con todas mis fuerzas y lo que quiero, lo que queremos los dos, es unirnos en matrimonio.

—¿Pero usted se está oyendo? ¿Cómo va usted a formar una familia con una mujer a la que le dobla la edad con creces?

—Me temo que eso es un tema que sólo nos compete a Luisa y a mí. Entiendo que esté usted preocupado, pero le aseguro que mis intenciones con Luisa son las mejores. De hecho no he ido a hablar con usted y su esposa del tema porque Luisa ha querido hacerlo a su manera y yo he respetado su voluntad.

—Puede hacerlo como quiera, pero Luisa no se casará con usted. Se lo aseguro.

Mientras la conversación subía de tono, Luisa había llegado a su acordada cita con Julio. A una distancia prudente observaba cómo su padre gesticulaba y el gesto contrariado de su amado que mostraba una cara de enfado que veía por primera vez pero que no le restaba ni un ápice a su atractivo. Más disgusto le producía el tono desabrido con el que su padre se dirigía a su amado.

Cuando el encuentro terminó, ella logró esconderse en un portal desde el que vio a su padre caminar a grandes zancadas hacia la estrecha boca de la calle de la Sangre por detrás de la iglesia de Santa Catalina. Julio permanecía inmóvil mirando cómo se alejaba su padre. Cuando éste desapareció, ella corrió hacia su amado arrojándose a sus brazos y estrechándolo con todas sus fuerzas.

Permanecieron abrazados durante casi un minuto. Luisa, con el rostro pegado al pecho de su amado, sollozaba mansamente mientras Julio acariciaba su espalda con delicadeza. No se daban cuenta de que eran observados por algunas madres que habían ido a recoger a los

escolares más pequeños, transeúntes de la plaza y, desde lo alto de la suave rampa que daba acceso a la entrada al colegio, doña Julia Mateo, la directora del grupo escolar. Cuando deshicieron el abrazo, Julio secó con su pañuelo las lágrimas que brillaban en el rostro de su amada y mirándola a los ojos le sonrió con dulzura. Poco después, cogidos del brazo, reanudaron el camino hacia sus casas. Cuando llegaban al puente de San Bernardo, todavía no habían dicho ninguna palabra. No hacía falta, pues ambos sabían que su amor recién nacido se estaba enfrentando a una primera prueba.

—Nadie conseguirá que deje de quererte —dijo Luisa que ya había recuperado la entereza necesaria para hablar.

Él asintió sonriendo de nuevo pero no dijo nada. No quería que su voz expresara todo el temor que albergaba en su ánimo. No dudaba de su amor y del de Luisa, pero por primera vez empezaba a considerar si, tal como le había espetado su padre y le decía a gritos el sentido común, aquel amor tan puro e intenso era conveniente para Luisa.

Ella, como si sintiera aquella duda a través del contacto de su brazo, lo apretó contra su costado tratando de transmitirle la firmeza de los latidos de su corazón, tratando de hacerle saber que ya sólo por él seguiría latiendo pues sólo a él pertenecía.

A pesar de haber preparado su mente contra la tormenta que sabía que le esperaba en casa, Luisa nunca llegó a imaginar lo que realmente se iba a encontrar. Su padre era la encarnación de la ira y su madre, informada por éste de lo que ella ya sabía por su propia hija, fingía ser la imagen de la desolación. Así que la joven tuvo que soportar improperios y amenazas salpicados de gotas de saliva iracunda que la boca de su padre no podía contener y lamentos teatrales bañados en lágrimas, tan falsas como abundantes, que fluían sin cesar de los ojos de su madre. Parecía que los dos cónyuges se habían repartido unos papeles previamente acordados en el dramón que representaban ante los ojos de su hija. Don Esteban representaba el honor ofendido. El apellido Prats había sido mancillado por la desvergüenza de su desconsiderada hija y exigía con las más terribles amenazas que cesase aquella insana relación, nacida de las malas artes de un "perro viejo", coincidiendo sospechosamente con la definición con la que su madre se refería a su amado Julio. Doña Encarnación entonaba las más amargas lamentaciones, dignas de una plañidera profesional, tratando de apelar a los sentimientos de su hija hacia ellos, entre los que no debía faltar la gratitud por haberle permitido el capricho de estudiar la carrera de maestra, que a ella ninguna falta le hacía, y que era, sin duda, el origen del mal que asolaba a su familia, amenazando con hacerla morir de pena.

Luisa trató, al principio, de defender su amor con ingenuas apelaciones a sus sinceros sentimientos, tratando de hacerse cargo de la posición de sus padres, pero viendo que sus intenciones conciliadoras no hacían más que agravar la situación y excitar cada vez más la crispación de sus padres, acabó por contagiarse de la histeria colectiva y respondió con gritos y llantos a los reproches, y las voces llegaron a oírse desde la plaza de Dolz haciendo que los escasos transeúntes mirasen con curiosa morbosidad a la bella fachada del número 17.

El olor de la comida quemada al fuego que doña Encarnación había olvidado apagar, introdujo una breve pausa en la guerra familiar, pero una vez subsanada la incidencia, se reanudó al menos con el mismo brío que antes sin que nadie diese su brazo a torcer. Una hora después, agotadas las fuerzas, cesó la trifulca sin que nadie pudiese estar seguro de cuál había sido el resultado de la contienda. Aquél día nadie se acordó de la comida quemada porque nadie tenía apetito.

Los dos amantes, sin haber hablado de ello, entendían que no debían verse en el resto del día para no crispar todavía más la situación. Así que Luisa no opuso reparos a que su madre la acompañase hasta el colegio para dar sus clases vespertinas y que la recogiese a la salida. En el trayecto doña Encarnación iba sermoneando a su hija con los ya expuestos argumentos, pero los intentos de convencer a su hija de lo malsano de su relación se estrellaban con el firme propósito de la joven de no renunciar a su amor, expresado, unas veces con respuestas, tan contundentes como escuetas, otras veces, las más, con un silencio impenetrable.

En ningún momento vieron a Julio. Ni siquiera de lejos.

LA PRUDENCIA DEL PERRO VIEJO

Julio había decidido que lo mejor para tratar el tema que le angustiaba era no echar más leña al fuego, al menos de momento, y esperar a que, pasada la primera oleada del enfado, una conversación serena, pero firme, pusiese el tema en otra situación más favorable. Sin embargo, la conversación con el padre de Luisa le hacía ver su situación desde otra perspectiva y, muy a su pesar, no podía evitar que surgiesen dudas, no sobre su amor, sino sobre su relación con Luisa.

Julio, que siempre se había considerado una persona ecuánime, se ponía en la situación de don Esteban y de su esposa y especulaba sobre cuál sería su reacción si la hija que la vida no le había dado le plantease que quería unirse a un hombre con una diferencia de edad semejante. Aquello le hacía entender el enfado de los padres de su amada, sus dudas, y, sin poderlo evitar, esas dudas iban echando sutiles raíces en su perturbado ánimo. Él amaba a Luisa con toda su alma. De eso estaba bien seguro, y podía dar fe de ello porque ya antes había amado así. También estaba seguro del amor de Luisa. Ella tenía en los ojos unas puertas diáfanas que conducían directamente a su alma y a través de ellas podía ver el deseo y la ilusión con que lo miraba y le sonreía, pero no podía estar seguro de que eso iba a ser siempre así. ¿Qué pasaría cuando, dentro de quince o veinte años, ella estuviera en la plenitud de su vida y él acercándose a las puertas de salida de la suya? Una mujer sana como Luisa, podía seguir sintiendo la pasión del sexo a los cincuenta años. Él lo sabía por lo que había vivido con su pobre esposa, antes de que enfermase, y lo había constatado recientemente con doña Concepción, su casera. ¿Cómo podía a los ochenta años, si tenía la suerte de alcanzarlos, poder atender su necesidad? Pero había otra cuestión que minaba todavía más su determinación de unirse a Luisa. Ella lo amaba, eso era cierto, pero ¿hasta qué punto ese amor no era más que una ilusión de juventud que la convivencia cotidiana podía desmontar en cualquier momento? ¿Qué pasaría si ella conocía a un hombre de su edad que tuviese las mismas perspectivas y aspiraciones en la vida? ¿Cómo se sentiría encadenada a un viejo achacoso? ¿Cómo se sentiría él viéndola así? ¿En verdad era eso lo que quería para ella? Tal vez si la amaba realmente no tendría que ser egoísta y debería dejarla en

libertad. Pero medio oculta tras estas consideraciones, en la mente de Julio se asomaba una idea que era la que más miedo le causaba: ¿Qué sería de él si, finalmente, Luisa acababa por abandonarlo? El maestro se sentía incapaz de volver a perder al amor de su vida. Había sido muy duro perder a Margarita, pero aquello era una ley no escrita de la Vida por la que todos, antes o después, tienen que pasar y él, con grandes dificultades, había conseguido asumirla. Sentirse abandonado voluntariamente y verla a ella siendo feliz con otro hombre era algo que no podría soportar.

Cuando Julio se dio cuenta, las raíces que las dudas habían sembrado en su ánimo habían hecho crecer a un monstruoso árbol sin hojas que, en lugar de proyectar una fresca sombra, arañaba el cielo de sus sueños con sus ramas secas y desnudas.

Al día siguiente la pareja de amantes no tuvo ninguna ocasión de verse. Doña Encarnación se empeñó en continuar acompañando a Luisa al colegio y Julio no hizo nada por encontrarse con su joven enamorada. Se diría que ambos habían decidido, sin hablar de ello, que lo mejor que podían hacer era esperar a que los ánimos de los padres de Luisa se calmasen, antes de volver a intentar asaltar sus voluntades y derrotarlas para que consintiesen su relación. Así pasaron varios días más, pero una semana después, tanto ella como él decidieron que no querían dejar pasar más tiempo sin verse. Luisa se negó con firmeza a que su madre la siguiera acompañando a su trabajo en el colegio, como si todavía fuese una niña, y Julio salió a su encuentro por la mañana, dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa.

No pudieron evitar besarse y abrazarse cuando se encontraron. A continuación, cogidos del brazo emprendieron su ruta habitual bajo la mirada maliciosa de no pocos transeúntes. A lo largo del camino hablaron de su situación y Julio sintió la necesidad de trasladarle a su amada los temores que habían brotado con fuerza en su atribulado ánimo.

—¿Tú también dudas de mi amor? —preguntó Luisa.

—No es eso…

—¿Entonces?

—Es que tienen razón tus padres. Yo soy mucho mayor que tú. Estoy en una etapa de la vida completamente distinta a la tuya. Me da miedo pensar en el futuro, que te canses de mí, que conozcas a alguien que te pueda interesar más que el pobre viejo en el que me convertiré no muy tarde.

—Yo no me he parado a pensar en esas consideraciones prácticas. Yo no sé amar así. Yo sólo sé que te quiero con toda mi alma. Te quiero tanto que a veces me duele hasta la sangre por no tenerte dentro de mí. Yo no tengo ojos para los chicos de mi edad. Comparados contigo son niños que no te llegan ni a la suela del zapato. Me siento orgullosa cuando camino por la plaza de tu brazo y no concibo sentir la pasión con nadie que no seas tú.

—Yo te creo porque a mí me pasa lo mismo, pero eso no cambia nuestra situación. Quizás deberías plantearte seriamente los inconvenientes que nuestra diferencia de edad te va a plantear más pronto que tarde.

—¿Crees que eres el primero que me lo dice? Todos los que conocen nuestro amor me han sermoneado sobre el tema. Mis padres,

por supuesto, pero también mis amigas, mis compañeras de claustro en el colegio, la madre Consuelo, incluso don Francisco Albelda, el arcipreste, que es amigo de la familia, me ha sermoneado sobre los "malignos embrujos de la carne". Todos me consideran una especie de víctima inocente en manos de un peligroso sátiro que sólo quiere mancillar mi virtud… A mí no me importa lo que piensan los demás. Lo único que me importa es que sepas que te quiero sin límites y sin condiciones. No le tengas miedo a mi juventud. Para mí en el mundo no hay ni habrá más hombre que tú. Te voy a querer mientras viva.

Luisa pronunció las últimas palabras con la voz quebrada por la emoción y Julio sintió que una oleada de vergüenza le cubría haciendo que se sintiera cobarde e indigno de semejante amor. Luisa, la "joven inexperta", presuntamente víctima de sus malas artes de seductor, le acababa de dar una lección de amor maduro e incondicional que probablemente no merecía. Así que, en aquel momento, el maestro enamorado barrió de su mente todos los prejuicios y temores que su inseguridad había generado, y decidió luchar por aquel amor contra la razón y contra el mundo. Si la lucha le costaba la vida o la felicidad lo asumiría con orgullo, pues ninguna causa mejor podía haber en el mundo para perderlas que aquella muchacha que, desde el cielo en el que no creía, le había enviado Margarita para compensarle por su ausencia.

Así pues, mutuamente confortados, los amantes decidieron que iban a hacer un intento serio de reivindicar su amor ante los padres de ella y a expresar el deseo de recibir su bendición, pero si no era así, Luisa se marcharía a vivir con Julio y se casarían cuanto antes, con el consiguiente escándalo en la ciudad.

Por la tarde, al finalizar las clases, se presentaron juntos en casa de Luisa. Doña Encarnación no pudo evitar un gesto de desagrado al ver a don Julio en su casa otra vez y don Esteban emergió, huraño y amenazante, desde la salita en la que había estado leyendo el periódico. Sin ningún preámbulo, Luisa, cogida del brazo de Julio para escenificar lo que sus palabras iban anunciar, expuso sus intenciones y él las ratificó con educada firmeza. Terminado el discurso, aguardaron una respuesta por parte de los padres, pero ésta no se produjo, así que los enamorados se despidieron con un beso a modo de rúbrica de lo que había expuesto y Julio salió de la casa, acribillado por las miradas de odio de los padres de Luisa. Unos conocidos de la familia que se cruzaron con él dirían más tarde que iba silbando una conocida copla que cantaba Mari Fe de Triana.

EL AVISO

Al día siguiente, los padres de Luisa, tras pasar una noche en blanco provocada por el insomnio y continuas deliberaciones a media voz, habían decidido que era inútil tratar de convencer a su hija del error que iba a cometer, ligando su futuro al de un hombre maduro. Luisa era muy buena, pero muy testaruda, y cuanto más empeño pusiesen en su oposición a su noviazgo, mayor sería su empecinamiento en llevarlo a término hasta sus últimas consecuencias. Así pues, la única posibilidad que tenían era la de convencer a don Julio, haciéndole ver que su comportamiento era muy perjudicial para la muchacha, y que si en verdad la amaba debía dejarla en paz. La manera de hacerle llegar a ese convencimiento era algo que todavía no habían calculado. Lo único que tenían claro era que tendría que venir cuanto antes.

Cuando Luisa se despertó a su hora habitual, sus padres ya estaban vestidos y ya habían desayunado. La joven les saludó y tras un frío intercambio de monosílabos salió de casa para dirigirse a su trabajo. Julio ya la estaba esperando en la calle y tras darse un cariñoso beso siguieron calle arriba en dirección a la plaza. Don Esteban los seguía a cierta distancia y viendo a su hija parloteando animada como una niña ilusionada, colgada del brazo de un hombre casi tan mayor como él, sintió una oleada de rabia y, súbitamente, decidió cuál iba a ser la manera de "convencer" al perro viejo.

Llegó al banco y se reportó ante su superior justificando su retraso en una ligera indisposición de su esposa. A continuación se encerró en su despacho a estudiar dos solicitudes de crédito que debía analizar a fondo antes de someterlas a su aprobación ante don Braulio, el director.

A media mañana, como casi todos los días, salió de la sucursal a tomar un café, pero en esta ocasión no fue a donde acostumbraba ir, sino a otro, un poco más alejado, en la misma plaza, donde solía estar a aquella hora, el jefe de la "Asociación profesional sindical de carga y descarga" conocida vulgarmente en la ciudad como "La colla", que no era otra cosa que una empresa que prestaba servicios de mozos de cuerda, hombres fornidos que ayudaban en tareas de mudanzas o en operaciones de trasiegos de mercancías en almacenes o en muelles de carga de la estación de ferrocarril. Se llamaba Ricardo Moreno y era un hombre que ya había rebasado los sesenta pero cuya apariencia

física todavía resultaba impresionante, aunque mucho menos que la de los dos hombretones que le acompañaban sosteniendo en su mano, como él, un vaso de cazalla con agua.

—Hola Ricardo —saludó al verle—. Me gustaría hablar contigo.

—Tú dirás Esteban.

—Si no te importa preferiría hacerlo en privado.

En una mesita situada en el rincón más oscuro del café, se sentaron los dos hombres y acercando sus cabezas iniciaron una conversación en voz muy baja.

Don Esteban hablaba y Ricardo asentía mirando el vaso de cazalla que había llevado hasta la mesa. Cinco minutos después, todo había sido acordado. Don Esteban, ya de pie, buscó su billetera y sacó dos billetes de mil pesetas y se los entregó a su interlocutor. Un apretón de manos, y sin añadir nada más, don Esteban emprendió su camino de regreso al banco.

En la barra del bar los dos mozos de cuerda que acompañaban a su jefe preguntaron si tenían algún trabajo a la vista. Últimamente había habido poco movimiento y sus ingresos estaban bastante mermados.

—Pues sí. Hay trabajo. Por lo menos para vosotros dos.

—¿Y cuándo será? —preguntó el más joven.

—Seguramente esta misma noche.

—¿De noche? ¿Qué cojones hay que descargar de noche?

—Ahora os lo explico.

Ese mismo día, sobre las nueve de la noche, Bernardo y Vicente, los dos mozos de cuerda que habían hablado por la mañana con su jefe, se frotaban las manos para combatir el frio, apretados contra la esquina de la calle de San Jaime, que era una estrecha vía que desembocaba en la calle donde vivía Julio, muy cerca de su casa.

Desde las cinco de la tarde habían estado siguiendo a la pareja formada por la hija del banquero, una muchacha preciosa, y un hombre maduro de cuyo brazo no se soltaba ni un instante y al que dirigía constantes arrumacos y carantoñas. Ricardo Moreno les había señalado el objetivo y los dos hombretones se habían pasado la tarde vigilando a la pareja, sin perderla de vista ni un solo instante. Al principio se habían dirigido a la calle de José Antonio y habían entrado en una casa que, pese a su buen estado, parecía deshabitada. Media hora después habían salido para continuar en su particular desfile de felicidad en dirección a la plaza.

—¿Crees que habrán echado un polvo? —pregunta Vicente, el más joven.

—Yo diría que no. Ella sale completamente compuesta y lleva el pelo exactamente igual que antes de entrar.

—¿A qué habrán ido?

—Vete tú a saber. Han entrado por la escalera que sube al piso superior. Si no recuerdo mal, ahí había un criadero de gusanos de seda. Lo visité con mi padre de pequeño.

En la plaza la pareja había iniciado un itinerario de constante ida y vuelta y los dos vigilantes, para disimular, se habían sentado en uno de los bancos y habían dejado pasar el tiempo fumando, uno tras otro, Celtas cortos para matar la espera. Más tarde, cuando el frío les empezaba a entumecer el culo, se habían levantado y habían imitado a su objetivo desde lejos. Finalmente, cuando la plaza ya estaba prácticamente desierta, la pareja había enfilado la calle mayor de San Agustín. La hora del encargo estaba llegando.

Los mozos de cuerda sabían dónde vivía su objetivo y suponían que después de haber acompañado hasta su casa, en la plaza de Dolz, a la muchacha, regresaría por la misma calle hasta su domicilio. Muy cerca de él le harían la “entrega”, así que comenzaron a estirar y a desentumecer sus ateridos músculos.

Después de haber encendido el último Celta, mientras aguardaban el regreso del maestro, empezó a llover. Aquello favorecía sus planes ya que la lluvia iba a eliminar de las calles a los

improbables testigos que en aquel lugar y a aquella hora pudiera haber.

—Ahí viene —anunció Bernardo—. Preparados.

Cuando Julio llegó a la altura de la esquina, uno de ellos lo llamó para atraerlo al callejón.

—Por favor ¿Podría ayudarnos?

El ánimo feliz con el que Julio regresaba a su casa, le impidió concebir la más mínima sospecha. Por esa razón no vio venir el puñetazo brutal que lo tumbó en el suelo.

Dolorido, aturdido, pero sobre todo, absolutamente confundido, Julio tampoco pudo evitar la patada que puso al límite la flexibilidad de sus costillas y que no le dejó aire en los pulmones, ni siquiera para gritar el dolor que empezaba a adueñarse de su cuerpo.

Tal vez el dolor agudo fue el que preparó a su mente para concebir una respuesta defensiva, así que cuando unos brazos hercúleos, acostumbrados a manejar pesados volúmenes, lo levantaron con ligereza, proyectó un cabezazo contra la nariz del atacante que lo hizo caer desmadejado. El otro agresor, completamente libre, volvió a golpear a Julio, pero en esta ocasión el maestro ya estaba preparado y pudo esquivar parcialmente el impacto y minimizar sus efectos. No obstante sus labios empezaron a sangrar abundantemente impregnando su boca del sabor agrio de la sangre que se mezclaba con una dosis importante de miedo.

Julio nunca había sido un hombre pendenciero ni bravucón. Apenas tenía experiencia en peleas y éstas se remontaban a su lejana juventud, pero tampoco se consideraba un cobarde y en las escasas ocasiones en las que las circunstancias lo habían llevado a una situación en la que no había otra salida, nunca había rehuido el enfrentamiento. En esta ocasión, hubo algo que magnificó su coraje y fueron las palabras que el agresor que lo zarandeaba le dijo con rabia:

—Deja a la muchacha en paz o lo de hoy te parecerá una broma comparado con lo que te caerá encima.

Entendiendo cuál era la causa de la agresión que estaba sufriendo, Julio convirtió aquella pelea en una lucha por el amor de Luisa y pasó al contraataque rugiendo como una fiera acorralada. El mozo de cuerda no esperaba aquella reacción tan virulenta y, por primera vez, sintió miedo. El maestro era más fuerte de lo que esperaba y le lanzaba golpes con tanta rapidez que apenas podía hacer nada más que tratar de esquivarlos. Su compañero yacía inconsciente en el suelo, probablemente por haberse golpeado en la cabeza contra el bordillo en la caída, así que ninguna ayuda podía esperar de él. Las cosas no se desarrollaban, pues, tal como habían previsto y la idea de huir empezó a cobrar sentido en su mente. El detonante fue una voz a su espalda que le gritó

—Voy a llamar a la policía.

El mozo de cuerda reconoció la voz inmediatamente a pesar de estar distorsionada por el miedo. Era la voz de Manolo Sevilla, el dueño de una tienda de ultramarinos que había en aquella calle y que estaba cerrando el establecimiento a aquella hora intempestiva, después de preparar el pedido que había recibido por la mañana. La cosa se había torcido completamente, así que no quedaba más remedio que salir corriendo de allí, sin importarle dejar abandonado a su suerte a su compañero.

Libre de la amenaza inminente, Julio tomó conciencia dolorosa de su estado físico y sintió la necesidad de apoyar la espalda en la pared. Sus piernas, temblorosas por el esfuerzo y el miedo, fueron cediendo al peso de su cuerpo y el maestro fue deslizándose contra la pared mojada, hasta que quedó sentado en un charco del suelo. Junto a él, el atacante inconsciente sangraba abundantemente por la nariz.

Terminada la pelea, el tendero se acercó con cautela a los contendientes y preguntó al único que podía hablar qué había pasado.

Julio empezaba a sentir el dolor de sus costillas en toda su magnitud y apenas podía respirar sin que un cuchillo se clavara profundo en el lugar en el que le habían dado la patada. Sus labios estaban entumecidos por una hinchazón ardiente, así que tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir:

—Llame a un médico.

A continuación, la oscuridad de la noche lluviosa se volvió mucho más intensa y Julio se abandonó a la inconsciencia.

UNA VISITA INESPERADA

Cuando Julio abre los ojos se encuentra con el rostro que ha dominado todos los sueños que han habitado en su mente durante el tiempo que ha durado su inconsciencia. Luisa con los ojos brillantes de lágrimas de felicidad acaricia su rostro con ternura.

—Hola amor mío. Por fin te has despertado.

Julio trata de sonreír, pero el dolor de sus labios se lo impide.

—No hables. No digas nada. Simplemente asiente o niega con la cabeza —dice Luisa tomándole las manos.

—¿Te encuentras bien?

Asentimiento.

—No seas mentiroso. Estás hecho un Ecce Homo, pero dice el doctor Burguera que sólo tienes dos costillas rotas y que lo de los labios partidos es cuestión de un par de días. Ahora has de tener paciencia. ¿Te duele mucho?

Negación.

—No te hagas el valiente. La rotura de costillas es dolorosa y molesta porque casi no te deja respirar. Si te hace falta lo dices y le pedimos a la enfermera que te de analgésicos. ¿Recuerdas lo que te ha pasado?

Asentimiento.

—¿Conoces a los que te han agredido?

Negación.

—Uno de los dos está siendo interrogado en este momento por la policía. Parece ser que pretendía robarte. Es un mozo de cuerda de los que trabajan en la colla. Últimamente no han tenido mucho trabajo.

Julio contempla con tristeza la ingenua teoría de su amada. No sabe que le han dado una paliza para que se aleje de ella, y que quienes la han encargado no pueden ser otros que sus padres. Lamenta entonces el daño que le va a ocasionar a Luisa cuando lo sepa y duda si debe ser él mismo quien se lo diga. Tal vez sea lo mejor. Que se entere por él, que tratará de emplear las palabras adecuadas, antes de que lo haga por otros medios y que ello suponga una ruptura traumática con sus padres. Julio no quiere que nada pueda hacerle daño a Luisa y sabe que cuando se entere de que sus padres están detrás de la agresión que ha padecido, va a sufrir mucho porque ella,

que tiene el corazón más noble de la ciudad, quiere mucho a sus padres y no quiere enfrentarse a ellos. El que se empeñe en su amor hacia él en oposición frontal a la voluntad de don Esteban y de doña Encarnación, es, sin duda, una prueba de amor que Julio debía haber considerado cuando le asaltaban los temores y las dudas sobre la firmeza del amor de Luisa.

La muchacha, ajena a sus pensamientos, lo mira con dulzura y acaricia su rostro tiernamente.

—Espero que se te quede la cara tan hermosa como antes —dice en broma—, porque lo que es ahora, hijo mío, te la han dejado como un mapa. Si no es así, los agresores se las van a ver conmigo, y tú no te imaginas cómo soy yo cuando me enfado —añade entre risas —. De todas formas tú no te preocupes, yo no estoy enamorada de tu cara, sino de tu persona, y yo sé que eso no va a cambiar nunca. Te voy a querer siempre.

—Yo también —logra decir Julio con bastante dolor.

—No hables. Quiero que esos labios se pongan buenos cuanto antes. Tienes muchos besos que darme, amigo mío, y no estoy dispuesta a esperar demasiado. Así que, concéntrate en recuperarte pronto. Necesito abrazarte y que me abraces y una vez puestos… — Luisa baja la voz y se acerca al oído de Julio— Necesito lo que tú imaginas.

El tono festivo con que Luisa se dirige a Julio es consecuencia del gran alivio que siente por saber que su estado físico no es preocupante. Ese mismo día, cuando se dirigía al colegio, se extrañó de no encontrarle esperándolo. Así que, ni corta ni perezosa, llamó al timbre de su casa. Al no recibir respuesta después de dos intentos sintió una gran inquietud. Preguntó por él a su casera, doña Concepción, que vivía en la planta baja. Ella no sabía nada de Julio, pero reconoció que tampoco había oído nada en toda la noche, cuando normalmente oía el ruido de la cisterna del inodoro o la radio que solía escuchar su inquilino algunas noches. Apremiada por la inquietud de Luisa, doña Concepción había cogido la copia de las llaves de la vivienda del primer piso y había subido hasta allí para ver si le había pasado algo a Julio. Tras llamar con los nudillos a la puerta sin obtener respuesta, había abierto con la llave y Luisa, presa de la inquietud, se había precipitado en el interior llamando a voces a su amado. Las dos mujeres vieron que la cama estaba intacta.

—No ha dormido aquí —anunció la casera.

—Quizás se ha marchado más temprano, dijo Luisa esperanzada.

—No. Estoy segura. No lo he oído salir.

La angustia de Luisa se volvió insoportable y entonces se le ocurrió acudir al ayuntamiento, para ver si la policía municipal había

atendido a algún accidente o alguna persona por cualquier motivo, durante la noche anterior.

Un policía que acababa el turno de noche le informó de que había habido una pelea en la calle de San Jaime y que habían acudido por la llamada de Manolo Sevilla, el de la tienda de ultramarinos, y que al llegar se habían encontrado con dos hombres inconscientes. El testimonio del tendero había determinado quienes eran los agresores y quién el agredido. La víctima era un maestro castellano del grupo escolar Julio Tena y el agresor detenido era Vicente González, un trabajador de la colla. Los dos estaban en el hospital de Santa Lucía. El otro agresor había escapado.

Luisa había acudido corriendo al hospital y allí, casi sin aliento, había exigido ver a Julio. Sólo se tranquilizó cuando don José Burguera, el médico de guardia que había atendido a los dos heridos, le había asegurado que estaban fuera de peligro. Entonces hizo una llamada al colegio de la Purísima para avisar de que no podía asistir a clase y se apalancó junto a la cama de Julio, de donde no la pudieron apartar ni por las buenas ni por las malas.

Ahora que ya ha podido comprobar que Julio sólo tiene magulladuras y ha podido comunicarse con él, ha decidido por su sentido de responsabilidad acudir a las clases de la tarde. Cuando termine, volverá. Julio accede de buen grado y considera esa muestra de profesionalidad una prueba más de madurez de la joven que lo ha elegido como compañero de vida.

Poco después de haberse marchado Luisa, el maestro convaleciente recibe una visita inesperada.

—Buenas tardes don Julio —dice doña Encarnación, la madre de su amada—. Me he enterado de su incidente y he venido a interesarme por usted.

—¿Cómo se atreve? —dice Julio con tantas dificultades como dolor.

—Veo que tiene problemas para hablar. No se esfuerce. Déjeme hablar a mí. Es muy importante lo que voy a decirle.

Julio asiente con la cabeza y se dispone a escuchar a su visitante con cara de muy pocos amigos.

—Más pronto que tarde va usted a saber por qué le han agredido y, por eso, lo primero que quiero hacer es pedirle perdón. Siento mucho lo que le han hecho y le juro que yo no estaba al corriente. Ha sido cosa de mi marido. Usted no tiene hijos y no podrá comprenderlo, pero los padres somos capaces de cometer cualquier locura por ellos. Mi marido siente una debilidad especial por Luisa. Siempre ha sido su ojito derecho, en cambio nuestros hijos mayores… El caso es que no soporta la idea de verla casada con usted. Así que pensó que si lo amedrentaba usted renunciaría a ella. Sin pararse a

considerar en las posibles consecuencias, contrató a dos matones para que le dieran una paliza. No quiero ni pensar en lo que le habría podido pasar a usted, y en cómo reaccionaría mi hija si llegaba a enterarse de lo que había hecho su padre.

Doña Encarnación está ratificando lo que él ya sabía. Lo que Julio no entiende es que pretende la madre de Luisa con aquella disertación. Ha dicho que lo primero que quiere hacer es pedirle perdón, pero el maestro ofendido no acaba de ver claras las muestras de arrepentimiento. Así pues, bastante más enojado de lo que estaba al principio de la conversación, se dispone a seguir escuchando.

—Mi marido no es una mala persona. Él es un hombre que ha cometido un grave error, pero lo ha hecho porque quiere a Luisa más que a su propia vida. Si se llega a saber lo que le ha hecho a usted perderá su empleo en el Banco y pasará por una vergüenza que acabará con él. Yo estoy aquí para pedirle que lo perdone y que no presente ninguna denuncia contra él ni contra los hombres que lo agredieron. Todo podía quedar como una simple pelea callejera. A cambio, le prometo que ni mi marido ni yo nos opondremos a que se case usted con Luisa cuando quieran y les apoyaremos en lo que haga falta.

—¿Me pide que le mienta a Luisa? —consiguió preguntar Julio con dificultad.

—Sí. Si usted la ama de verdad debe hacerlo. Ella no será completamente feliz si sabe lo que ha pasado. Odiará a su padre, y tal vez a mí también, y ella es demasiado buena para tener que convivir con ello. Créame don Julio, perdonar a mi marido y no contarle a Luisa la verdad son dos pagos insignificantes para el premio que usted va a obtener.

El maestro convaleciente cierra los ojos. Quiere pensar sin tener que mirar la cara de cínica de doña Encarnación. Le cuesta creer que en su vientre se haya engendrado un alma tan noble y pura como la de Luisa, pero Julio tiene que reconocer que tiene razón. Él ama a Luisa con toda su alma y lo único que desea es que sea feliz y compartir con ella su felicidad. Fingir que no ha pasado lo que sabe que ha sucedido no es un precio excesivo, ya que él estaría dispuesto a cualquier cosa para que Luisa sea feliz. Con la decisión tomada abre los ojos y se limita a asentir con la cabeza

—¿Debo entender que acepta usted el trato?

Julio vuelve a asentir.

—Muy bien, pues entonces esta tarde, cuando Luisa salga del colegio, vendremos a visitarle con ella. Los rumores de su noviazgo están bastante extendidos por toda la ciudad, dadas las, digamos, “especiales características” del mismo, así que será conveniente que mi marido venga también a interesarse por usted y se desvanezcan las

sospechas de que ha tenido algo que ver en esto. ¿Le parece bien?

Julio mira a doña Encarnación a los ojos con larga intensidad. Piensa que aquella mujer es una auténtica manipuladora y una negociadora excelente. Si en España no estuviesen prohibidos los partidos políticos, ella podría ocupar un puesto relevante en su dirección. Es evidente que es ella la que rige los destinos de su familia, y lo mejor del caso es que le hará creer a su marido que quien manda en casa es él. Pero, dejando aparte consideraciones morales que no vienen al caso, Julio se da cuenta de que su mayor anhelo va a convertirse en realidad y siente una alegría que borra todas las demás sensaciones, incluido el dolor. Así que cuando su futura suegra le insta por segunda vez a darle una respuesta, responde con un nuevo asentimiento.

—Muy bien, pues entonces no se hable más. Dentro de un par de horas volveremos a vernos.

A las cinco y media de la tarde aparece en la habitación del maestro Luisa acompañada de sus padres.

—Hola amor mío. Te traigo a mis padres, que han insistido en venir a verte. Están muy preocupados por lo que te ha pasado.

La presencia del padre de Luisa en la habitación crea inevitablemente un clima de tensión entre él y Julio, pero los dos hacen un esfuerzo importante por disimular y consiguen que la muchacha no se dé cuenta de nada. En un momento dado, don Esteban, interrumpe el gracioso parloteo con el que Luisa intenta animar a su amado y dice

—Don Julio, quiero decirle expresamente que lamento mucho lo que le ha sucedido y que estoy muy aliviado porque no haya tenido consecuencias peores para usted. Nosotros hemos tenido nuestras diferencias con respecto a su relación con Luisa, pero nunca le he deseado ningún mal.

Julio escucha con atención. Su futuro suegro le está pidiendo disculpas sutilmente para que su hija no sospeche que ha sido él el causante del mal.

—Quiero decirle también —continúa—, que mi esposa y yo hemos estado considerando esa relación, y a la luz del amor que mi hija le profesa, y con el objeto de no impedir su felicidad, queremos anunciarle que ya no nos vamos a oponer a su noviazgo.

Luisa da un grito de alegría al oír aquellas palabras que no esperaba, al menos tan pronto, si bien el hecho de que sus padres se hubieran interesado por Julio era un magnífico presagio. Si no fuese tan feliz en aquel momento repararía en el hecho de que los dos hombres más importantes de su vida, su padre y su enamorado, están dándose la mano como hacen aquellos que han cerrado un trato.

Poco después, los padres de Luisa se marchan dejando solos a los enamorados, dando una prueba más de que aprueban su relación. Una vez solos, Luisa deja suelta toda su euforia por la magnífica noticia que le han dado sus padres y, como Julio apenas puede hablar, le hace preguntas que ella misma se encarga de responder, dejando al maestro convaleciente en un estado de placidez que en nada se corresponde con su estado físico. La sonrisa de Luisa, su dulce voz, sus ojos ilusionados, llenan la triste habitación del hospital y no dejan espacio para nada más que para el asombro con que él considera la fortuna que el Destino vuelve a poner a su alcance, cuando creía que la vida ya solo le deparaba una pendiente que le iba hacer descender a

la triste soledad de una vejez sin compañía.

El alegre parloteo de Luisa da paso a los besos y a la ternura materializada en caricias que han de interrumpirse a regañadientes, porque enciende una pasión que el estado físico de Julio impide materializar.

A la hora correspondiente, llega una enfermera con la cena y con la advertencia de que ha terminado la hora de visitas. El paciente tiene que descansar.

Se despiden con el roce de un beso en los labios, ante la escandalizada mirada de la enfermera que más tarde dará buena relación del hecho ante quien quiera escucharla. El noviazgo de la hija de los Prats con el maestro viejo es la noticia del momento en toda Alzira.

PLANES DE BODA

Una semana después, Julio ya se siente con fuerzas para salir a la calle y está planeando volver a reincorporarse a su actividad docente. Los labios están completamente recuperados y ya puede hablar y besar… El problema lo tiene en las costillas y, aunque está mucho mejor, todavía no puede pasar mucho rato de pie sin resentirse.

La pareja de novios da cortos paseos por la plaza alternados con descansos en los bancos de piedra. Allí son el centro de todas las miradas y lo saben, pero a Luisa no le importa. Al contrario, se siente la heroína de una novela romántica que ha logrado cumplir su sueño de amor y tiene que reprimir el deseo de gritarlo a los cuatro vientos. Como no le parece muy correcto hacerlo, se recrea manteniendo la mirada a los curiosos y siempre cree ver en sus ojos reflejos de envidia. En su inocencia, toma por admiración la malicia morbosa que los que conocen su historia ven en su desigual historia de amor. Algunos alzireños hacen chistes sobre la incapacidad del maestro maduro de cabalgar una yegua tan joven y briosa como Luisa. Otros, especialmente las solteronas y las beatas, murmuran sobre el embrujo sexual que el viejo sátiro ha ejercido sobre la inocente niña e imaginan extravagantes prácticas amatorias que les dejan en su bajo vientre una gran desazón.

Julio, con su mayor experiencia, es más consciente de lo que está pasando a su alrededor, pero no le importa en absoluto. Solo tiene espacio en su mente y en su corazón para vivir cada instante de la maravillosa oportunidad de compartir su vida con ella. Los padres de Luisa han sido fieles a su palabra y lo reciben con regularidad en casa, a comer y a cenar, y hablan sin tapujos de los planes de boda con los que su ilusionada hija les machaca a todas horas. Él, por su parte, les corresponde respetando a Luisa. Quiere demostrarles que su interés por ella es absolutamente sincero y noble y reprime las ganas de hacerle el amor, escudándose ante ella en su incapacidad momentánea. De todas formas sabe que esa excusa no le va a durar mucho. Ella ya está buscando la oportunidad de explorar todas las “posibilidades” y él, francamente, se muere de ganas por hacerlo.

Los novios quieren casarse cuanto antes. Quieren vivir juntos y formar la familia feliz que desean. Para ello se disponen a vivir en la casa que Julio tiene alquilada, aunque don Esteban les está hablando

de un piso moderno y espacioso, de los que se están construyendo en la amplia avenida que recorre el antiguo itinerario del brazo muerto del Júcar y que, según él, va a convertirse, sin duda, en el centro vital de la ciudad. Ya está él negociando con los constructores, con los que tiene buena relación por su cargo en el banco, el precio de uno de ellos para lo que les piensa regalar la entrada, tal como hizo con sus dos hijos varones. Una hipoteca a largo plazo, que él mismo les gestionará en su banco en excelentes condiciones, completará el pago. A Luisa no le parece mal. Van a estar más cerca de su trabajo y a ella le apetece disfrutar de las ventajas de tener todas las dependencias en una misma planta.

A Julio, una vez más, aquello le da igual porque sabe que en cualquier lugar donde viva con Luisa será el Paraíso Terrenal.

La madre y la hija discuten sobre la fecha de la boda. La duda estriba en si esperar al verano o hacerlo en la pascua florida. Por supuesto, Luisa quiere que la boda se celebre cuanto antes para poder disfrutar del amor de Julio sin más dilación, pero doña Concepción prefiere que la boda sea en verano porque así tendrán más tiempo para prepararla mejor. Dice que no perturbará el trabajo de los dos docentes, por tener lugar en periodo vacacional, y sobre todo (y esto no lo dice), anunciándola ya con varios meses de antelación, se disiparán las dudas y las murmuraciones que se podrían generar al montar una boda precipitada, que recordaría dolorosamente a la boda del hermano mayor de Luisa, que tanto dio que hablar en su día en la ciudad y por la que tanto sufrió doña Encarnación.

Julio también desea casarse con Luisa cuanto antes, pero entiende las razones de su madre. La felicidad que lo embarga le hace sentirse generoso con ella y se pone de su parte. La boda deberá celebrarse en verano. Luisa se resigna a aceptar aquella fecha. De todas maneras piensa que no se puede ser más feliz de lo que es ya.

El tener el asunto resuelto genera una atmósfera de cordialidad a la que se une Belinda, la gatita de Luisa, que se sube de un salto al regazo de Julio y se acomoda en él ronroneando satisfecha. Luisa la acaricia con amor y anuncia:

—Belinda, por supuesto, se viene a vivir con nosotros.

UNA PROPOSICION INDECENTE

Un mes después del ataque que había sufrido, el maestro ya está haciendo una vida normal. Está tratando de recuperar las clases que no ha podido dar y se queda una hora más cada día para adelantar el programa de las materias más importantes. Los alumnos asisten a ese "repaso" gratuito de no muy buen grado, pero sus padres están encantados con la profesionalidad del maestro. La sociedad Alzireña empieza a ver con buenos ojos el matrimonio que ha de celebrar con Luisa en verano, que ha sido proclamado a los cuatro vientos por la madre de la novia. Su hija se va a casar de blanco, naturalmente.

Doña Concepción, además, está vendiendo a su futuro yerno como un partido envidiable. Es serio, honrado, maestro excelente y titular de alguna que otra finca en su Toledo natal que le hace un candidato deseable para cualquier muchacha inteligente. También le ha quitado cinco años a su edad, lo cual no ha resultado difícil de inventar, porque su futuro yerno tiene una agradable apariencia física. Por si todo ello fuera poco, y aquí no miente en absoluto, ama a su hija con locura.

Los dos enamorados viven felices los días que les acercan a su unión y se dedican a su labor docente con grato entusiasmo. Piensan que la profesión que ha provocado que se encuentren merece que le devuelvan una pequeña parte de lo que les ha dado. Sus alumnos están encantados. Luisa está descubriendo en su primer año de maestra algo que Julio sabe desde hace mucho tiempo, y es que una de las relaciones más gratificantes con las que puede encontrarse el ser humano, después del amor, es la que se da entre el profesor y sus alumnos, cuando consiguen establecer el equilibrio perfecto entre el respeto y el interés, entre el rigor y la amenidad, y que al igual que el buen maestro nunca olvida a sus alumnos, ellos siempre tendrán en un lugar destacado de su memoria el recuerdo de quien les enseñó a amar la sabiduría.

El proyecto del trabajo sobre la seda que Luisa había concebido se está desarrollando a la perfección y está dando una recompensa emocional muy grande a todos los que participan en él. Los alumnos están recuperando la memoria de sus antepasados y están recogiendo interesantes testimonios de los más mayores. Julio está sorprendido por la cantidad de criaderos de gusanos en desuso que quedan en la

ciudad y que están siendo documentados por los jóvenes investigadores, ilustrados en muchos casos con fotografías. Los dos directores del proyecto están maravillados al descubrir la enorme importancia que tuvo la producción y comercio de la seda durante siglos en el reino de Valencia. Por otra parte, se acerca la primavera y entonces saldrán los gusanos de los huevecillos que han puesto las mariposas en el año anterior y pronto empezará la parte práctica del trabajo, que es lo que los alumnos aguardan con más entusiasmo.

En cuanto a su relación íntima, Julio y Luisa ya no pueden contener el ímpetu de su deseo y, alumbrados por el amor que sienten, se han entregado gozosos en alguna ocasión. Julio está tomando precauciones porque no quiere someter a Julia o a su familia a un escándalo que empañe la agradable relación que mantienen. Así pues, de manera discreta, procurando que no la vea nadie, Luisa sube a la vivienda de Julio y allí construyen una burbuja de amor apasionado de la que nunca querrían salir.

Una noche, después de que Luisa se hubiese marchado a su casa, Julio oyó que llamaban a su puerta. No podía ser su amada porque los golpes sonaban en la puerta de entrada de la vivienda y la única que podía tener acceso directo a ella era su casera.

Doña Concepción se presentaba con una pequeña olla en las manos.

—Don Julio, me he preparado la cena y sin darme cuenta, he empleado las cantidades que manejaba cuando vivía mi difunto marido, así que sin pretenderlo, he hecho comida para dos. Creo que es un crimen desperdiciarla y se me ha ocurrido pensar que tal vez usted no ha cenado todavía y que tal vez le apetezca probarla. Es un guiso muy ligero, completamente apropiado para la cena. Aquí tiene —añadió ofreciéndole la olla.

—Muchas gracias, doña Concepción, precisamente ahora iba a prepararme la cena.

—Pues déjeme que le ayude. Aquí sólo hace falta calentarlo un poco, pero esto acompañado de pan tostado es una delicia —dice ella entrando en la vivienda sin ser invitada.

—No se moleste, doña Concepción. Ya me apaño yo.

—No es ninguna molestia. Déjeme echarle una mano. Por cierto, me ha llegado la noticia de que se va usted a casar este verano. Enhorabuena.

En ese momento Julio consideró oportuno tratar el tema de que Luisa se iba a mudar con él allí y le expuso a la casera su pretensión.

—Imagino que eso no será ningún problema —añadió.

—Por supuesto que no —responde ella que ya está trajinando en la cocina—. Tener a otra mujer en la casa supondrá una mayor compañía. Las mujeres siempre formamos una especie de fraternidad en la que nos contamos nuestras cosas con más confianza que con los hombres. Cosas de mujeres, ya me entiende. Además, en este caso las dos ya hemos compartido algo, mejor dicho, a alguien.

—Doña Concepción, no me gusta lo que está insinuando…

—No sea mojigato, hombre. Usted sabe a lo que me refiero. Cualquier hombre en su lugar andaría presumiendo por ahí. Usted tiene ahora a una muchacha bonita con la que pasa alguna que otra hora a solas aquí y también me ha tenido a mí. Y si usted quiere, me puede seguir teniendo… A mí no me importaría compartir.

—Esta conversación se ha terminado. Le ruego que salga de mi casa inmediatamente.

—No se haga el puro. A fin de cuentas todos los hombres son iguales y siempre están pensado en lo mismo. Yo le ofrezco en bandeja la posibilidad de disfrutar conmigo. Nadie se enteraría, se lo aseguro.

—Lo siento doña Concepción. Yo soy un hombre de convicciones firmes. Amo a Luisa con todas mis fuerzas y nunca le sería infiel. No me interesa ninguna otra mujer y menos usted.

—Bueno, bueno. Pues hace unos meses, además de sus convicciones tenía usted firme otra cosa. Puedo dar fe de ello. Si ha pasado una vez, no veo por qué no puede volver a suceder.

—Escúcheme bien, doña Concepción. Lo que pasó la noche de la amenaza de riada fue algo que nunca debió ocurrir. Lamento que en su momento usted se formara una opinión equivocada, pero ya le dejé claras cuáles eran mis intenciones.

—Sin embargo no le hizo ascos a mi cuerpo. Su placer fue notable, reconózcalo.

—Así es, pero no se debía a usted. En mi mente imaginaba que estaba haciendo el amor con Luisa, de la que ya estaba profundamente enamorado. Yo a usted nunca intentaría seducirla y menos ahora que sé cómo es y cómo piensa. Márchese de mi casa de una vez. Y tome, llévese su guiso, seguro que si lo como ahora me va a saber a veneno.

La casera recogió la olla de un tirón derramando parte de su contenido en el suelo y sin decir palabra, se marchó completamente enfurecida. Aquel imbécil no merecía nada de lo que le había ofrecido.

Alterado por lo sucedido, Julio no tuvo ganas de cenar aquella noche. Más tarde en la cama, en lugar de dejar vagar su mente entre imágenes y caricias de Luisa, se torturó pensando en la situación desagradable que doña Concepción le había planteado. Traer a vivir con él a Luisa, justo encima de aquella víbora sin vergüenza ni moral, le parecía una idea muy mala. Imaginar que ella le hablase a su amada de su encuentro sexual, sólo por el placer de hacerle daño, era algo que proyectaba una sombra muy oscura en la relación que él deseaba tener con Luisa. Así que tendría que buscar otra vivienda donde establecer su hogar. Ello no impediría totalmente la posibilidad de que ocurriese lo que temía, pero, al menos, no lo facilitaría. Por otra parte, tampoco debía cambiar de domicilio bruscamente, sin dar una explicación razonable, ya que Luisa, que no era tonta en absoluto, podía sospechar algo. La solución que permitió que finalmente Julio pudiese dormir un poco era empezar a buscar una nueva vivienda para alquilar y mudarse a ella una vez estuviesen casados. Mientras tanto, trataría de mantener alejada a Luisa de su casera, en la medida de lo posible, aunque eso significara tener que reducir sus encuentros íntimos. Mientras eso sucedía, Julio buscaría la manera más adecuada de contarle a Luisa la verdad, su verdad, y confiar que el amor que ambos sentían fuese lo suficientemente fuerte para superar aquella

prueba. Al fin y al cabo, el encuentro con doña Concepción se había producido antes de que ellos se confesasen su amor.

En la planta baja, la casera de Julio rumiaba con dificultad la amarga decepción que acababa de padecer, por segunda vez. Ella amaba a su inquilino y su amor, al no ser correspondido, se había convertido en una especie de obsesión que la estaba trastornando. Su locura había llegado hasta el punto de ofrecérsele como una buscona. Ella, que estaba cansada de rechazar a pretendientes que la habían asediado desde la muerte de su esposo, había acabado por conformarse con tener sólo el cuerpo de un hombre cuya alma le parecía ahora inalcanzable. Había estado dispuesta a ser plato de segunda mesa, un simple juguete sexual, dispuesta a satisfacer cualquier fantasía que la niñata inexperta de Luisa no quisiera concederle. Albergaba, en el fondo de su ser, que si tenía la posibilidad de hacer el amor con Julio con cierta frecuencia, sabría ganarse su voluntad, pero el desprecio con que le había echado de su casa, le dejaban bien claro que aquello no iba a suceder. Encima pretendía traer a la niñata a vivir con él y a restregarle por la cara todos los días su felicidad. Eso ella no lo iba a consentir. Lo primero que pensó fue en echarlo de casa, pero eso no lo podía hacer porque tenía firmado un contrato de arrendamiento por un año y don Julio pagaba puntualmente la renta. Tal vez, en base a ese contrato, podía rescindirlo cuando entrase a vivir en el inmueble una persona ajena al mismo. El problema era que tendría que dar explicaciones que, de momento, no se sentía capaz de concebir. Por supuesto no iba a proclamar en público que se había acostado con el maestro. Ella había perdido su dignidad ante él, pero no estaba dispuesta a perderla ante toda la ciudad y quedar como una arrastrada. La impotencia que todo aquello le ocasionaba, mezclada con un profundo sentimiento de frustración, fue generando una bola de odio en su estómago que, creciendo sin parar, la llevó a tomar una decisión que pensaba que nunca tendría que volver a tomar y que en esta ocasión estaba motivada por un deseo animal de venganza.

El tiempo transcurrió con su inexorable exactitud aunque los amantes lo vivían con la absoluta subjetividad de su punto de vista. Cuando estaban juntos, compartiendo su amor, les parecía que las horas volaban crueles hacia el momento en que se tenían que despedir. Cuando hacían planes de futuro pensando en el momento en que se iban a unir para siempre, les parecía que nunca iba a llegar la fecha acordada.

Pero sin que se dieran cuenta, la primavera llegó a sus vidas y con ella aparecieron los primeros temores. Inexplicablemente, la salud de Julio empezó a flaquear.

—No lo entiendo. Nunca me había pasado —trataba él de justificarse.

—No te preocupes amor mío. Eso debe ser la astenia primaveral. En un par de semanas se te habrá pasado —lo consolaba ella con mimitos. Pero Julio, lo que en realidad temía era aquello que todos los que se habían opuesto a su compromiso con Luisa argumentaban. Él era un hombre maduro, que más pronto que tarde iba a sufrir los achaques de la edad que, en contraste con la vitalidad que su pareja tenía por delante, se iban a hacer más evidentes.

Los síntomas de cansancio, acompañados de dolores de cabeza leves, que nunca antes había sentido, bien podían ser la astenia a la que se refería Luisa, acusada por primera vez al estar combinada por ser la primera primavera que vivía cerca del Mediterráneo, con una luz y un clima distinto al que había vivido en las primaveras anteriores de su vida. Pero también podían deberse a los primeros signos de su decadencia física. Especialmente cuando al cabo de unos días las molestias, en lugar de remitir, se agravaron acompañadas de dolores gástricos.

Unos días después aparecieron vómitos y diarreas y el maestro toledano empezó a preocuparse seriamente por su salud, así que haciendo caso a Luisa acudieron al médico. Don Vicente Ferrer diagnosticó una intoxicación alimentaria que había enraizado fuertemente en el organismo del paciente y que sólo remitiría con reposo y dieta blanda. Julio tenía que forzarse a beber mucha agua para compensar la pérdida de líquidos. Mientras no se restableciese no podía ni pensar en volver a las clases.

Luisa afrontó la enfermedad de Julio con absoluta entereza y naturalidad. En ningún momento veía en su situación un anticipo de lo que le deparaba el futuro, tal como sutilmente se encargaba de

insinuarle su madre. Ella creía firmemente en las palabras de San Pablo en su carta a los Corintios: “El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta…” y la enfermedad de Julio era una prueba insignificante para la grandeza de su amor por él. Así pues, sin el menor gesto de contrariedad, asumía la obligación de cuidar de su amado sin consentir que nadie ocupase su lugar. No estaban casados, pero ella pensaba que ante los ojos del mundo y de Dios era la legítima esposa de Julio y que su principal obligación era cuidar de él.

Un día Luisa le llevó a su casa a Belinda, su gatita.

—Ella te hará compañía cuando yo no esté. Pórtate bien que ella me lo cuenta todo —dijo Luisa tratando de desdramatizar la situación.

Belinda se hizo inmediatamente a la casa y, como si entendiera las recomendaciones de su dueña, buscó la compañía de Julio y no se separaba de él ni un instante.

Pero los días pasaban, y Julio descendía con cada uno de ellos un escalón en su deterioro físico que lo iban metiendo en un pozo oscuro, a cuyo fondo daba cada vez más miedo asomarse. Junto a él, la gatita parecía también compartir su estado de postración física y maullaba con debilidad reclamando sus caricias y su calor.

Un día el estado de salud de Julio llegó a un nivel de deterioro tal que el médico ordenó que se le ingresase en el hospital. El grado de deshidratación que provocaban los constantes vómitos y la diarrea había llevado a Julio a un estado de delirio casi permanente, en el que confundía a Luisa con su primera esposa, Margarita. Los médicos que lo atendían no podían determinar el origen de su mal, pero coincidían en el pronóstico: Julio Méndez se encontraba a las puertas de la muerte.

Luisa estaba a punto de perder la razón. Se negaba a aceptar aquella posibilidad. En su locura inventaba las explicaciones más extravagantes para explicar la enfermedad de Julio, y pronosticaba una cura milagrosa que su fe en Dios le iba a proporcionar. Sus padres asistían a la irracionalidad de su hija con dolor sincero. Veían el amor profundo de Luisa por Julio y lamentaban que no pudiera materializarse como ella deseaba. Todos los pronósticos que se podían hacer, a propósito de la desigual relación de los enamorados, parecían ahora una patética conjetura que una jugarreta del destino estaba desmontando. Sin reconocerlo en voz alta, estaban recibiendo una lección cruel y era que la vida debía ser vivida a cada instante como si fuese el último, y que hacer proyectos de futuro sólo servía para generar esperanzas que en cualquier momento, por un accidente, por una enfermedad o por cualquier giro del azar podían ser barridas como hojas secas.

Una mañana, después de haber pasado una noche intranquila, Julio despertó con un grado de lucidez que no había mostrado en los días precedentes. Algunos pensaron que era la mejoría que precede a la muerte y que el triste destino del maestro le daba la posibilidad de despedirse dignamente de Luisa. Ella, en cambio, lo tomó como un buen augurio.

—¿Te encuentras mejor, amor mío?

—No Luisa, Me siento muy mal, pero tengo la suficiente claridad mental para saber cuál es mi estado y quiero aprovechar esta oportunidad para despedirme de ti —le dijo con un hilo de voz.

—No digas eso. Te vas a poner bien. Seguro.

—No, vida mía. Estoy llegando al final, pero antes de irme para siempre quiero que sepas que eres el mejor regalo que me ha hecho la vida. Nunca imaginé que después de haber perdido a Margarita, iba a encontrar a alguien como tú. Pero no te compares con ella. Tú eres especial, el sueño que ni siquiera yo que te he conocido sería capaz de imaginar. Estos meses que he compartido contigo me han hecho vivir la felicidad que no alcanzan a lo largo de su vida diez hombres felices. Creo que no he merecido esa dicha y tal vez por eso tengo que renunciar a ella. Pero no llores. No estés triste amor mío. Ten presente siempre la felicidad que hemos compartido y considera que ha sido un punto sobre el que debes construir tu felicidad futura. Eres muy joven. Tienes toda la vida por delante y yo sé que encontrarás, más pronto que tarde, a alguien que te merezca. Eres muy buena y a las buenas personas siempre acaban por sucederles cosas buenas.

—Tú no vas a morir, Julio. No te lo voy a permitir —dijo Luisa entre sollozos—. Eres el hombre de mi vida, mi compañero, mi amor… No voy a consentir que nada ni nadie te aparte de mi lado. No quiero otros hombres, no quiero otra felicidad. Te quiero a ti, sólo a ti. Toda la vida te he estado esperando. Ahora no te puedes marchar, dejándome el consuelo de unas palabras bonitas.

En aquel momento, Julio, agotado por el esfuerzo, se sumía en la inconsciencia. La joven se tumbó en la cama junto a él y se abrazó acariciando su cara y besando su mejilla. De pie, detrás de Luisa, su madre lloraba desconsoladamente y su padre hacía esfuerzos ímprobos por mantener su compostura. Una enfermera que estaba pendiente del estado de Julio y que había presenciado el triste diálogo de despedida salió a toda prisa en busca del médico. Probablemente aquél certificaría la defunción del maestro.

Un instante después, Luisa se levantó completamente transformada. Su madre trató de abrazarla para tratar de consolarla compartiendo su dolor, pero ella, en una muestra incomprensible de sangre fría, deshizo el abrazo suavemente al tiempo que decía.

—No llores mamá. Julio se va a poner bien. Ya lo verás. Ahora

voy a casa de Julio. Belinda lleva solita mucho tiempo y tal vez tenga hambre.

Los padres de Luisa se miraron horrorizados. Su querida hija había perdido la razón.

—Te acompaño —dijo al fin la madre.

—No, mamá. Prefiero ir sola. Quedaos con Julio. Si despierta no quiero que se encuentre solo.

Una breve discusión sobre la decisión de Luisa, terminó con ésta imponiendo su voluntad.

—No os preocupéis. Estoy bien. Cuando le dé de comer a Belinda, regreso. No creo que tarde mucho más de media hora.

Confiando en que fuese así, los padres de la joven novia la dejaron marchar.

—Esto no es justo, doña Antonia. Después de hacerles sentir un amor tan intenso, después de haber superado las trabas sociales, ahora va y me mata al protagonista y a ella la vuelve loca.

—Quédate con el mensaje, Valeria. Es bueno hacer planes de futuro, tener ilusiones, pero la vida hay que vivirla día a día, aprovechando cada instante de felicidad, porque nadie sabe nunca cuándo puede terminar. Nadie puede predecir el futuro, ni siquiera los que escribimos la novela de la vida de otros —añade con una sonrisa pícara—. Ahora sigue leyendo que viene ni parte favorita.

Luisa tenía una copia de las llaves de casa de Julio, así que pudo acceder a ella sin ninguna dificultad. Al abrir la puerta, le sorprendió que la gatita no le saliera al encuentro, pero esa sensación desapareció al escuchar un rumor de agua. Pronto lo identificó como el de un grifo abierto. Era imposible que Julio se lo hubiera dejado así. De hecho ella había estado presente cuando vinieron del hospital para llevárselo. Se dirigió al cuarto de baño y vio que tanto el grifo del lavabo como el de la ducha estaban abiertos a tope. Los cerró absolutamente confundida por la existencia de aquella anomalía. Después de hacerlo, se dio cuenta de que el rumor del agua no había desaparecido por completo. Desde la cocina llegaba claro el chorro de otro grifo. El fregadero se encontraba en la misma situación que el lavabo y la ducha, pero no fue eso lo que le hizo dar un grito. En el suelo, tendida junto al cazo de donde bebía, Belinda permanecía absolutamente inmóvil. Alrededor de su cabeza se veía una mancha pegajosa que habían formado sus propios vómitos.

La mente de Luisa, absolutamente trastornada por la experiencia que se veía obligada a vivir, fue incapaz de comprender nada de lo que allí estaba presenciando, pero súbitamente las ideas en su cabeza, tras desarrollar una carambola increíble, se alinearon formando un cuadro inesperado y aterrador.

Con el juego de llaves que Julio le había facilitado, había una que abría la puerta de la terraza del edificio, donde alguna vez habían tendido la ropa de él. Allí estaban los depósitos del agua. Tres. Uno para la planta baja, otro para el piso de julio y el tercero para la vivienda del segundo piso que estaba completamente vacía. Cada escalón que subía hacia allí le reafirmaba en su conjetura: Julio había sido envenenado. La autora del silencioso crimen no podía ser otra que doña Concepción. Ella ya había sido señalada por los rumores como la responsable de la muerte de su marido. Lo que entonces había parecido una maledicencia propia de la mente retorcida de las malas gentes, aparecía ahora como una posibilidad absolutamente real. Todo casaba. La muerte de la pobre Belinda debía estar causada por el mismo veneno y el medio para administrárselo tenía que ser aquel que, sin duda, compartían ambos. El agua. Echar veneno en el depósito del que se abastecía la vivienda era la manera infalible de administrárselo, si se hacía con la dosificación adecuada para que el envenenamiento fuese progresivo y así no despertar sospechas. Una vez logrado el objetivo, la autora tenía que hacer desaparecer el rastro

del veneno y la mejor manera era vaciando el depósito de agua por completo.

Una vez en la terraza, no le costó identificar el depósito de Uralita que ya estaba prácticamente vacío, ya que la llave de entrada del agua había sido cerrada. Sus sospechas estaban tomando cuerpo de manera inexorable, pero había algo que no cuadraba en absoluto en aquel macabro rompecabezas: ¿Por qué?

Se dispuso a regresar al hospital para informar a los médicos de su descubrimiento. Sabiendo la causa del mal de Julio, sería más fácil administrarle el tratamiento adecuado. Cuando iba a tomar la escalera para bajar, se dio de bruces con ella. Doña Concepción la recibió dando un respingo de sorpresa

—¿Qué haces aquí?

Luisa no sabía bien cómo afrontar aquella situación que no esperaba. Acababa de descubrir la causa que había puesto a Julio al borde de la muerte y súbitamente tenía frente a ella, amenazante, a la autora. La joven no estaba familiarizada con la violencia física. Sus escasas disputas se habían desarrollado en el plano verbal, así que no se le ocurrió pensar que escupirle la verdad a la cara a doña Concepción podría tener más consecuencias que un agrio intercambio de acusaciones, desmentidos e insultos. Por otra parte su ánimo atribulado y la impaciencia por acudir al hospital y comunicar a los médicos su descubrimiento, no le permitían valorar los riesgos de la situación en la que se encontraba con la suficiente claridad de juicio. Por ello, sin poderlo evitar, lanzó imprudentemente a la cara de la envenenadora la acusación que quemaba en su pecho.

—Usted ha envenenado a Julio. Es usted una asesina. Tenían razón quienes la acusaron de haber envenenado a su marido.

—Así es. Mi marido era un miserable y se merecía la muerte. No era capaz de darme lo que yo necesitaba y compensaba su frustración dándome palizas de muerte. Todo el mundo lo sabía y no hacían nada para evitarlo. Seguramente pensaron que me lo merecía. Así que lo maté yo misma dándole veneno poco a poco.

—¿Qué daño le ha hecho Julio para querer su muerte?

—Me ha despreciado por tu culpa. Eres una zorra disfrazada de señorita bien. Te has interpuesto en mi camino. Julio era para mí y tú lo has engatusado con tus aires de niña buena. Te has aprovechado de su ceguera y has retozado con él como una perra en celo. No lo puedes negar. Te he oído aullar cada vez que has subido a su casa. Yo sé que cuando no te pudiera dar lo que tanto te gusta, lo ibas a desechar como a un trasto viejo. Conmigo habría sido un hombre feliz y habría estado atendido como se merece. Yo también le habría dado lo que a él tanto le gusta. Mejor que tú, niñata. De hecho ya se lo he dado y bien que lo ha disfrutado. Ahora ya no será para nadie y tú lo vas a pagar por entrometida.

A continuación se abalanzó sobre Luisa y cogiéndola del pelo empezó a zarandearla con violencia.

De todas aquellas invectivas sólo una idea llegó a la angustiada mente de Luisa: ¿Doña Concepción se había acostado con Julio? Por encima de cualquier otra prevención, frente a la grave amenaza a la que se enfrentaba, la joven enamorada sólo podía pensar que aquella mujer también había gozado de la carne que la había hecho

estremecerse de placer, de las caricias y los besos que de la mano de su profundo amor la habían hecho pasearse por el mismo cielo. Una oleada de rabia nació del mismo lugar de su vientre donde Julio con su boca experta encendía hasta las más ocultas ramas de su deseo y se desplazó hasta su pecho donde estalló como un aullido de loba herida. Sin importarle el dolor, empujó a doña Concepción con todas sus fuerzas hasta la barandilla de ladrillo que daba sobre el patio trasero de la casa. La barandilla no estaba construida pensado en ser una auténtica protección contra las caídas, sino como un simple límite de la terraza, así que al recibir el impacto del cuerpo de la dueña del edificio, cedió con facilidad. Al sentir que caía al vacío, doña Concepción se soltó de su agresora y trató de asirse a algo ajeno a ella. Sólo encontró unas sábanas tendidas que se balanceaban al compás de la suave brisa, ajenas a la tensión que se desarrollaba en su presencia. Una de las sábanas se desenganchó de la cuerda de la que pendía, otra quedó medio descolgada barriendo el suelo de la terraza. En el suelo del patio quedó su cuerpo medio cubierto por la sábana que la había acompañado en su caída y que ahora hacía de mortaja. Su cabeza, doblada en un ángulo inverosímil, parecía mirar a una esquina. Su boca abierta dibujaba el grito que no había tenido tiempo de proferir.

Luisa miró al vacío absolutamente horrorizada. En ningún momento había deseado aquel final. La muerte de aquella mujer se convertía en un obstáculo, tal vez insalvable, para conseguir su objetivo de vivir feliz junto a Julio. Tendría que explicar qué había sucedido en aquella terraza y tendría que convencer a un juez de que en ningún momento había pretendido matar a doña Concepción.

El recuerdo de Julio en su doliente estado, se impuso a sus temores y se dispuso a correr hacia el hospital para indicar la causa de su mal. Cuando iba a salir de la terraza por segunda vez vio un taburete junto a la puerta y entonces creyó haber encontrado una solución. Cogió el taburete y lo puso tumbado junto a la parte rota de la barandilla. Cuando se investigara la muerte de doña Concepción, el juez concluiría que había fallecido por un accidente doméstico. Subida sobre el taburete para manejar mejor las sábanas sobre la cuerda, había perdido el equilibrio y se había precipitado al vacío. El envenenamiento del agua del depósito tendría que ser disimulado para que no diese lugar a otras líneas de investigación que pudiesen relacionarla a ella. Así pues, abrió la llave de paso que alimentaba al depósito. Nadie encontraría rastros del veneno.

Un minuto después, Luisa corría hacia el hospital.

El hallazgo de la gatita envenenada fue el argumento que empleó ante los médicos para que diesen al paciente un tratamiento adecuado. Por otra parte, dando de alguna manera la razón a la teoría de Luisa, Julio había experimentado cierta mejoría al estar lejos del entorno que le producía el mal y la había recibido consciente, aunque muy débil.

—Hola, amor mío. He despertado y no estabas. ¿A dónde has ido?

—A rezar. Le he pedido un milagro a la Virgen del Lluch y me lo ha concedido. ¿Te encuentras mejor?

—Me siento sin fuerzas, pero yo diría que sí, estoy un poco mejor. Si salgo de ésta, tendremos que darle las gracias a la Virgen.

—Saldremos, te lo aseguro.

Los médicos que atendían a Julio se sentían culpables por no haber identificado correctamente los síntomas que apuntaban hacia un envenenamiento. Nadie podía sospechar que algo así se produjese, aun accidentalmente, en las circunstancias que el maestro toledano estaba viviendo. Había sido más fácil atribuir el deterioro físico del paciente a una infección de causa desconocida.

Cuando Julio empezó a mostrar síntomas evidentes de mejoría, la teoría del envenenamiento se hizo incontestable. Alguien recordó los rumores que habían circulado por la ciudad ante la muerte del marido de doña Concepción, unos años antes. La policía se vio obligada a investigar y se presentó en casa de la sospechosa. Al ver que nadie les abría la puerta, el juez autorizó que se forzase la entrada y la encontraron en estado de descomposición en el patio trasero de la vivienda. Las ratas ya habían comenzado a alimentarse de su cuerpo. La teoría del accidente fue inmediatamente aceptada por todos y, aunque se recogieron muestras de agua para su análisis, no se encontraron restos de veneno alguno. Sin arma del crimen y habiendo muerto la única sospechosa, no había caso criminal y no se siguió ninguna investigación. Dos semanas después, bastante más delgado, pero prácticamente restablecido, Julio salió del hospital.

Luisa no quiso que su amado regresase a su antigua casa, que había sido el escenario de su agonía. Así que, con el consentimiento de sus padres, se fue a vivir a la suya, en la plaza de Dolz. Allí se gestarían, hasta que encontrasen una vivienda provisional en la que vivir juntos después de casarse, los preparativos de la anhelada boda.

Pocos días después, los gusanos de seda empezaban a comer las hojas más tiernas de la morera.

FIN

—Bueno, pues ya está. Menos mal que lo ha arreglado usted al final. Ya me imaginaba que no iba a dejar a la pobre Luisa compuesta y sin novio. Me ha gustado mucho, como las otras novelas que le he leído. Esta es diferente. Tiene menos acción, menos misterio y menos giros inesperados que las otras pero, aun así, me ha resultado muy agradable leerla. No me ha aburrido en ningún momento y, tengo que confesarlo, me ha dado un poco de envidia Luisa con esos sentimientos tan intensos. Aunque debe reconocer que son muy novelescos. Yo estoy convencida de que en la vida real no se dan, pero no me parece mal que se puedan recrear, aunque sea sólo en la imaginación.

—¿Cómo me puedes decir eso, Luisa? Tú mejor que nadie sabes que esos sentimientos eran reales, porque las dos los hemos vivido. ¿Es que ya no te acuerdas? ¿Es que estás perdiendo la memoria como yo? —dijo la anciana visiblemente alterada y a continuación empezó a gimotear como una niña.

Valeria sintió una oleada de tristeza. Doña Antonia volvía a desvariar. Siguiendo con ella la lectura de su novela estaba confundiendo la realidad con la ficción y se había dirigido a ella con el nombre de su protagonista, Luisa. ¿Qué ideas extravagantes estarían pasando en ese momento por su mente? ¿En qué laberinto estaría moviéndose en su imaginación? Pensar en las angustiosas situaciones que le podía generar su mente enferma, pero dotada de la capacidad de imaginación de una escritora, ponía a Valeria los pelos de punta. ¿En qué delirios aterradores podría vivir en lo que le quedaba de vida? De pronto se dio cuenta de que el Alzheimer era la peor enfermedad que pudiera contraer un ser humano. Ojalá ella nunca tuviera que pasar por una situación semejante. Preferiría mil veces la muerte.

Al día siguiente, doña Antonia se despertó mal. No quería salir de la cama. No quería tomarse el desayuno y Valeria, que a fin de cuentas tampoco tenía demasiada experiencia en aquellas situaciones, no sabía qué hacer y estaba considerando seriamente pedirle ayuda a su madre. Finalmente decidió que las cosas siguieran su curso y optó por limitarse a hacer compañía a la anciana en su habitación y a estar atenta a cualquier petición o cambio de carácter. No obstante, consiguió, recurriendo a una cantidad de paciencia que no sabía que tenía, que la anciana fuese al cuarto de baño a hacer sus necesidades.

A media mañana, profundamente aburrida, decidió entretenerse arreglando el rostro de la anciana, tal como había visto hacer a Rigoberta. Un poco de maquillaje, unos toques de colorete, sombra de ojos… La anciana se dejaba hacer al principio, pero luego ya colaboraba activamente. Valeria se sorprendió gratamente cuando la oyó decir sus primeras palabras aquel día.

—Gracias, Luisa. Menos mal que te tengo a ti. Con tu ayuda parezco un poco menos fea. Aunque, por mucho que me arregles, a tu lado siempre voy a parecer un adefesio.

Otra vez la estaba confundiendo con el personaje de la novela. Valeria pensó que mejor era eso que el mutismo en que parecía haberse instalado aquel día, así que decidió seguirle la corriente.

—Qué exagerada eres Antonia.

—Huy, que formal, Antonia. ¿Qué ya no te gusta llamarme Antoñita? A mí me parece más entrañable…

De pronto una luz se encendió en la mente de Valeria. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Antoñita era la amiga de la protagonista, una muchacha poco agraciada que vivía la historia de amor de los protagonistas desde una posición privilegiada, tanto que podría muy bien darle forma literaria en una novela. ¿Sería la novela que acababa de leer la crónica de una historia real? Valeria pondría todo su empeño en averiguarlo.

Aquel día no pudo ser. Ni el siguiente. Ni el que vino después. Parecía evidente que la anciana había descendido un par de escalones en el camino de su deterioro mental. Apenas hablaba al principio del día y lo que conseguía de ella le venía justo para que accediese a atender sus necesidades vitales. No sabía qué hacer, así que resolvió llamar al médico. Rigoberta le había dejado una lista de teléfonos a los que podía llamar en caso de emergencia. Uno de ellos era el del doctor Almendra, el geriatra que la había tratado a nivel particular.

Tras varios intentos, consiguió ponerse en contacto con él. Esa misma tarde pasaría a visitarla.

Valeria estaba sinceramente preocupada, no quería ni pensar que sus charlas o discusiones con ella pudieran haber acelerado el progreso de su enfermedad. En cualquier caso, se lo comentaría al médico para que él tuviese más elementos de juicio.

Sobre las seis, el geriatra se presentó en casa de doña Antonia. Era un hombre muy alto que debía haber sobrepasado los cincuenta años. Se extrañó un poco al no encontrar a Rigoberta. Valeria le explicó el motivo de su ausencia.

—Ya me extrañaba a mí no haber reconocido el acento inconfundible de Rigoberta.

A continuación, dirigiéndose a la enferma le preguntó:

—¿Cómo se encuentra, doña Antonia? ¿Qué le pasa?

La anciana se limitó a mirarle con una sonrisa bobalicona. Desde la comisura de los labios descendía un hilillo de saliva que Valeria se apresuró a limpiar con un pañuelo de papel.

—¿Está siguiendo sus rutinas? —preguntó el médico a Valeria.

—Procuro que las siga, pero se resiste un poco. Lo que hemos hecho últimamente ha sido leerle una de sus novelas y comentarla. No sé si esto la habrá podido perjudicar. Le aseguro que mientras leíamos y comentábamos mostraba una lucidez extraordinaria.

—No, muchacha. Puedes estar tranquila. Esa actividad no le puede haber hecho ningún mal. Al contrario. Hacer que su cerebro funcione es como una gimnasia que retrasa la aparición de los síntomas. Lo que ocurre es que, desgraciadamente, la enfermedad avanza inexorablemente y nada podemos hacer para impedirlo. Doña Antonia se había conservado muy bien. Mucho mejor que la media de enfermos. Esto tenía que llegar.

—¿Entonces se va a quedar así?

—Es probable, pero no descartes que tenga algún episodio de recuperación, aunque yo no esperaría demasiado. Si ves que en algún momento esto te supera y no puedes hacerte cargo de ella, me lo dices y trataremos de ingresarla en algún centro.

—Pero ella no quería que la ingresáramos en ningún sitio.

—Nadie quiere que lo ingresen en un centro y verse rodeados de seres humanos en distintos grados de deterioro físico y mental, cuya esperanza de salir de allí no es la curación sino la muerte. Los que dicen que ingresan voluntariamente mienten. Prefieren ser ellos quienes tomen la decisión y evitarles a sus hijos la violencia de ser quienes los abandonen a esa triste suerte, pero, sobre todo, quieren evitarse a ellos mismos el dolor de enfrentarse a la evidencia de lo poco que les importan a sus hijos. En el caso de doña Antonia, al no haber familiares, tendré que ser yo quien tome la decisión.

—Yo le rogaría que esperase a que Rigoberta regrese. Ella la trata con mucho cariño y, tal vez con un poco de ayuda, pueda hacerse cargo satisfactoriamente.

—Esperaremos, pero mientras tanto vas a tener que ser tú quien asuma esa responsabilidad. ¿Te ves capacitada?

—Sí —miente Valeria—. No se preocupe.

—Está bien, pero, repito, si ves que esto te supera, me llamas.

—Así lo haré doctor.

—Mañana pasaré a verla. Vendré por la mañana.

—Muy bien.

A la mañana siguiente doña Antonia despertó mejor. No tenía la lucidez que Valeria recordaba, pero al menos podía comunicarse con ella e interactuar de una manera casi normal.

El doctor Almendra se alegró al ver la mejoría y se quedó un rato charlando y bromeando. Lo que en realidad pretendía era poder hacer una evaluación del estado mental de la enferma.

—Bueno, doña Antonia, veo que me reconoce —dijo en un momento de su conversación—. Aunque a mí no me desagradaba que me llamase Gary Cooper.

—Ya quisiera usted ser él —decía la anciana con una risita burlona—, Gary Cooper sólo ha habido uno. Usted tiene de Gary Cooper lo alto, eso sí, pero nada más.

—¿Dónde está Rigoberta? —peguntó para poder evaluar su nivel de conciencia de lo que la rodeaba.

—Está en su país, Ecuador. Se ha marchado para asistir a los últimos días de vida de su madre.

—¿Está usted bien atendida? ¿Necesita algo?

—Qué cosas tiene, doctor. ¿Cómo no voy a estar bien atendida, si me cuida Luisa, mi queridísima amiga?

La nueva confusión derribó las ilusiones que Valeria se había hecho a propósito de la recuperación de la anciana. El geriatra intercambió con ella una mirada significativa. Poco después, se marchaba.

En la puerta del piso a donde la joven lo había acompañado comentaban en voz baja

—Esto ha sido una recuperación de las que te había hablado. No sé cuánto durará. Lo más probable es que vuelva pronto al estado en que se encontraba ayer.

—A mí me ha llamado varias veces Luisa.

—A mí me llamaba Gary Cooper. Ya lo has visto.

—Es curioso. Luisa es uno de los personajes de la novela que he leído con ella estos días. Por cierto, también sale Gary Cooper.

—No me digas.

—Sí, es una novela romántica. Me ha gustado mucho. Hay un personaje que se llama Antoñita, que es la amiga de la protagonista. Me ha hecho pensar que tal vez la novela esté inspirada en hechos reales. Como transcurre en Alzira, en una época en la que doña Antonia debía tener la edad de los protagonistas…

—No te quepa la menor duda de que es así.

—¿También la ha leído usted?

—No. Yo no tengo tiempo para leer, ni tampoco me gusta demasiado hacerlo, esa es la verdad.

—¿Entonces?

—Verás, cuando aparecieron los primeros síntomas de su enfermedad, doña Antonia lo afrontó con mucha entereza, pero también me dijo que lo que más lamentaba era que iba a perder los recuerdos más bonitos de su vida. Entonces yo le propuse que los escribiera a modo de diario o como mejor le pareciera y así los podría leer una y otra vez. A ella se le daba bien escribir novelas, así que escribió esa. No sé cuánto habrá de real en ella, pero ese era su objetivo, ser un testigo de algo que no quería olvidar.

Cuando Valeria regresó al comedor donde habían recibido al doctor Almendra, doña Antonia ya se había retirado a su mundo privado hecho de recuerdos imperfectos y de ideas irracionales. Sin saber muy bien por qué, cogió el manuscrito de la novela y empezó a releerlo mentalmente. Cuando quiso darse cuenta, estaba llorando.

Dos días después, Valeria había leído un par de veces “Te he de querer mientras viva”. La relectura le había descubierto matices en la novela que no había percibido en la lectura inicial y ello hacía que todavía le gustase más. Pero lo que más le movía a meterse en aquella historia de amor era averiguar cuánto había en ella de real y cuánto de ficción. El problema era que, la única que podía revelarlo, doña Antonia, se encontraba en un estado de desorientación que parecía que iba a convertirse en permanente. Así pues, Valeria no tenía más pensamiento, en los momentos en que la enferma no requería de su atención, que especular sobre lo que había leído y, sobre todo, en lo referente a la muerte de la envenenadora, doña Concepción.

A mediodía, cuando se disponía a dar de comer a doña Antonia, oyó el inconfundible sonido de la cerradura de la puerta de entrada al piso. Rigoberta había regresado.

La llegada de la asistenta habitual provocó una reacción positiva de la enferma que, recuperando buena parte de su consciencia, se interesó por la situación de su madre.

—Ya murió, doña Antonia. Se marchó en paz, rodeada por los suyos. Estoy muy triste, pero también muy agradecida por haber tenido la oportunidad de acompañarla en ese momento. Pero dígame ¿Cómo se encuentra usted?

—Como siempre, creo. Luisa me trata muy bien.

—¿Por qué me confunde con Luisa? —preguntó Valeria como si ignorase la enfermedad de la anciana.

—No sé. No recuerdo bien tu nombre. Tal vez me recuerdes a mi querida amiga. Pero no te ofendas, Luisa era la muchacha más bonita de Alzira —responde doña Antonia mirando al vacío.

Ya no volvió a hablar el resto del día.

Valeria puso al corriente a Rigoberta de cómo había evolucionado la enferma durante su ausencia, así como de las visitas del doctor Almendra.

—Es normal lo que le está pasando. Yo ya he cuidado a otras personas con esta enfermedad y se han ido mucho más pronto. Menos mal que doña Antonia es poco corpulenta y la podré manejar bien. Recuerdo a un anciano muy alto con el que me tenía que esforzar mucho para moverlo. Creo que desde entonces no tengo la espalda bien. Bueno, pues ya estoy aquí. Si quiere puede marcharse y si alguna noche quiere descansar o tiene algo mejor que hacer, no venga. Mi hija está mejor y mi marido ya puede atenderla.

—Pero yo tengo que cumplir mi horario. Tengo que pasar aquí las noches.

—Ya lo sé, pero si le apetece quedarse en casa yo la cubriré. Mi intención es estar aquí todo el día, como antes. Tengo que recuperarme del gasto que he hecho viajando a mi país.

—Es que me da miedo que me envíen a otro lugar a cumplir con mis trabajos para la sociedad. Francamente, estoy muy a gusto aquí y me gustaría seguir viniendo.

—Yo no creo que haya problema. Ya que la señora ha empeorado, podemos decir, sin faltar a la verdad, que necesito ayuda durante el día.

—Eso estaría bien. A fin de cuentas, el curso está a punto de terminar y sólo tengo que asistir a clase unos cuantos días. Iré ahora mismo a Servicios Sociales y comunicaré mi pretensión de cambio de horario.

La concejal de servicios sociales no puso ningún inconveniente a la pretensión de Valeria de cambiar el horario de su prestación, y la joven se presentó dos días después a la hora en que doña Antonia se levantaba, dispuesta a ayudar a Rigoberta.

Le entristeció comprobar que la anciana no había mejorado y que en los momentos en que solía estar mejor, a primeras horas del día, apenas era capaz de comunicar alguna necesidad básica. Era increíble que apenas un par de semanas antes, aquella mujer hubiera sido capaz de argumentar sus ideas con una tremenda claridad mental, aunque sólo hubiera sido durante unas horas.

Además de la lógica tristeza que aquella situación le producía, Valeria lamentaba también no poder constatar hasta qué punto lo que había leído en la novela de doña Antonia podía ser real. El geriatra le había sugerido a la anciana que dejase por escrito aquellos hechos que ella no quería olvidar por culpa de su enfermedad. Ella lo había hecho en forma de novela. Valeria sabía que la novela es, por definición, el género literario de la mentira, en la medida en que es un género que se basa en la ficción, pero aquella novela era una excepción, ya que quería ser el testigo permanente de vivencias hermosas. ¿Qué sentido tenía meter en ellas el homicidio de uno de los personajes si no había sucedido realmente? ¿O sí que había sucedido y Luisa, la amiga de doña Antonia había matado a una mujer? ¿Cómo podría averiguarlo?

Una noche, cenando en casa con sus padres, se le ocurrió hablarles de esa inquietud. Sus padres la escuchaban con interés. La verdad era que desde el accidente de tráfico y sus traumáticas consecuencias que habían culminado con la pérdida de amistad con su querida amiga, Eva, Valeria había estrechado mucho su relación con sus padres. Por primera vez había sido capaz de reconocer la magnitud de su cariño al verlos día a día apoyándola en el tema del accidente, sin fisuras ni reproches. Por esa razón sentía que los amaba más que nunca y con su madurez de adulta, entendía por qué.

—Nosotros éramos muy niños en aquella época —le dijo su madre—. No sé si tus abuelas recordarán algo. Han pasado tantas cosas desde entonces, ha habido tantos cambios…

—A mí se me ocurre —intervino su padre—, que podrías consultar las crónicas del siglo XX. Tal vez encuentres algo allí.

—¿Qué crónicas son esas?

—Son unos trabajos que ha publicado Aureliano Lairón, patrocinado por la sección cultural de la falla Pintor Andreu. Se hace

en ellas una relación bastante detallada de hechos cotidianos ocurridos en Alzira a lo largo del siglo XX que se imprimieron en varios tomos. Yo los tengo todos.

—Eso podría ayudarme. Los consultaré y también hablaré con las yayas.

Dicho y hecho. Valeria localizó el tomo correspondiente al periodo que englobaba al año 1.962. Ella recordaba que en una de las conversaciones de Luisa con su madre ella había hecho referencia a ese año. Acompañadas de fotografías en algunos casos, se desgranaban por fechas los hechos más significativos ocurridos en la ciudad. En algunos casos, se trataba de citas escuetas. En otros había un pequeño comentario, pero de la visión en conjunto se desprendía una importante e interesante vida social que demostraba que Alzira era una ciudad muy activa y que la eclosión de hechos culturales y artísticos que la convertían en nuestros días en un referente provincial, tales como las fallas, la semana santa, los moros y cristianos, las tamborradas, así como el sinfín de actividades culturales y exposiciones que enriquecían extraordinariamente la vida cultural, no eran el fruto espontáneo de los tiempos actuales, sino que tenían antecedentes claros que se remontaban prácticamente a los principios del siglo anterior.

Lo primero que buscó fue alguna referencia a la muerte de doña Concepción. A fin de cuentas era lo que más le interesaba. No encontró nada. Miró también en el año siguiente, dado que, según el relato, debía haberse producido en la primavera de 1.963. Tampoco se hacía referencia a la muerte de ninguna vecina. Analizando el contexto, concluyó que tampoco era relevante que no apareciese ninguna referencia al respecto. Los hechos más significativos de la ciudad, relatados en las crónicas de aquellos años, estaban relacionados con el fuerte desarrollo urbanístico y demográfico que estaba experimentando la ciudad a principios de los sesenta, en los que tenía mucha influencia don Luis Suñer, empresario trascendental al que la ciudad actual debe gran parte de su importancia.

Sin embargo, leyendo y volviendo a leer, Valeria pudo encontrar algunos detalles que ponían los hechos de la novela en aquel contexto temporal. El alcalde la ciudad era, efectivamente, don Bernardo Andrés, pero eso era un dato muy genérico pues lo había sido en años anteriores y lo había sido también varios años después. El ocho de septiembre se había hecho una procesión de la Virgen del Lluch por la ciudad, durante la cual Julio había visto a Luisa acompañando a la virgen como camarera, pero aquello podía darse todos los años. Lo que más llamó la atención a Valeria fueron dos hechos que se describen con total exactitud en la novela: el quince de octubre hubo una amenaza de riada en la ciudad tal como se describe

en la escena en la que Julio y Luisa van a asomarse al río, como muchos alzireños y, el más significativo, el cinco de noviembre visitaba la ciudad doña Isabel Muñoz Delgado, inspectora provincial de enseñanza primaria, que departía en el ayuntamiento con el alcalde y la junta municipal de enseñanza. Esa reunión es la que da pie a que los protagonistas tengan el acercamiento que hace que cristalice su amor.

Así pues, aquellos datos reales que encuadraban la hermosa historia de amor de Luisa y Julio en una época concreta, le daban a la novela una buena dosis de verosimilitud y daban prueba de que doña Antonia la había presenciado desde una posición privilegiada. Valeria se moría de ganas de conocer quién era la protagonista de aquella historia y saber si, efectivamente, había estado involucrada en un homicidio o si la muerte de doña Concepción era una licencia literaria que doña Antonia se había permitido para adornar su novela. ¿Viviría todavía Luisa Prats? Ojalá fuese así y Valeria tuviese la oportunidad de hablar con ella.

Agotada la vía de información que le habían aportado las Crónicas del siglo XX, la joven recurrió a la memoria viva de sus abuelas. La yaya Mercedes, madre de su madre, era la más joven de las dos, a pesar de lo cual, empezaba a manifestar muestras de olvidos que, dado la referencia próxima de doña Antonia, pusieron muy triste a Valeria. La yaya Amparito, la madre de su padre tenía unos cuantos años más, acababa de cumplir 82, pero estaba fresca como una rosa y tenía una memoria bastante buena. Merendando una tarde con ella, Valeria la puso al corriente de su inquietud.

—Madre mía. Pareces una investigadora de esas que salen ahora en la televisión. Yo creo que no lo harías mal. De hecho, aunque las historias de detectives siempre han estado protagonizadas por hombres, yo creo que las mujeres haríamos un papel mucho mejor. Somos, en general, mucho más suspicaces que los hombres y no dejamos cabos sueltos. Pero vayamos al grano, dices que existe la posibilidad de que se cometiese un homicidio en Alzira en 1.963. Pues, si te tengo que ser sincera no recuerdo que se comentase nada en aquella época. Yo tendría unos veinticinco años entonces. Andaba muy ocupada en esa época preparando la boda con tu abuelo. Tal vez por eso no presté atención si se produjo una muerte accidental en la ciudad. ¿Y cómo dices que se llama la protagonista de la novela?

—Luisa Prats.

—El caso es que ese nombre me suena bastante. ¿Sabes dónde vivía?

—Según la novela, en la plaza de Dolz.

—Luisa Prats. Claro que sé quién es. Luisa la guapa.

—¿La conoces? —preguntó Valeria emocionadísima.

—La conocía. Murió la pobre en plena juventud. Debió ser por esa época. O no. Espera. Yo tenía veintidós años, un par más que ella. Eso sucedería en 1960, sino me equivoco. Me acuerdo muy bien. Aquello fue un mazazo para todas las chicas de entonces. Era muy conocida. De buena familia, guapa no, guapísima. Parecía una artista de cine.

—¿Cómo murió?

—De cáncer de mama. Aquello fue un trauma, al menos para mí. Luisa era la envidia de todas las chicas de la ciudad. Todos los chicos andaban detrás de ella pero ella no los tomaba en serio. Se divertía sintiéndose el objeto de su deseo. Pero ella decía que sólo se enamoraría de alguien que se pareciese a Gary Cooper. La noticia de su enfermedad y de su muerte supuso una toma de conciencia muy cruel sobre la precariedad de la vida, especialmente para los jóvenes que en lo último que pensamos es que nos pueda pasar algo así, y más todavía siendo mujeres que nos sentimos amenazadas por ese enemigo que parece ensañarse especialmente con nosotras.

—Pero tú lo padeciste y lo superaste, yaya.

—Así es, afortunadamente hoy en día hay concienciación y medios para que esto no sea irremediable como era en aquella época. Luisa, sin duda, habría sobrevivido entonces de haber contado con los medios que hay ahora.

—¿Entonces estás segura de que Luisa Prats murió en 1960?

—Sí. Lo recuerdo muy bien. Pobre chica. Tan llena de vida y de ilusiones. Si no recuerdo mal quería ser maestra. Era guapísima. Ahora que me fijo, tenía un cierto parecido contigo. Los ojos, la boca… El pelo no. Ella lo llevaba siempre muy compuesto, no como tú que parece que lleves el mocho de una fregona. Ay cariño, te tendrías que arreglar un poco más. Es una lástima que no lo hagas.

—Yaya, las mujeres de hoy no tenemos que prepararnos para agradar a los demás. Tenemos que gustarnos a nosotras mismas y punto.

—Vale, vale. Ya me sé la doctrina feminista, pero mira lo que te digo: la belleza no tiene por qué estar reñida con la dignidad y una mujer guapa, siempre es una mujer guapa. Ahí lo dejo.

—Bueno yaya, me voy. Esta noche tengo que preparar una asignatura. Se acercan los exámenes finales.

—A ver si vienes a verme más a menudo. Ya sabes que eres mi nieta favorita.

—Tú también eres mi yaya favorita, pero no se lo digas a nadie —se despide Valeria con un beso y un guiño de complicidad.

Al día siguiente, Valeria estaba bastante confundida. Si Luisa Prats había muerto antes de que se desarrollase la historia, ¿por qué le había dado doña Antonia su nombre a la protagonista? ¿Quién sería Julio Méndez? ¿Habría existido en realidad? Tal vez doña Antonia, al escribir la novela había cambiado deliberadamente el nombre de la protagonista para encubrir a la causante de la muerte de doña Concepción. Si es que realmente se había producido aquella muerte, cosa que empezaba a dudar seriamente.

Al llegar a casa de doña Antonia se encontró con que Rigoberta había comenzado una especie de zafarrancho de limpieza.

—Ay señorita. Qué bueno que llega. Me he metido en esto porque ya hace algún tiempo que no lo hacía y me veo un poco superada. Écheme una mano, por favor.

—Claro, pero ¿Y doña Antonia?

—La doñita no se quiere levantar. Iba a obligarla, pero he pensado que mejor la dejaba en la cama y aprovechaba para hacer limpieza.

—¿Pero está bien?

—Sí, dentro de lo que cabe. ¿Entonces me ayudará?

—Tú dirás qué quieres que haga.

—Usted puede ir quitando el polvo del salón. Con tantos libros y tantos adornos, debe haber bastante. Ahí le dejo este paño y el plumero. Cuando termine barreremos y lavaremos el suelo. Yo mientras tanto me voy a poner a limpiar el baño principal.

Poco después, Valeria está haciendo lo que nunca ha hecho en su casa. La labor tediosa y dura de la limpieza, que sólo se pone en evidencia cuando no se hace y que nadie valora ni agradece. No es de extrañar que las jóvenes de su generación huyan de las tareas domésticas como de la peste, y que las tendencias en la decoración tiendan al minimalismo que da mucho menos trabajo, y no como aquel salón de doña Antonia que, de pronto, le parece a Valeria casi barroco, lleno de adornos en los que nunca había reparado.

En un momento dado, se encara con un hueco del aparador que hace de librería. Allí están los ejemplares de las novelas de doña Antonia que ya ha leído. Les quita el polvo con cariño, recordando el placer que ha obtenido con su lectura. De pronto repara en un tomo más grande que está artísticamente encuadernado. Se nota que es una encuadernación hecha por encargo, como la de los libros antiguos. Lo toma con cuidado y con curiosidad. Es bastante pesado. Valeria no

necesita abrirlo para saber lo que es y lo que significa. En la portada, grabado en letras de oro, está el título y sus autores.

LA HISTORIA DE LA SEDA EN EL REINO DE VALENCIA

Antonia Carrascosa

Eustaquio Méndez

En la primera página se reseñaba que aquel trabajo, realizado conjuntamente por alumnas del colegio de la Purísima y del grupo escolar Julio Tena, había recibido una mención honorífica de la dirección provincial de enseñanza primaria de Valencia. Aquél era sin duda el trabajo que había unido las vidas de los protagonistas de la novela que tanto la había intrigado. Doña Antonia era la auténtica Luisa, la mujer que se había enfrentado a su familia y a toda la ciudad para defender su amor.

Excitada, con el pesado tomo todavía en las manos, se dirigió a la cuidadora que en ese momento, arrodillada, fregaba la taza del inodoro.

—Rigoberta ¿sabes si en la casa hay alguna foto del marido de doña Antonia?

—Cómo no, señorita. ¿No la ha visto usted? Es la que hay en el aparador. La del marco de nácar.

Apresuradamente regresó al salón y allí estaba. Las piezas del enigma se estaban acomodando de una manera tan lógica que le parecía increíble no haberse dado cuenta antes. Con el marco en las dos manos Valeria escrutó la imagen de sus protagonistas. Una doña Antonia joven se aferra al brazo del hombre de barriga prominente, calvo y viejo, que sonríe orgulloso a la cámara. No era el padre de la anciana, era su marido, el protagonista de la historia de amor que la había obsesionado. Con las manos temblorosas desmontó el marco. Quería ver si había alguna inscripción que se lo confirmase. La encontró en el dorso. Escrita con una elegante caligrafía había una dedicatoria: “Gracias por la felicidad que me das. Siempre serás mi Gary Cooper”. Alcira 23 de julio de 1964. La firma, elegante, pero casi infantil, permitía leer a la autora de la dedicatoria: Antoñita Carrascosa.

Valeria no le comentó nada a Rigoberta. Dudaba que la buena asistenta tuviera conocimiento de todo lo que ella había averiguado de doña Antonia y no quería distraerla innecesariamente con sus inquietudes. O mejor dicho, con la única inquietud que ahora la agobiaba: saber si doña Antonia había matado a una mujer.

Ahora ya estaba convencida de que la historia que había leído era real. La historia de amor entre ella y un hombre que podía ser su padre, el enfrentamiento a su familia,

El soportar los chascarrillos que inevitablemente circularían por la ciudad a su costa, su determinación para superarlo todo, le parecía admirable. El hecho de que se hubiera permitido la licencia de hacer que la protagonista de la historia fuese una mujer bellísima, como había sido, según su yaya, Luisa Prats, cuya muerte también impresionaría en su día a doña Antonia, le parecía ahora una licencia inocente que una mujer, que siempre había sido fea, bien se podía permitir en la novela que había escrito para su uso exclusivo. Por no hablar de "Gary Cooper", su enamorado. En la novela aparecía como un galán de cine, cuando en la realidad era todo lo contrario.

Lo cierto es que ahora, considerándola en sus términos reales, le parecía una historia de amor más bella. Acostumbrados a rendir culto a la imagen, no concebimos una historia de amor en la que sus protagonistas no sean agraciados físicamente, como si los feos no tuvieran sentimientos, como si no necesitasen, tal vez por serlo, recibir amor en mayor dosis que quienes lo despiertan sólo por su aspecto físico, sin otros méritos que lo justifiquen.

Pero la ternura que había despertado en ella haber llegado a conocer la verdad, no le quitaba de la cabeza la idea del homicidio. No podía llamarlo asesinato porque no había sido deliberado, al menos según la versión de la novela. De hecho, ni siquiera tenía la certeza de que se hubiera producido.

Pensando en todo ello, le vino a la mente una manera con la que quizás podría averiguar si alguien había muerto en la calle Mayor San Agustín en la época que se desarrollaba la historia: recurriría a las hemerotecas. Tal vez allí se reflejase la muerte accidental de doña Concepción. Valeria tenía un amigo, Pascual, que trabajaba de becario en la delegación local del periódico Levante. Él le dijo que el periódico no tenía ninguna hemeroteca disponible para el público, pero que los periodistas sí que tenían la posibilidad de consultar las noticias antiguas. Si ella le informaba de lo que pretendía encontrar, se lo

buscaría con mucho gusto.

Valeria le dijo el suceso cuya ocurrencia pretendía constatar. La muerte accidental de una mujer en Alzira en la primavera de 1.963.

Al día siguiente, por la tarde, Pascual le daba la noticia que esperaba. Efectivamente, el veintitrés de abril de 1.963, en la crónica de sucesos, se hablaba de la muerte accidental de Concepción Casterá, de cincuenta años, vecina de la calle Mayor San Agustín que había caído al patio trasero de su casa, desde la azotea, mientras tendía la ropa. Su cadáver se había encontrado varios días después pues vivía sola y no tenía familiares directos.

Valeria agradeció a su amigo la información. Lo hizo sin entusiasmo, cosa que extrañó a Pascual que estaba muy ufano por la rapidez y la eficacia de su investigación periodística y que esperaba, todo hay que decirlo, una recompensa no económica, que ahora se temía que no iba a obtener.

La sospecha del crimen crecía a pasos agigantados. La noticia del periódico confirmaba la descripción de la novela. Luisa había preparado la escena para que la caída de doña Concepción pareciese accidental, tal como se presentaba en la noticia de prensa.

¿Sería verdad que la víctima había tratado de envenenar al novio de doña Antonia? Ya nunca lo sabría. Doña Antonia parecía cada vez más perdida en su mente deteriorada y, aunque no lo estuviera, no era probable que confesase algo tan grave. Valeria decidió finalmente que aquello sería como una novela de final abierto, en la que el autor deja al lector la libertad de imaginar el final que más le plazca, y decidió olvidarse del asunto. Aunque sabía que no lo iba a conseguir nunca.

Pasaron los días. A finales de julio, Valeria cumplía las horas de servicios a la comunidad que le habían impuesto como consecuencia del accidente de tráfico. Le quedaba por delante un mes de agosto entero para ella, y ya había hecho planes para pasarlo lo mejor posible. Obviamente en esos planes no intervenía el alcohol. Su abogado le había advertido que un nuevo incidente, como el que había sufrido con Eva, la iba a llevar indefectiblemente a la cárcel. Pero no era el miedo a ese castigo lo que le había hecho tomar el firme propósito de convertirse en abstemia. La joven se había dado cuenta de que no necesitaba beber nada para "animarse" y pasarlo bien. Que emborracharse era un recurso de los pobres de espíritu que no son capaces de gozar de las cosas buenas de la vida, como el amor y la amistad.

El último día quiso despedirse de Rigoberta y de doña Antonia como era debido. Compró en la Delicatessen de Salva Llopis una bandejita con pasteles y se presentó en la casa donde había vivido una experiencia inolvidable. Rigoberta se emocionó hasta el llanto y lamentaba que ya no fuesen a volver a verse, y Valeria prometía visitarla de vez en cuando. Frente a ellas doña Antonia, sentada en su sillón, repartía su mirada impenetrable entre las mujeres y la bandeja de dulces que descansaba sobre la mesita.

Le dieron a probar uno de los pasteles y la anciana se lo comió entero con gran placer, ayudada por Rigoberta. Poco después la bandeja estaba vacía.

—Señorita —intervino Rigoberta—. Le quiero pedir un favor si no es mucha molestia.

—Usted dirá.

—Tengo que arreglar unos papeles para la matrícula de mi hija para el curso próximo. Necesito un certificado de empadronamiento y tengo que ir a las oficinas del ayuntamiento. Si usted pudiera quedarse con la doñita, yo se lo agradecería mucho. No me tardaré más de media hora. Una hora como máximo. ¿Me hará el favor?

—Claro que sí, Rigoberta. Vaya tranquila. No tengo nada mejor que hacer esta mañana.

Poco después, a solas con doña Antonia, Valeria observaba a la anciana con una mezcla de admiración y duda. ¿Habría sido ella quien provocó la muerte de doña Concepción?

De pronto la voz de la anciana que ya llevaba mucho tiempo sin oír, la sacó de su ensimismamiento.

—¿Has venido a verme, Luisa?

La muchacha sonrió con tristeza. Ya nunca la recordaría como a ella misma. A lo sumo sería para la anciana el reflejo de alguien que en algún momento significó algo para ella. A fin de cuentas, según su yaya Amparito, ella se parecía algo a la pobre Luisa, fallecida cuando apenas había empezado a vivir. Pensando en alegrarle un poco aquel breve instante de consciencia de la anciana, Valeria decidió seguirle la corriente.

—Pues sí Antoñita. Hace tiempo que no sé nada de ti. Te he echado de menos.

—Yo también, Luisa. Más de lo que te imaginas. Necesito pedirte perdón.

—¿Por qué? Siempre has sido una buena amiga.

—No lo creas. Hubo un tiempo en que te odié con todas mis fuerzas. Tú no sabes lo que es ser la fea de las amigas. Aunque a tu lado todas parecíamos feas, yo, que lo era, y mucho, todavía resultaba peor mostrándome junto a ti. No sabes cuánto sufrí, cuantas burlas tuve que aguantar por estar a tu lado. Me planteé romper nuestra amistad, pero yo te quería mucho.

—Yo también, Antoñita, y tú lo sabes —dice Valeria excitada por poder adentrarse en la mente hermética de doña Antonia.

—Por eso no podía dejarte. Sabía que me apreciabas sinceramente y que no te dabas cuenta de mi sufrimiento, pero yo lo pasaba muy mal. En algún momento llegue a pensar que, estando a tu lado, quizás podría recoger las migajas que dejabas de los chicos que te pretendían, pero eso no pasaba nunca. Ni siquiera permitían que les tratase de aliviar el dolor de sus corazones que tú destrozabas sin maldad.

—Era muy joven. No sabía lo que hacía —dice Valeria tratando de mantener el interés de la anciana.

—Es verdad. Éramos muy jóvenes las dos. Por eso tú no te dabas cuenta de lo que hacías y yo no sabía ver que no tenías la culpa de mi fealdad. Lo cierto es que en algún momento te deseé lo peor, incluso la muerte. Por eso, cuando te detectaron el cáncer me volví loca. Creía que tu enfermedad era consecuencia de mis malos deseos. El remordimiento no me dejaba vivir. Por eso no me aparté de tu lado ni un solo instante, incluso cuando las amigas, horrorizadas por las huellas que dejaba en ti la enfermedad que presagiaba tu muerte inminente, dejaron de venir a visitarte. Yo rezaba a la virgen del Lluch, imploraba por tu vida. Llegué a ofrecerle la mía para que tú te salvases. Pero no pudo ser. Te fuiste y me quedé sola.

—No sufras, Antoñita. Ahora estoy aquí contigo. No tengo nada que perdonarte. En todo caso darte las gracias por tu amistad. Pero dime, ¿qué fue de tu vida?

Un par de años después de que te marchases llegó a mi vida un hombre maravilloso. Algunas veces llegue a pensar que me lo habías enviado tú desde el cielo…

—Háblame de él. ¿Era guapo?

—Qué va. Era como yo, pero en hombre y, además viejo y calvo. Era un maestro de Toledo que había pedido plaza aquí después de enviudar. No te imaginas el escándalo y los chascarrillos que circularon por la ciudad a propósito de nuestro noviazgo, aunque al final, todos coincidían en que yo no podía aspirar a otra cosa, pero te aseguro que Eustaquio fue lo mejor de mi vida. Era muy educado y bastante culto y me quería con locura, como yo a él. Y no te imaginas —añade bajando la voz—, cómo era en la cama. No creo que ninguna mujer haya gozado del sexo lo que yo gocé. Se las sabía todas, y cuando parecía que se le agotaba el repertorio, inventaba formas nuevas de hacerme el amor que me volvían loca. Lástima que se me fue pronto. A los diez años de casarnos murió, también de cáncer, como tú. El suyo de próstata. No me dio hijos. No los eché de menos mientras estuvo él conmigo, y cuando me dejó, no quise volver a tener relación con ningún hombre, aunque también tengo que reconocer que nadie se interesó por mí. Viví muy feliz con mis recuerdos.

—Es una historia muy bonita. Parece una novela romántica —dice Valeria con intención.

—Así es. De hecho escribí una para no olvidarla nunca. En ella te puse a ti de protagonista. Me hacía ilusión que tu pudieras vivir lo que tu muerte prematura no te permitió conocer. Ahora, eso sí, al protagonista lo hice muy guapo, como Gary Cooper. ¿Te acuerdas cuánto nos gustaba? De niñas fantaseábamos que éramos sus novias, las dos. Nuestra amistad nos permitía compartirlo todo, hasta los sueños.

Valeria no puede creer la oportunidad que se le está presentando para desentrañar para siempre el misterio que tanto la ha intrigado. Sabe que se está arriesgando a que la anciana le conteste con algún delirio, pero no puede resistir la tentación de intentarlo.

—Y dime Antoñita. ¿Qué te pasó con doña Concepción?

La anciana guarda silencio, parece que va a regresar su mundo privado donde no hay recuerdos ni emociones, pero finalmente dice:

—Me quería quitar a Eustaquio, la muy fresca. Yo sabía que ella y él se habían acostado, antes de que Eustaquio y yo nos confesásemos nuestro amor. Él mismo me lo había dicho con mucha vergüenza y arrepentimiento. Por eso no quería que viviésemos allí mientras terminaban el piso de la Avenida. Un día le dio un ataque de apendicitis y lo operaron en el hospital. Yo fui a su casa a cogerle alguna muda. Recordaba que tenía ropa interior tendida en la terraza. Subí a recogerla y allí estaba. Doña Concepción me miró de arriba

abajo con un gesto de profundo desprecio y me dijo:

—No sé qué ha visto don Eustaquio en ti, muchacha, eres un auténtico adefesio. Pero no te hagas muchas ilusiones. Cuando quiera te lo quito. Ya ha estado en la cama conmigo y sabe lo que es una mujer de verdad, experta y apasionada, y no un horror como tú.

—Aquella mujer era, efectivamente, bastante atractiva y pensé que la amenaza que me estaba lanzando podía ser realidad en algún momento. No quise volver a perder. Eustaquio era mío y nadie me lo iba a arrebatar, mucho menos una buscona. Me volví loca de celos y de miedo a no ver mi felicidad colmada, así que no lo pensé ni un momento. Aullando como una loba me abalancé sobre la mujer. Ella era mucho más fuerte que yo, pero no esperaba el ataque, así que empujándola con todas mis fuerzas la llevé hasta la barandilla de la terraza. Ella compuso una mueca de miedo que yo nunca antes había visto. Ni siquiera se le ocurrió resistirse. Yo seguí empujando y la barandilla cedió y cayó al vacío. Sé que no tengo justificación, pero no me arrepentí ni un solo momento. Por el amor de Eustaquio fui capaz de matar. Dime ¿No habrías hecho tú lo mismo en mi lugar?

Doña Antonia se queda mirando a Valeria a la que confunde con Luisa. Parece que está esperando una respuesta, pero Valeria, profundamente conmocionada no sabe qué decir. Finalmente, en un arrebato de caridad, decide darle la razón.

—Sí, Antoñita, yo habría hecho lo mismo.

Pero doña Antonia ya no escucha, Su mirada vacía parece buscar lo que nadie puede ver.

En ese momento suena la cerradura de la puerta del piso. Rigoberta ha regresado.

Ocurrió nueve meses después. Fue en primavera. Rigoberta le llamó hecha un mar de lágrimas para decirle que doña Antonia había muerto. Valeria sintió una gran pena, aunque para ella, la anciana se había liberado de una cárcel sin barrotes que no le permitía ser ella. Que no le permitía sentir. Había visitado a la anciana con cierta regularidad, con la esperanza de encontrar algún atisbo de lucidez, pero nunca lo había encontrado. Pensaba, en arrebatos carentes de toda lógica, que había consumido el poco entendimiento que le quedaba en aquel delirio en el que le había confesado todo lo que a Valeria le había intrigado, ofreciéndoselo como una especie de regalo de despedida. Cuando se dio cuenta de que doña Antonia ya no iba a regresar nunca de su mundo sin luces ni sombras, dejó de ir. No quería sufrir viendo lo que no podía tener solución.

El funeral fue muy triste, Apenas acudió nadie a despedir a doña Antonia. No había familiares, y quienes habían sido sus colegas de claustro, o bien habían muerto, o bien la habían olvidado.

El seguro de decesos de la anciana pagaba dos taxis para acompañarla al cementerio. Valeria subió en uno de ellos con Rigoberta y su hija. Era una muchacha cuyos rasgos físicos no podían disimular su origen étnico, pero su acento y su formación la convertían en una española de pleno derecho. Ajena al drama de la muerte de la anciana y a la terrible consecuencia de que dejaba a su madre sin trabajo, pasó todo el trayecto mirando su teléfono móvil, curioseando en los chats en los que estaba incluida.

Llegaron al cementerio a las doce del mediodía. El olor embriagador de la flor de azahar de los campos que lo rodeaban se esforzaba en dulcificar el drama cotidiano de la muerte. Valeria aspiró el aire limpio con placer y quiso pensar que doña Antonia se llevaría al Más Allá una bocanada de aquel aroma embriagador.

Los empleados del cementerio pusieron el ataúd en una carretilla metálica y emprendieron el camino hacia el panteón donde descansaría la difunta para siempre. En un lugar soleado, rodeado de flores nuevas y viejas, estaba el nicho abierto. A través de su boca sombría Valeria pudo distinguir la presencia de otro ataúd, con toda probabilidad el de su marido. Efectivamente, después de apartarlo un poco para poder introducir mejor a su nueva ocupante, los empleados del cementerio procedieron a instalar provisionalmente la lápida antigua. En una fotografía esmaltada en forma de óvalo Eustaquio Méndez recibía a su amada. A Valeria le dio la impresión de que

sonreía feliz.

Unos días después, Valeria regresaba al cementerio acompañando a Rigoberta. Viajaban en el coche del padre de Valeria e iban a comprobar que la lápida había sido convenientemente actualizada con los datos de doña Antonia.

Así había sido. A Valeria le llamó la atención ver que la fotografía que habían escogido de doña Antonia no era reciente. Debía tener unos veinte años de antigüedad por lo que las imágenes de los dos ocupantes del nicho se habían igualado en edad. A fin de cuentas, la edad no había sido un impedimento para su amor.

Cuando salían para emprender el regreso a la ciudad, Valeria se acordó de la protagonista fingida de la novela, Luisa Prats, y sintió curiosidad por ver su rostro. En la oficina del cementerio deberían poder darle esa información. El conserje pidió el nombre completo de la difunta y el año aproximado de su fallecimiento.

—Veamos. Dice que se llamaba Luisa Prats Bru y falleció alrededor de 1.960. Déjeme ver. Aquí está.

A continuación les indicó el camino que debían seguir y encontraron con facilidad su objetivo.

En una lápida de mármol blanco se veía la imagen bellísima de Luisa Prats, fallecida el 26 de junio de 1960 a la edad de veinte años. “Tu recuerdo siempre vivirá con nosotros” —decía el epitafio.

—¿Era pariente suya? —Pregunta Rigoberta que no entiende el interés de la joven por aquella tumba—. La verdad es que se le parece bastante.

Valeria niega en silencio y no entiende por qué la relacionan físicamente con ella, pues no encuentra ningún parecido. Sin embargo, siente una gran emoción al ver que el rostro que podía haber protagonizado la historia de amor que leyó con doña Antonia, es mucho más hermoso de lo que había imaginado.

—Si no era pariente suya ¿por qué vinimos aquí? ¿Conocía usted a esa mujer?

—No.

—¿Quién era, pues?

—La novia de Gary Cooper. Una de ellas.

Rigoberta no dice nada. No pregunta. Lleva bastantes años viviendo en España y todavía no alcanza a entender las rarezas de los españoles, especialmente de los más jóvenes, como su hija.

Las dos mujeres salen del cementerio y toman el camino de regreso a la ciudad. Viajan en silencio hasta el domicilio de Rigoberta. Un piso de un modesto bloque situado al final de la calle La Unión. Al despedirse, Rigoberta le informa

—Mañana empiezo a trabajar en otra casa. Voy a cuidar a una señora muy mayor. No tiene la enfermedad de doña Antonia, pero sus

hijos no quieren que viva sola.

—Me alegro por usted, Rigoberta.

—Gracias, señorita.

De camino a su casa, Valeria va recordando la experiencia que ha vivido conociendo a doña Antonia, recuerda sus conversaciones sobre el papel de las amas de casa, e imagina que Rigoberta vive la situación de aquellas mujeres que en los años sesenta estaban incorporadas al mundo laboral, sin dejar de cumplir con sus tareas domésticas, y siente pena y admiración por ella, al mismo tiempo. Recuerda también la hermosa historia de amor que vivieron dos seres humanos, rompiendo los convencionalismos sociales, demostrando que la pasión y la pureza de los sentimientos nada tienen que ver con la apariencia física, aunque en el mundo de la literatura y el cine sólo hagan protagonistas de sus historias a personas muy atractivas físicamente. A fin de cuentas, doña Antonia, en su novela, también había sucumbido a esa idea, sustituyendo a los verdaderos protagonistas por los referentes de la belleza que habían marcado su vida: Luisa y el ídolo de su adolescencia, el galán maduro Gary Cooper. Finalmente, Valeria recrea la hermosa historia de amistad entre las dos jóvenes, Antoñita y Luisa, y se da cuenta de que ella también había vivido algo semejante con Eva, hasta que el maldito accidente las había separado para siempre. Se pregunta qué habría hecho doña Antonia en su lugar. No le cuesta nada encontrar la respuesta. De pronto una luz ilumina su ánimo y en la próxima intersección tuerce a la derecha. No lejos de allí vive su querida amiga. Estaciona el vehículo justo frente a su casa. Es raro que haya espacio para hacerlo en una calle tan transitada. Parece que el azar quiere ponerse de su lado.

Llama a la puerta y aguarda con miedo a lo que va a venir. No sabe cómo la van a recibir. Tal vez sea un error lo que está intentando. Se abre la puerta. Es ella. Eva la mira con extrañeza. Valeria le sonríe con miedo. Eva le devuelve la sonrisa con timidez. Valeria avanza un paso. Eva da dos pasos hacia ella cojeando ligeramente. Se miran a los ojos. Sin darse cuenta, las dos están llorando. A continuación, sin pronunciar palabras de arrepentimiento ni perdón, se abrazan y de sus pechos convulsos surge un llanto liberador, balsámico. La madre de Eva, acude alarmada a la entrada de su casa para ver qué ocurre. Al ver a las dos jóvenes abrazadas, entiende el llanto y el abrazo y, sin poder resistirse a su emoción, se une a su hija y a Valeria.

En la calle, algunos transeúntes miran horrorizados la escena, imaginando que asisten a una manifestación de dolor provocado por alguna tragedia que no son capaces de imaginar.

Una vez más, como sostenía doña Antonia, las imágenes no son capaces de transmitir la auténtica realidad.

FIN